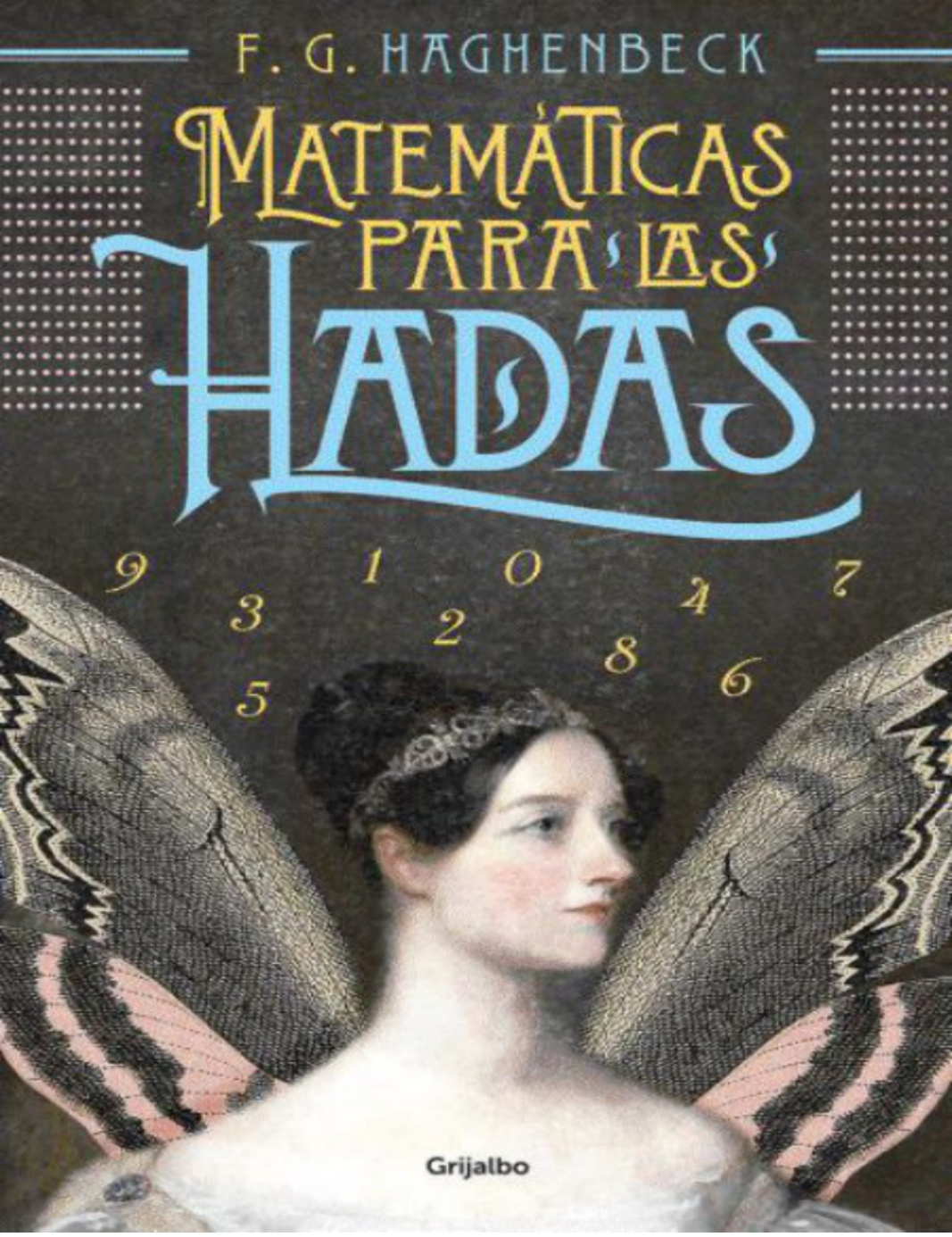
F. G. HAGHENBECK

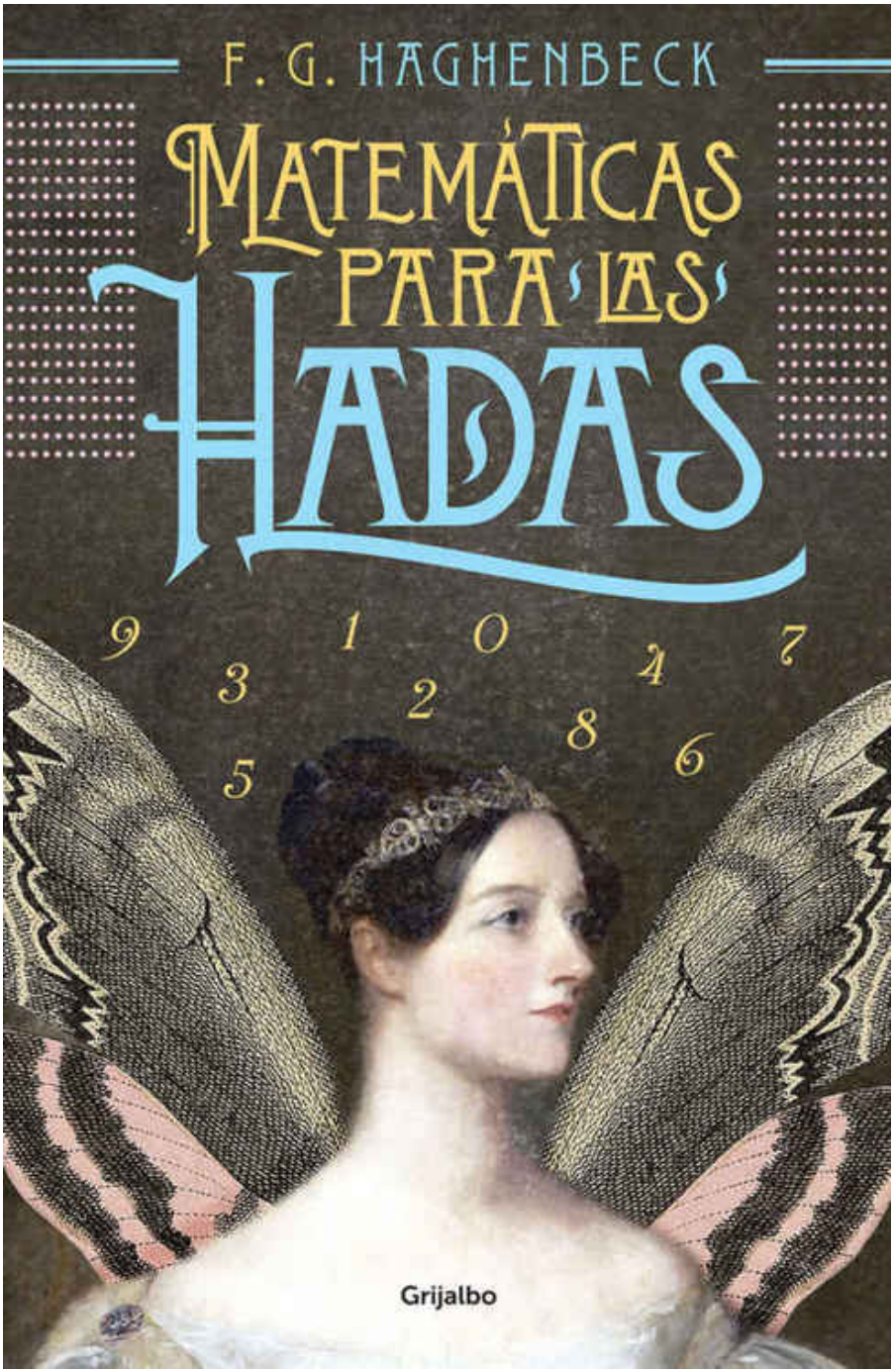
MATEMÁTICAS PARA LAS HADAS



Grijalbo

F. G. HAGHENBECK

MATEMÁTICAS PARA LAS HADAS



Grijalbo

F. G. Haghenbeck

MATEMÁTICAS PARA LAS HADAS

Grijalbo

Hay que ser sinceras, sin dolor no podemos vivir las mujeres.
—Frida Kahlo

Para esas mujeres que han combatido por sus sueños.
En especial a Gaby y Sofía; Lillyan y Ara.

Capítulo I

1823

Camina bella, como la noche
de climas despejados y de cielos estrellados,
y todo lo mejor de la oscuridad y de la luz
resplandece en su aspecto y en sus ojos,
enriquecida así por esa tierna luz
que el cielo niega al vulgar día.

Estas palabras revolotearon en su cabeza como una parvada de gorriones a los que precipitadamente les habían abierto la puerta de su jaula. La niña clavó su mirada en cada letra, saboreando la tinta del libro con sus ojos. Sentía que el verso se confundía con la sangre que galopaba por sus venas ante la sensación de saber que hacía algo prohibido. Su dedo desfiló encima de las palabras sintiendo el tenue relieve y saboreando las coplas como si se tratara de un azucarado pastelillo. Los ojos marrones de la chiquilla se abrieron y su sonrisa fue cubriendo el rostro cual marea que envuelve la orilla. Engulló las palabras que se transmutaban en poesía y descubrió que sabían a pecado, como la mordida de Eva a la manzana que tantas infamias trajo al mundo. Era desobediencia, el mismo pecado que servía de ejemplo en las cátedras de religión que pregonaba su abuela. Un pecado que, si su madre llegase a conocerlo, se convertiría en una hecatombe.

Una sombra de más, un rayo de menos,
hubieran mermado la gracia inefable
que se agita en cada trenza suya de negro brillo,
o ilumina suavemente su rostro,
donde dulces pensamientos expresan

cuán pura, cuán adorable es su morada.

Aparecieron más versos de ese pequeño libro de pasta negra ante ella. La pequeña no podía dejar de leer, estaba absorta en la degustación de esas maravillas. Permanecía sentada en la silla de su escritorio, al lado de su gran cama escoltada por capiteles y un ejército de almohadas. En su dormitorio no había nada que la interrumpiera, y si lo hubiera, no importaría, ya que estaba volando por ese poema. Absorta en su lectura, no percibió cómo se abrió la puerta. Ni tampoco percibió las pisadas sigilosas que atravesaron el piso de madera hasta donde permanecía leyendo.

—¡Ada! —se escuchó.

Al resonar esa voz por las paredes, supo que era demasiado tarde. Temblorosa, la pequeña alzó su mirada para confrontar a su madre a sólo un paso de distancia. La niña abrió la boca para mentir y decir que estaba haciendo los deberes encargados por su tutor, pero ningún sonido emergió. Aterrada, sólo miró la figura de su progenitora, que la examinaba con el rostro encolerizado y las manos en las caderas. Anna Isabella Milbanke Byron, *Annabella*, era una mujer menuda, pero cual perfume concentrado en pequeño frasco, su explosivo carácter podía llenar cualquier espacio al ser destapado. Era todo menos austera. Su sangre noble se imponía en cualquier acto de su vida. Desde la perfecta respiración controlada hasta la elegante ropa de moda al estilo del Imperio. La mano derecha se levantó firmemente, despegándose de su vestido añil con escote ajustado al torso apenas unos centímetros por debajo del busto. La palma se extendió frente a la cara de la chiquilla, quien pudo apreciar la piel de porcelana que las mujeres con sangre azul poseen en Inglaterra. Era la piel de una baronesa, madre devota y estudiosa de las matemáticas. Ésa era la hermosa cobertura pálida de *la Princesa de los Paralelogramos*, apodo que su antiguo esposo, el afamado poeta y pensador Lord Byron, le había concedido de manera cariñosa en un tiempo en que el amor aún podía recordarse como algo agradable. Para esa mujer, las cosas habían cambiado: no había nada que aborreciera tanto como la idea de que su hija pudiera ser como su padre.

—¿Qué trae entre sus manos, Ada? —interrogó Annabella con su tono de falsete que recordaba a las campanas de la catedral de Winchester.

La niña salió de su perplejidad y colocó de inmediato el pequeño libro de pasta negra al lado, adicionándolo a los volúmenes de geografía, matemáticas y ciencias que esperaban ser estudiados. Su

mano regresó a su regazo escondiéndose en uno de los bolsillos del batón a manera de un conejo espantado que retorna a la madriguera.

—Me he limitado a estudiar mis tareas, madre —respondió con voz entrecortada Ada.

La palma de la mano de la mujer no se movió, tampoco desapareció el ceño fruncido. Los ojos irradiaban un mayor fuego del que apenas sobrevivía en la chimenea de la habitación de Ada, a un costado de su escritorio.

—No reconozco esa tapa rústica en cuero negro. Su tamaño delgado no me recuerda a ninguna de las publicaciones de William Frend que estamos estudiando con tanto esmero —dictó con su voz firme la baronesa Annabella.

—Sólo es un ensayo, madre, lo juro —volvió a explicarse la niña, quien se volteó para tomar un par de carboncillos y papel.

—Deseo verlo… Y nunca más vuelva a jurar en vano, que esas palabras invitan a que el demonio sea su cómplice, señorita.

—Estoy lista para la clase. Si lo desea, podemos ir al jardín a revisar mis deberes —trató de desviar el punto de atracción del reproche, tras lo que se levantó con sus enseres escolares y se colocó como disfraz una sonrisa inocente, misma que causó un gesto de asco en su madre.

—No lo repetiré… ¿Qué libro es ése, Ada Augus…? —le preguntó marcialmente la mujer.

Ada notó que su progenitora estaba tan disgustada que casi dejó escapar su segundo nombre: Augusta, recibido en honor a su tía paterna. Pero ese nombre propio permanecería vedado para sus oídos como algo prohibido, ya que remembraba a la familia de su padre.

—No es nada… —indicó, y trató de escaparse por el espacio dejado entre el volumen de la larga falda materna y la pared llena de libros de su recámara.

Algo le cortó el paso y la silenció de golpe: la mano extendida de su madre, que se convirtió en un proyectil directo a su mejilla que se incrustó mientras Ada hablaba. El enorme anillo de oro que el dedo medio portaba rasgó la comisura de sus labios. La sonora cachetada siguió retumbando mientras la sangre salpicaba los libros.

—Es una rebelde… Le he pedido una cosa. Su memoria debe de fallarle, jovencita, pero en esta casa mis órdenes son inquebrantables. Así que no me venga con lloriqueos, que esta penitencia se la ganó por su insolencia —expuso Annabella.

Ada se llevó la mano a su rostro adolorido. Sus labios comenzaron a pintarse de carmesí debido a la herida. Un par de lágrimas se

arremolinaron en la parte baja de sus ojos. Mas no hubo llanto ni quejido, sólo la mirada que penetró el anillo que le había causado la herida, donde el escudo de la casa de Noel parecía burlarse de ella.

—El libro, por favor —volvió a pedirlo.

Ada tomó el ejemplar en cuero negro con el llanto contenido, las manos temblorosas y la sangre decorando con pequeñas gotas su vestido. Lo llevó frente a su madre y se lo ofreció, pero un instinto de supervivencia le instó a no soltarlo cuando lo agarró. Por un par de segundos forcejearon ambas por ser las poseedoras del volumen. Con un movimiento rápido, casi imperceptible a los ojos de la pequeña, la madre vio el título de la obra. Su rostro, bello y codiciado por la corte inglesa de Jorge IV, se deformó en una mueca espeluznante de gárgola. Un grito desgarrador cortó el ambiente y el libro golpeó de nuevo el rostro de Ada. Esta vez, el porrazo la derribó al suelo. El llanto no pudo contenerse más y un aullido de dolor explotó con lágrimas que se mezclaban con la sangre.

—¡Hereje! ¡Inmunda! ¿Por qué lo has hecho? —gritó histérica Annabella dando taconazos y moviendo los brazos como una posesa—. ¡La única condición en esta casa ha sido violada por su mente corrompida! ¡No volverá nunca más a visitar a esos inmundos plebeyos! ¡Permanecerá el resto de su vida encerrada en este cuarto! Es una malagradecida, le he dado nombre, estudios y los mejores tutores, pero me hace esto a mí, la que más la ama… —continuó vociferando su madre mientras su rostro permanecía clavado en las duelas del piso tratando de fundirse con éstas para así poder volverse un objeto inanimado que no sólo no sintiera dolor, sino que no sintiera absolutamente nada.

—No… —logró mascullar Ada.

Hubiera deseado decir lo mucho que aborrecía la estricta vida de su madre, su loca obsesión por su padre que la encapsulaba en una falsa realidad donde se le tenía vetada toda referencia a éste, al grado de prohibirle leer periódicos y de cubrir totalmente su retrato con una sábana. Ella hubiera deseado soltarle a su madre sus frustraciones por insistirle en que se inclinara por las matemáticas para alejarla del camino satánico de la poesía. Hubiera deseado decirle eso y mucho más. Pero no lo hizo. Se levantó, tomó aire y, con una rápida pasada de su manga, limpió la sangre que empezaba a coagularse. Asiendo sus instrumentos para escribir, sin cederle una mirada a su madre, salió corriendo del cuarto gritando de nuevo:

—¡No!

Annabella trató de apresarla, pero Ada fue más audaz y se

escabulló por el umbral de la puerta. La mujer emitió un gruñido al aire. Hubiera alzado la mano para maldecir, pero sabía que dicho gesto era un pecado a los ojos de Dios. La baronesa Noel Byron clavó la mirada en el suelo, donde el causante de todo el problema permanecía tirado como cadáver olvidado en una guerra. El libro de poemas había sido rociado por la sangre de la boca herida de Ada Augusta Byron, hija legítima de Lord Byron. Como una malsana broma, las gotas de sangre se expandían por el papel en la última estrofa del poema escrito por el mismo Lord Byron:

> Y en esa mejilla, y sobre esa frente,
> son tan suaves, tan tranquilas, y a la vez elocuentes,
> las sonrisas que vencen, los matices que iluminan
> y hablan de días vividos con felicidad.
> Una mente en paz con todo,
> ¡un corazón con inocente amor!

Antes de que la sangre pudiera cubrir la última palabra, *amor*, la baronesa Annabella Byron se inclinó de golpe ante el volumen y lo levantó del suelo como si aun éste fuera indigno de recibir el peso de la perversión hecha palabra que su marido había osado escribir.

Con grandes pasos firmes y apretándolo en su regazo con odio, lo llevó hasta la chimenea del cuarto, que apenas salpicaba centellas naranjas entre la madera. Dando un gran suspiro, lo arrojó a la leña, que golosamente comenzó a devorarlo con sus flamas; el libro avivó un fuego que parecía agonizante. Las palabras y la sangre de Ada se fundieron en la danza de las llamas como una pareja de enamorados que son masacrados mientras se abrazan.

El condado de Leicestershire había vivido cual viejo roble que por décadas observaba sin inmutarse cómo el pastizal muere y reverdece. Era una tierra que no se aburría por ser eterna. Al contrario, levantaba su perfil como dama suntuosa y se pavoneaba en cada estación, sólo agitándose la nieve para volverse a vestir de verde a la llegada de la primavera. Pero lo más importante es que Leicestershire era el centro y corazón del sentimiento británico. Era el veterano que escondía las ruinas celtas, los ríos eternos y los prados lozanos. Alejado del fastuoso Londres, coqueteando con la añeja Escocia y viviendo los cambios del país con la firmeza de una roca.

El poblado de Kirkby Mallory, en Leicestershire, fue testigo de la salida por la puerta de la mansión Mallory Hall de la niña Ada a todo

galope. A lo lejos, el viejo campanario de la iglesia de Todos los Santos la atisbó, considerando que se trataba simplemente de una crisis entre los humanos que habitaban la mansión. No era algo nuevo para ésta y el resto de los testigos eternos, ya que desde su fundación en la época de Ricardo II, los humanos iban y venían con tragedias que solamente los bardos recopilaban en cantares. Para ellos, espectadores centenarios, apenas era un parpadear en la vida.

Mallory Hall era la más pomposa de los habitantes centenarios del poblado. Se trataba de una formidable mansión de tres niveles con muros rojizos de cantera y ventanas enmarcadas en piedras labradas que parecían parpados caídos. De cofia llevaba una techumbre a dos aguas, recubierta por tejas y coronada con las chimeneas. Alrededor de ella, un pasto perfecto emulaba las mejores alfombras.

Este pasto recibió las pequeñas zancadas de Ada, que con lágrimas en los ojos se escabullía del encuentro doloroso con su madre. Cruzó la vía de acceso a la mansión y continuó su carrera para buscar perderse en el cúmulo de vegetación del bosque. Los árboles de la floresta de Mallory Park abrieron sus ramas para devorarla con su sombra. Chatos arbustos de bayas se agitaron al verla pasar y algunas ranas saltaron al riachuelo al escuchar las pisadas en la hojarasca. La calma natural se vio sobresaltada por el arranque de Ada.

La niña arribó hasta el tronco de un gran árbol y se sentó entre las raíces que sobresalían de la tierra. Un par de polillas volaron asustadas mientras una chicharra se dedicaba a llenar el silencio. Ada metió su cara entre las rodillas, balbuceó cosas, lloriqueó un rato y, por fin, decidió que su ataque había terminado. Se limpió los rastros de sangre y lágrimas de manera palaciega. Tomó con jactancia el carboncillo y el papel para ponerse a garabatearlo. La chicharra prosiguió importunando la tarde, pero la niña decidió hacerle coro cantando estrofas infantiles.

—Bah, Bah a black Sheep…, Have you any Wool? Yes merry have I… Three Bags full… One for my master, One for my Dame, One for the little Boy… That lives down the lane…

Continuó escribiendo, dejando que su mente vagara por mundos más amables que los que ella enfrentaba. Sin darse cuenta, el sol cayó y se hundió en el horizonte en búsqueda de otras tragedias que iluminar. El manto de la noche la cubrió como la colcha que la madre deja caer sobre su hijo. Y con la noche llegaron sonidos de ranas e insectos y el murmullo de las lechuzas provenientes del campanario de la iglesia.

Un destello brotó entre los matorrales luminosos como una lejana

estrella. Luego otro, seguido de varios más. Una ola de pequeñas luces voladoras jugueteaba frente a ella. Ada sonrió ante las luciérnagas, que parecían apremiarla para que dejara de escribir y fuera a jugar con ellas. Esas luces coquetas parecían algo más que insectos, como si fueran pequeñas personitas con alas que destellaban polvo de hada. Ella se quedó mirándolas, su imaginación comenzó a dudar si eran verdad o sólo una jugarreta. Prefirió pensar que en el bosque su llanto había convocado a los seres que lo habitan, los que son narrados en los libros de cuentos o en las leyendas. Hadas o faunos: las criaturas secretas de la floresta, los antiguos habitantes de Kirkby Mallory.

—¡Hola! —les gritó Ada divertida por el juego de luces.

Las chispeantes criaturas se alejaron entre los matorrales de la charca. Las ranas le respondieron. La chicharra después. El bosque parecía decirle que todo era un mal día, que olvidara el dolor y se aferrara al júbilo. Para coronar esa sensación de maravillosa fantasía, Ada logró visualizar a lo lejos una gran linterna que se acercaba a ella.

La niña abrió la boca admirada, totalmente absorta por la visión de un hombre delgado de rasgos finos y femeninos que cargaba una opulenta lámpara con la que caminaba hacia ella como si volara a centímetros del piso. Cuando la oscuridad de la noche decidió hacerle paso a la luz, pudo distinguir mejor a tan exótico visitante: en la cabeza portaba un turbante de color carmesí y oro que se enrollaba entre su pelo azabache. Una brillante chaqueta corta cubría su torso con bordados plateados que luchaban por igualarse a un rebuscado altar de capilla. Sus pantalones eran bombachos de un azul brillante que terminaban en unas graciosas zapatillas puntiagudas que se enroscaban en sí mismas como plantas de la vid. Ada no dudó ni un momento de que se trataba de un príncipe del bosque.

—Hola… —le saludó el extraño a la niña, alzando su lámpara para iluminar su perfecto rostro y su sonrisa inmaculada.

Ada tenía la boca abierta, pero no lograba decir palabra o emitir sonido alguno. Su mente golpeaba su imaginación con el pensamiento racional de que las hadas no existen.

—¿Es usted el rey Oberón? —preguntó balbuceando la pequeña.

Ese hombre no podía ser más que el rey de los elfos. Varias veces había escuchado ese nombre, Oberón, ya en las pláticas de aldeanos como culpable de que las parejas imposibles se enamoraran, ya en la obra de teatro de Shakespeare que había visto con su abuela.

—¿Yo? —preguntó divertido el elfo—. Bueno, no hay duda de que soy noble, pequeña, pero si rey desea volverme, no vacile en decírmelo. Una reverencia sería lo ideal para respetarme.

Ada se levantó de un brinco, se acicaló el vestido como una doncella educada y, tomando su falda, hizo una reverencia con delicadeza. El rey respondió aceptando los honores e inclinándose majestuosamente para tomar la delicada mano de Ada y besarla suavemente. Ada sintió el beso como un pétalo de rosa que acariciara su piel. Observó que los labios eran carnosos. Por mucho, eran lo más llamativo de su cara.

—Su majestad, un saludo cordial. No deseaba molestarlo en sus dominios. Le pediría que se lo dijera a la reina Titania para que no me convierta en asno, que con cara de borriquillo seré el hazmerreír de los del pueblo —explicó solemne la niña, temerosa de terminar como en la obra de teatro del bardo inglés. Sabía, por habladurías de las mujeres del pueblo, que las hadas son criaturas caprichosas y de poco fiar. Nunca había que aceptar regalos ni bendiciones de ellas pues sólo traían tragedias.

El ser soltó una gran carcajada que hizo callar a la chicharra. Divertido, se sentó a un lado de Ada en una de las raíces del roble.

—¡Desde luego que le transmitiré su inquietud, pequeña! Se ve que es inteligente y previsora. Demuestra qué astuta jovencita es.

—Tan sólo cumplo las tareas de mamá.

—¿Mamá?

—Lady Anna Isabella, quien habita la mansión. La mujer de finos vestidos y sonrisa amable. Supongo que algún día la habrá visto pasear por el bosque. Pero le diré un secreto, ella no cree en ustedes —le narró la niña en el tono que le fue enseñado para dirigirse a los adultos. Sus estudios no se habían limitado a las ciencias o las matemáticas, sino que habían hecho hincapié en que fuera una dama que llevara el apellido Byron con orgullo y prestigio.

—La baronesa —soltó al aire el elfo real con cara picaresca—. Tomaré en cuenta su comentario, pues realmente no deseo crear un contratiempo a la señora. Por ello tendré que pedirle un gran favor: que este encuentro quede entre nosotros.

Ada se tapó la boca con sus manitas y soltó un gruñido como si tratara de sellar sus palabras ante el recuerdo del golpe recibido.

—Sí, lo prometo, su majestad.

El rey acercó lentamente su mano y tomó la de Ada para apartársela de la boca. Su ceño se frunció al ver la sangre en la comisura de los labios. El dedo tocó una gota del líquido carmesí y se la llevó a la lengua para confirmar su naturaleza.

—La han golpeado.

—Fue mi culpa, su majestad. Nunca debí leer el libro prohibido.

Son las reglas de la mansión y mamá me pide cumplirlas, lo merecía.

—No, el dolor no lo merece ningún ser humano —soltó duramente el ser real. Torció la boca a disgusto. Entonces, invitó a la niña a que se sentara a su lado—. Pequeña, debe siempre recordar esto: usted es especial, la más especial de todas las niñas. Por ello debe ser respetada.

—Mamá lo hizo por mi bien —le interrumpió la chiquilla.

—Su madre también es especial, no lo dudo ni lo cuestiono, pero ella es ella. Siempre debe ser usted misma. Yo la veo a usted, cabeza tiene y cuerpo también, pero ningún lazo físico hacia ella vislumbro. ¿Lo entiende? —le dijo con su voz de murmullo, que a ella le recordaba al viento cuando corre por entre las ramas de los árboles.

Ada sólo movió la cabeza afirmando que escuchaba, aunque realmente no comprendía las palabras. Se quedó rumiando sus miedos y pensamientos. Notó que el monarca no apartaba la vista de las hojas que había escrito.

—¿Sabe qué tengo aquí?

—No, si no desea enseñármelo. Pero si esa reprimenda de su madre fue por leer un libro con palabras prohibidas, algo habrá venido a hacer a este bosque que no desea que la descubran.

—Bueno… No es lo mismo.

—Desde luego que no, lo entiendo, ¿acaso no siente placer en ir uniendo letra más letra? —trató de ganar la confianza el soberano.

Ada dobló el papel. Le era penoso que un desconocido leyera sus cosas personales:

—Es hermoso ver cómo cada letra forma cosas. Es como…

—¿Poesía? —agregó excitado el fauno.

Ada lo pensó y atisbó una sonrisa en su interlocutor. Era una palabra prohibida por su madre, pero el rey tenía razón: era poesía.

—Sí, creo que sí… ¿Me raptará a su reino? —preguntó, pues deseaba saber el motivo de una visita tan distinguida. Sabía que los seres mágicos disfrutaban de raptar niños para que fueran pajes en sus feudos.

—Qué más quisiera, pequeña Ada Augusta —respondió.

Ada se sobresaltó al oír su nombre, pero más al escuchar su segundo nombre: el nombre prohibido.

—¡Conoce mi nombre!

—Y muchas cosas. Más de las que cree. La he seguido de cerca, por eso estoy aquí, para darle un regalo.

El rey alzó de nuevo las comisuras de su boca en un gesto que le iluminó el rostro. La mano acarició el rostro de Ada. La niña la

olisqueó: olía a canela y especias.

—Deseo otorgarle una presea mágica —reveló Oberón sacando de su pantalones bombachos una pequeña caja.

La colocó en la palma de la niña y la abrió. Con la tapa subida, la pequeña figura de una bailarina con alas apareció. Una tonada emergió del espectacular objeto y la muñeca comenzó a danzarla. El hada bailarina se movía a través de un mecanismo de engranajes al ritmo de una apacible canción que Ada reconoció: *La flauta mágica*, de Mozart.

La niña, frente a ese prodigio, pensaba que sólo la magia podría crearlo. Observó con detenimiento tratando de ver de dónde provenía el hechizo, pero únicamente descubrió los engranes que rodaban de manera mecánica. Se trataba de una caja de música perfecta que revelaba su dispositivo de latón como si fuera un corazón mecánico que diera vida a la danzarina hada. Con rapidez reflexionó que si sólo eran engranes los que movían todo, se podría hacer lo mismo para tocar música, desarrollar una suma de cifras extraordinarias o componer una bella poesía. El rey Oberón no sólo le obsequiaba un aparato de metal, sino que le daba la posibilidad de cambiar el mundo con una máquina así.

—Es hermosa, pero no puedo tomarla, su majestad —murmuró Ada sin quitar su vista del baile de la pequeña bailarina—. Si tomo un regalo del mundo de las hadas, entonces ustedes me convertirán en su esclava.

Un silencio se apoderó de su interlocutor mágico; el noble de las hadas lentamente alzó su ceja derecha con expresión sorprendida, tanto que casi se sale de su perfilado rostro. Ada especuló que lo dicho podría estar causándole ira, pero él torció su boca hacia arriba y, al llegar a la cumbre de la sonrisa, explotó en una carcajada dulzona y contagiosa.

—No es nada tonta, sabía que la estaba probando. Admiro que no cayera en mis embustes fácilmente. No todos logran salir bien librados de un encuentro con un fauno —le dijo afablemente él.

Ada se quedó, en silencio, observando con detenimiento la maravilla mecánica. En su infantil mente imaginó casas donde los engranajes se escondían en las paredes y podían ejecutar labores, pero lo que la hizo sonreír fue el pensamiento de que también podrían pensar por ella: máquinas que hicieran hasta sus trabajos académicos.

—Ha de ser un mundo hermoso donde usted vive, su majestad. Quizás el mejor de todos, pero si yo acepto, será mi perdición. Las hadas son caprichosas y sólo juegan con los humanos por gusto, se

burlan de nuestras debilidades —contestó Ada sin poder dejar de mirar el baile del autómata.

—Buena respuesta. Eso merece ser recompensado de una mejor manera que con un simple artificio mecánico de música. Por ello, haremos un trato que no sea ventajoso para ninguno de los dos. Así, las leyes de mi tierra serán respetadas sin que terminen en una desventura.

Ada lo escrutó dudosa ante el ofrecimiento. Sigilosa en su decisión, estudió cuidadosamente los ojos de Oberón.

—¿Me haría un voto de verdad que me asegure que no es una de sus tretas?

—Con todo mi corazón —repuso seriamente Oberón.

—¿Qué desea?

—Los apuntes que ha hecho en el papel. Dice que son poesía y a las hadas les gusta escucharla. Si usted me las regala, yo dejaré esta caja escondida entre las raíces del árbol. De vez en cuando recibirá regalos y cartas. La caja no podrá tenerla en su casa, no será su posesión totalmente. Nos pertenecerá a ambos, será para compartir lo que deseamos escribirnos.

—¿Pero lo volveré a ver? —preguntó la niña con la voz entrecortada.

El rey Oberón se acercó a ella para levantarle la barbilla y zambullirse en su inocente mirada. Le estampó un beso en la frente para sellar el trato. Ada, al verlo separarse y sentir el vacío inconsolable de la despedida, le entregó en su mano las hojas dobladas.

—Nosotros somos seres sigilosos y evasivos. Nuestro encuentro será único y último.

Ada bajó los ojos triste, comprendiendo que ese evento, el más afortunado de su vida, nunca podría platicarlo a nadie. Los adultos que la rodeaban consideraban un pecado sin perdón la imaginación.

El rey Oberón tomó los papeles y los metió cautelosamente entre las telas de su ropa, tras lo que se levantó de su asiento de musgo y tréboles. Las luciérnagas revolotearon alrededor de él, anunciando su partida.

—Ésta será nuestra confidencia.

—Así será, su majestad —exclamó Ada haciendo la reverencia para despedir al monarca.

El rey de los elfos se alejó caminando hacia atrás, sin poder quitar su triste mirada de ella. Se fue alejando engullido por la oscuridad de la noche. Parecía que deseara quedarse con Ada por toda la eternidad,

pero que una fuerza sobrenatural lo jalara a los dominios donde sólo las leyendas y los mitos pueden aceptar la presencia de esos seres.

En un parpadeo, sólo quedaron las luciérnagas y la fastidiosa chicharra que continuaba su canto. El bosque retornó a las sombras. La luna pareció asomarse desde detrás de un cúmulo de nubes, como si el juego de las escondidas hubiera terminado. Ada colocó la caja de música en un orificio del árbol y se quitó el polvo de las manos.

Luego de tomar una bocanada de aire, regresó a su casa sin un solo sentimiento de miedo ante el seguro escarmiento que recibiría de su madre. Su tranquilidad no era otra cosa que el saberse poseedora de algo íntimo que su progenitora nunca lograría entender. Algunas veces, cuando casi nada propio se tiene, un sueño es el bien más preciado que se atesora.

1824

Ada creció bajo la doctrina de su abuela Lady Judith Milbanke en Mallory Hall. Ésta repitió con su nieta el perfil de educación que había adoptado para su hija Annabella. Era de ideas liberales en lo concerniente a la política, pero de rígidas concepciones conservadoras en lo religioso. La abuela de Ada había vivido el reinado inglés del duque de Brunswick-Lüneburg de manera lejana, como si lo que sucediera en la corte fuera ajeno a ella. Durante el reinado de Jorge III, la Gran Bretaña se había alzado como la primera potencia dominante, con vastas colonias en América, Asia y África, y había ganado la supremacía en los mares por su fuerza naval, tras derrotar al mismo Napoleón. Pero para su hija Anna Isabella Milbanke era distinto, pues era ella parte fundamental de la regencia. Le tocó vivir de cerca la época en que el rey Jorge III se consideró incapaz de gobernar y su hijo, el príncipe de Gales, rigió como su apoderado, situación que duró hasta que se convirtió en Jorge IV a la muerte de su padre.

Estaban viviendo una etapa de contrastes enormes. Aunque existía un renacer en la arquitectura, la literatura, la moda, la política y la cultura, fruto de las ideas de la Ilustración y del fulgor de las ciencias, al mismo tiempo todo estaba envuelto en la banalidad del príncipe regente, del que Lady Judith Milbanke tenía una mala opinión: era un hombre flojo y lascivo, pero pomposo y con gustos exquisitos. Por ello, aunque había educado con los más altos cánones a su hija, a la que llamaba cariñosamente Annabella, para que se convirtiera en una de las más importantes damas de la realeza, también aceptaba que vivían una era de incertidumbre: las guerras napoleónicas, los disturbios y la preocupación de que el pueblo británico pudiera imitar las convulsiones de la Revolución francesa. Ella era fruto de la Ilustración y se sentía orgullosa de ello. La patria podía estar enclavada en un primitivismo político, pero ambas mujeres se sentían parte del cambio

mundial, de la consagración de la razón científica. Ese sentimiento, que fue heredado a su hija Anna Isabella, lo trató de traspasar a su vez a su nieta Ada.

Annabella era hija única, concebida por sus padres cuando ya estaban en el crepúsculo de su vida. Hombres mayores que habían dedicado su existencia a trabajar por el condado que los cobijaba, Leicestershire. No sólo había heredado de ellos esas tierras, también una educación privilegiada y desde luego sus excelentes conexiones familiares en el mundo de la política. Annabella era una mujer pragmática, con los pies en la tierra, y una excelente administradora de su fortuna. En cambio, el hombre con el que se casó, Lord Byron, soñaba con los ideales de libertad de la época despilfarrando su dinero. A la manera de su familia, ella era parte de la historia, mientras que Lord Byron era el que la escribía.

Lady Judith había tomado la responsabilidad de encargarse de la educación de Ada mientras Annabella proseguía con sus estudios científicos y su labor social. Annabella había sido criada para resplandecer. Estaba dedicada en tiempo completo a su labor política en el Comité para la Abolición del Mercado de Esclavos y en la reforma de las prisiones, a través de la cual apoyaba los derechos de las mujeres detenidas. La baronesa Noel Byron era toda una noble inglesa, desde su perfecto peinado hasta sus impecables vestidos, pero destacaba por su fuerza femenina, su inteligencia y su carácter demasiado retador para los conservadores políticos londinenses.

Annabella había dejado que su hija Ada quedara bajo el tutelaje de su maestra, Miss Lamont, y, a su vez, bajo la custodia de Lady Judith. Pero los años estaban desquebrajando a su madre. Infecciones continuas carcomían su cuerpo, deteriorando ya su frágil vida. Annabella Noel Byron tuvo que retornar de sus cruzadas y proseguir la labor educativa de la abuela con su hija. El tiempo cobraba el caro gasto de la vida y Annabella comprendía que los días de su progenitora declinaban rápidamente. Era cuestión de semanas para que el fuego vital de la noble dama apagara su flama y los títulos pasaran a su persona. Ahora ella sería la baronesa de Mallory Hall: la señora del condado.

—Es aburrido —se quejó Ada mientras leía el libro.

Bajó el volumen y lo puso a un lado de la mesa finamente servida en una apergolada terraza entre flores y plantas que bailaban por la brisa del verano. Un sirviente instaló con precisión inglesa un plato con el desayuno. Ada lo husmeó sin mucha hambre. Su madre, Lady Byron, bajó también el libro que leía al recibir su plato con delicias de

frutas y bollos recién horneados.

—Recuerdo que a la sombra de estas pérgolas yo tomaba las clases con nuestro tutor, el querido William Frend, pequeña Ada. Debe agradecer que poseemos el privilegio de recibir conocimientos que sólo son reservados para iluminados en escuelas como Cambridge —explicó la baronesa colocándose la servilleta en el regazo.

Otra sirvienta dispensó el té desde la tetera de motivos franceses. El Imperio de Napoleón ya había permeado el gusto inglés. Moda y artículos decorativos aparecieron en todas las casas pudientes. La casa de los abuelos de Ada no era la excepción.

Ada no pareció escuchar el nostálgico comentario de su madre, quedó absorta en advertir cómo las libélulas revoloteaban entre las flores contiguas a la mesa.

—¿Cómo sigue la abuela Judith, madre?

—Gracias por preguntar, pequeña. Su abuela está delicada. Ha pedido que todas sus plegarias sean para su recuperación.

—Hoy solicitaré a Nuestro Señor que le borre todo mal de su ser. Lo haré con tanto esmero que seguramente me lo concederá —explicó la niña curveando sus delicados labios en forma de media luna. De su herida en ellos sólo quedaba una pequeña cicatriz. Después de su encuentro mágico en el bosque, la noche de la discusión con su madre, Ada había retornado a la casa. Annabella la alcanzó apresurada hasta el umbral donde Ada apareció. Para sorpresa de la niña, no hubo reprimenda ni castigo, sino un gran abrazo acompañado de múltiples besos en su rostro. Aunque su madre no lloraba, pues nunca lo hacía, Ada comprendió que era una manera de pedirle disculpas. Ada nunca dijo nada de su encuentro con el rey de los elfos.

—Usted es una buena niña con su abuela. Ahora disfrute su desayuno, las tostadas se enfrían.

Madre e hija bebieron té y devoraron las tostadas con frutas en silencio. Sólo el zumbido de las libélulas y el canto lejano de los pájaros de Mallory Park las acompañaron.

—Sé que no he podido seguir su educación debido a mis compromisos en Londres y mi labor filantrópica, pero ahora que la abuela está delicada esas cosas van a cambiar. Prometo que tendrá en mí una madre más presente, una amiga.

—¿Una amiga?

—Una confidente, alguien con la que podrá compartir cada momento de su vida. Yo seré quien esté detrás de usted siempre. No lo dude, siempre seré su mejor amiga, y recuerde: las amigas no se hacen daño.

Ada continuó masticando educadamente y bebiendo de su taza. Una libélula azul revoloteó cerca de ella. Ada perdió la concentración de la plática al examinar esa extraña criatura.

—¿Tiene algún secreto que decirle a su mejor amiga, Ada? —soltó con voz dulce su madre, cruzando sus dedos frente a ella y mostrándole una sonrisa que iluminó más que el sol la mesa.

Ada se sintió acorralada por esa actitud. Bajó los ojos, perdiendo de vista a su acompañante, la libélula color índigo, que seguía jugando por los aires.

—Nada, madre —repuso en murmullo.

—¿Ni un secreto? —insistió Annabella.

—No —confesó Ada apesadumbrada.

—Debemos decir la verdad siempre. Si lo hace, le daré un regalo especial que su abuela ha adquirido en Londres para usted en particular —explicó la baronesa, tras lo cual clavó sus pequeños dientes en diminutas mordidas al pan.

Ada abrió sus ojos ante la palabra *regalo*. Era una palabra mágica para cualquier niño.

—Tengo un secreto —balbuceó Ada.

—¿Cuál es, cariño? — la instó Annabella.

La niña volteó para ambos lados nerviosa de ser descubierta. Se levantó de su silla, se paró al lado de su madre y, alzándose de puntillas para alcanzar su oído, le susurró algo. Annabella comenzó a sonreír. Tomó las pequeñas manos de Ada y las aprisionó, tal como su madre lo había hecho con ella por la mañana. Ellas eran todo, ellas eran lo único que importaba.

—Me parece bien que no le guste la gramática y que adore la geometría. Pero no puede dejar de hacer sus tareas de álgebra por estudiar a escondidas de Miss Lamont los libros de mapas en la biblioteca. La siguiente vez me pedirá que los veamos juntas, ¿le parece, Ada?

—Sí, madre. Lo siento mucho —respondió asustada y bajando la cabeza.

Annabella entonces tomó el libro que estaba leyendo y se lo entregó a la pequeña. Ésta lo recibió sorprendida. Leyó la carátula e inmediatamente se le dibujó una gran sonrisa en su rostro. Era el distinguido volumen *The Ladies' Diary. The Woman's Almanack.*

—¿Es mío?

—Desde luego.

El libro era una presea muy querida no sólo por Ada, sino por toda muchacha pudiente que deseara deleitar a sus interlocutores con una

plática interesante. Se publicaba anualmente desde 1704, agotándose su tiraje cada año. Era una guía para damas, una opción ante la negación de su acceso a las universidades. Había sido apreciado por Annabella mientras crecía, y ese gusto lo compartió con su hija. Ada desde un año atrás había pedido que le regalaran uno.

La infanta lo ojeó, encontrándose en su transitar por las páginas calendarios, las fases de la luna, tiempos de la salida y la puesta del sol, datos de eclipses, fiestas, adivinanzas, chistes, problemas científicos y matemáticos de nivel avanzado, aparte de una cronología de eventos notables. Al final de cada volumen se incluían las respuestas de los lectores a los problemas propuestos en el año anterior y un nuevo conjunto de problemas frecuentemente escritos en verso.

—Este año han incluido unas notas y un problema matemático que yo misma he planteado. Fui recomendada al editor por el honorable doctor Frend —le explicó su madre.

—¿En verdad lo han incluido? ¿Puede mostrármelo? —le devolvió el libro la niña excitada y se plantó al lado de su madre para poder observar.

—El problema matemático es un cuadrado mágico. Son considerados una característica distintiva del almanaque. Quizás podría resolverlo usted misma y así tal vez el editor publicaría su respuesta, querida.

—¿Realmente lo cree? —cuestionó con la cara iluminada por el sueño de ver su nombre impreso en un libro.

—Si se lo propone, lo hará. No hay duda de ello —respondió su madre regresándole el manual y acariciándole levemente la mejilla.

Ada regresó a su asiento para proseguir disfrutando de su regalo. El desayuno se le había olvidado totalmente y pasó a ser parte de un festín de los insectos. Su madre se quedó observándola con detenimiento. Sabía que el deceso de su madre no tardaría. Era una realidad inevitable. Por ello estaba tomando las riendas de la educación de Ada; lo hacía como un medio de disciplina moral que le permitiría controlar sus emociones, con el propósito de evitar que desarrollara rasgos de carácter similares a los de su padre. Su madre le había comentado que la niña mostró desde un principio talento para las matemáticas, aunque su pasión era la geografía, ciencia que la abuela consideraba banal.

—Mire, madre, incluye las nociones comunes de los elementos de Euclides —descubrió Ada al ver el libro.

—Por favor, sin ver el libro, dígamelos…

—Si dos cosas son iguales a una misma cosa, son iguales entre sí; si se añaden iguales a iguales, los todos son iguales; si se sustraen iguales a iguales, los restos son iguales; las cosas que coinciden una con otra son iguales entre sí; y el todo es mayor que cualquier parte… Creo haber encontrado el problema matemático.

La baronesa sonrió complacida al ver cómo su hija leía el problema matemático en voz alta:

—Este cuadrado mágico requiere que las sumas de las filas, columnas y diagonales sumen lo mismo.

Aunque su timbre de voz asemejaba al de un poeta narrando las peripecias del amor, no había duda de que los números seguían siendo números en cualquier idioma y en cualquier parte del mundo. El triunfo sobre Lord Byron había comenzado.

Ada permaneció el día en su cuarto tratando de resolver el problema que su madre había publicado en el almanaque, un cuadrado mágico de cuatro cifras. Un cuadrado mágico es la disposición de una serie de números enteros de forma tal que la suma de los números por columnas, filas y diagonales principales sea la misma: la constante mágica. Usualmente los números empleados para rellenar las casillas son consecutivos. Su cabeza zumbaba alrededor de los números cual abeja trabajadora operando para descubrir el polen entre las flores. Sus grandes ojos apenas parpadeaban, absortos en cada fragmento del problema. De un momento a otro, había virado todas sus inclinaciones hacia la geometría y la música. No le interesaba más la gramática, y había olvidado la poesía. Todo su mundo se estrujaba para dedicarse solamente a los números, especialmente a los que daban la solución del problema. Ada descubrió que era una persona obsesiva al darse cuenta de que dar con el resultado de esas ecuaciones se convertía en una necesidad sólo comparable con la de comer o dormir.

—Aquí está… Por lo tanto tendrá un número par… —exclamó en voz alta mientras rayaba la pizarra donde su tutora escribía las faenas de su educación.

La niña se llevó el dedo pulgar a la boca con una lentitud comparable al correr de las manecillas del reloj marcando las horas. Apenas sintió su extremidad en el labio, la chupó concentrada en su pensar. Y como siempre sucedía cuando se embebía en sus reflexiones, el mundo exterior desapareció por arte de magia. Por ello, a su madre le fue fácil espiarla desde la puerta entreabierta. Curioseándola con un gesto de placer dibujado en su rostro, Annabella, encubierta por la sombra de la noche, apreciaba que su hija hubiera reaccionado más

afanosamente ante el reto del problema matemático que ante la serie de reprimendas que recibía por su actitud rebelde.

La baronesa cavilaba cómo hacer que su hija permaneciera del lado del carácter de su familia. Al verla sumergida en la solución matemática, aseguraba que poco quedaba de los Byron. No había terminado de paladear su logro cuando descubrió que los ojos de la pequeña poseían la misma mirada de su esposo. Esa mirada la remitió a años atrás, cuando él llegó al jardín de su tío para declarársele. El recuerdo la tomó de la mano para retornar a un periodo en el que ella, virgen y joven, contemplaba la mirada profunda de ese muchacho que se había presentado coronado con una maraña de pelo que le otorgaba un halo de lujuria concentrado. Ella le había dado como respuesta a su proposición de matrimonio una negativa. Byron le explicó que no podía hablarle con palabras que estallaran en flores, puesto que para ella la poesía era tan inútil como la sonrisa de un muerto, así que sólo conversaría con el mismo idioma de ella: los números. Fue entonces cuando la bautizó como la Princesa de los Paralelogramos. Le hizo contar los latidos de su corazón para que ella supiera la cantidad de su amor. Fue así como la convenció y Ada Augusta resultó ser el fruto de ese amor.

No le gustó ese pensamiento. Se fue alejando para dejar de escuchar el timbre de voz de su hija, que le recordaba a su marido.

La niña, desesperada ante la incapacidad de solucionar el problema, había tomado una hoja de papel y lo había copiado acompañándolo con una serie de notas que, sin duda, figuraban como una carta para alguien. Al terminar de escribirla, la dobló varias veces y la guardó en la bolsa de su batón. Caminó de puntillas y asomó su rostro por la puerta para comprobar que ninguna persona la seguía en su escapada de la mansión. Franqueó el salón de acceso, donde un gran cuadro de un ancestro la acechó en su caminata a la salida de la morada. En el exterior de Mallory Hall, una luna menguante la recibió mientras una brisa levantaba la hojarasca refrescando con aroma a bosque.

Sigilosa, se coló entre las sombras de los árboles, para llegar a unos pasos de la charca, donde esta vez la chicharra no parecía molestarse por su presencia. Levantó la gran piedra, sacó la caja de música empolvada y la abrió para colocar la carta. Inmediatamente después, regresó todo a su lugar. En menos de un soplo estaba de regreso en casa, convencida de que obtendría respuesta pronto. Esa noche durmió apacible, soñando con cómo las hadas bailaban entre flores recitando el problema matemático.

—Es un día maravilloso, Ada —le sonrió su madre al ver que la muchacha aparecía frente a ella con su libro bajo el brazo.

La pequeña caminó con aplomo cruzando la habitación con ligeros pasos, como si brincara entre pétalos de flores.

—Mamita, asombroso. Lo he resuelto —repuso la chiquilla abriendo el libro y mostrando una hoja garabateada con números.

—Eso es más que estimulante y vigoroso para una pequeña genio como usted. Debió de ocasionarle mucho trabajo poder entablar un razonamiento tan elevado. No es una ecuación sencilla, Ada.

La madre tomó el libro con la hoja de apuntes. El rostro infantil se iluminó como un sol resplandeciente. Había bastante de orgullo y una gran dosis de modestia en su gesto, el mismo que el del triunfador contra todas las expectativas. Su madre tuvo que otorgarle un mimo: un roce en su mejilla chapeada. Se sintió totalmente poseída por esa mujercita, cualquier dolor causado por su marido era compensado mil veces por el placer de la cercanía de su hija.

—Veamos sus apuntes. Suenan interesantes, ha abordado el problema por un lado intrigante, felicidades —comentó orgullosa la progenitora.

—¿Le parece interesante el proceso para el desarrollo?, ¿cree que sea la respuesta correcta?

Annabella la revisó en silencio. Era un procedimiento matemático único: sistemático y rígido en los cánones académicos, pero, por mucho, novedoso y práctico. Se le había solicitado hacer un cuadrado mágico de 3×3, pero Ada había ido un paso más adelante, creando uno de 4×4. Si se leía cada columna y cada fila, éstas daban como resultado 36, como si fuera un número cabalístico. No sólo era correcto, era demasiado correcto para una niña con la edad y las aptitudes de su hija:

3	15	14	4	=	36
14	6	7	9	=	36
6	12	11	7	=	36
13	3	4	16	=	36
=	=	=	=		
36	36	36	36		

—Es excelso. Una muestra de su maravillosa mente. Mas me intriga si no habrá una mano amiga que la haya ayudado con el resultado y me pregunto por qué escogió el número 36 —murmuró reflexiva la baronesa.

—Sí, tal vez he recibido ayuda.

—¿Es alguien de la servidumbre?

—No lo sé, madre. Quizás soñé que las hadas, los seres del bosque, han danzado en mi ventana para obsequiarme las líneas de la solución al problema… Yo sé que usted no cree en las cosas que son propias de la imaginación, pero un toque de magia no hace daño.

—¿Hadas? —fue lo único que preguntó su madre. Su cara decía mucho más que sus palabras. Colocó sus manos en su regazo y se alisó la falda. Torció la comisura de los labios y miró a su hija. Ada no decía nada, sólo mostraba una tonta sonrisa.

—Lo soñé. Ellas me dijeron que el número 36 será el más importante en mi vida —completó sin cambiar su rostro de inocencia inmaculada.

—¿Recuerda que platicamos que seríamos grandes amigas, que nunca nos mentiríamos?

—Sí, mamá, nunca lo haría.

A la baronesa esa respuesta le esclareció una verdad que tal vez no deseaba ver ante su obsesión por tratar de dirigir a su hija por la senda de una buena educación: Ada era una niña pequeña y las niñas juegan. Estaba tan enfrascada en controlarla que se le había olvidado el detalle de la inocente infancia de su hija. Si ella pensaba que las hadas le ayudaban a responder las complicadas ecuaciones, era quizás por un juego. Ya habría tiempo de borrar esos delirios.

—Son hadas muy inteligentes, hija. Deberíamos contratarlas para que hicieran sus tareas y, ya que entablaran una relación profesional con nosotras, de una vez que también hicieran las mías.

—No creo que quieran, mamá. Pero no dude que les ofreceré su propuesta —respondió Ada plantándole un beso en la mejilla de su madre.

La hija de Lord Byron salió del cuarto silbando y brincando con el gran libro bajo el brazo. Su madre disfrutó la chispa de felicidad que regó detrás de ella.

1829

“Yo, Ada, no he hecho mis tareas de manera correcta, pero trataré de hacerlo mejor mañana”, escribió en su cuaderno una Ada que había alcanzado los catorce años con gracia. Mientras lo hacía con cara de limón amargo, una voz demasiado similar a la suya le hablaba desde su interior. Ésta sólo aparecía en su cabeza en momentos de desesperación y frustración. Ambas cualidades tenía esa tarde de condena.

—Debes escribir esta línea unas sesenta y cuatro veces más —le expuso la vocecita, que ella llamaba simplemente la Encantadora, el sobrenombre que el soberano de las hadas le había dado—. Son las necesarias para cerrar la cantidad en un número: 100. Esa misma cantidad, dividida entre nuestra edad, nos ofrece un resultado “de 7.142857, que es la misma cifra que necesitas en minutos para terminar este ridículo castigo y poder salir antes de que la noche caiga en el bosque a colocar la carta al incondicional prócer de las hadas — Ada soltó la pluma con la que cumplía su sanción. Miró a través de la ventana que cuadriculaba con su diseño el paisaje del bosque otoñal —. No te quejes, tu vida podría ser perfecta —le volvió a interrumpir la voz de la Encantadora.

Al escuchar esa frase, Ada torció el rostro. Sonaba demasiado a su madre.

—Pocas cosas lo son, dice madre. Siempre incluye en su lista mi vida —respondió en voz baja la muchacha, y retomó la escritura de su correctivo. La Encantadora pareció reírse por la ocurrencia de Ada.

—Si esa declaración se trata de una verdad consagrada, entonces para el resto de los mortales su vida debe de ser un completo delirio —Ada no pudo estar más a favor de ese comentario. Aseguraba que la voz de la Encantadora era mucho más perspicaz que la de ella—. Eso me hace reflexionar que la situación personal de cada humano que habita la tierra puede ser examinada con números. El corazón de una

enamorada que está comprometida con su amado debe ser analizado de manera numérica.

—¿Cómo decir: "Yo lo amo un 87, aunque admito que mi retribución de su parte no excede un 45"? —agregó Ada con sonrisa picaresca. Si su voz interna hubiera tenido rostro, le habría regalado un gesto satisfecho por la complicidad establecida.

—Al establecer ese panorama, llegamos al razonamiento de que la vida puede, y debe, ser analizada en una tabla numérica que nos da cuantificaciones de nuestra realidad —continuó en su ponencia la voz de su cabeza—. Asumiendo que esto es un silogismo verdadero, y que madre siempre recuerda que nuestra vida es la mayor en el tabulador, entonces admitiremos que el resto de la humanidad debe de poseer una cifra negativa, muy negativa.

—Debo decirlo sin tapujos: nuestra vida es un completo desastre —remató Ada al mismo tiempo que finiquitaba la última línea de sus frases impuestas como castigo.

No existía verdad más evidente para la baronesa Noel Byron que la necesidad para una mujer poseedora de una gran fortuna, como la de su familia, de un esposo en iguales condiciones. No había para ella tontería más grande que la de ver desposarse a una noble con un mendigo. No le importaban las opiniones sobre el derecho de igualdad o acaso el importante acto de conocer los sentimientos de los contrayentes, menos aún las opiniones del resto del mundo. Configuró una molesta expresión donde logró combinar suspiro y quejido aderezados con el desagrado. No era común que le descompusieran su apacible tarde, pero consideraba que esa tonta mujer de campo lo había hecho.

Aún seguía sin entender la razón por la que hizo caso a Lady Alberta, pues su gusto por las letras y sus opiniones sobre la ciencia eran similares a las que podría tener una rata de campo. Por ello, a su entender, el libro que le había regalado, acompañado con una extensa carta de recomendación hacia éste, era un insulto a su inteligencia. Nunca debió aceptar la novela. No por venir de alguien crecido por un matrimonio conveniente, sino porque opinaba que la obra era una completa basura.

Giró la cabeza en desacuerdo al ver que llevaba más de la mitad de la obra. Era una historia tonta y absurda. Un romance de una ilusa campirana con un lord. Tomó el volumen y lo cerró de golpe, como si tratara de aplastar una despistada mosca que osara incomodar su apacible lectura. Y sin ningún recato, ni otorgándole piedad a esas

letras escritas, lo lanzó al sillón junto a ella, donde rebotó dos veces cual rana agonizante en su último brinco.

—Mi baronesa, al parecer ha tomado la decisión de terminar nuestra hora de cultura —le dijo su compañero de lectura, que la miraba divertido a su lado mientras bebía de una taza que se perdía en sus rechonchos dedos.

El agradable señor Peabody había sido asistente y alumno de William Frend en la Universidad de Cambridge. No era un hecho que él presumiera en exceso, pues dicho puesto era un cúmulo de abusos del clérigo y famoso reformador. Para Annabella, el reverendo Frend había sido su máxima inspiración en el álgebra. Se trataba de un académico rebelde que, al verse despedido de la cancillería de la afamada universidad por su panfleto *Paz y unión*, se había dedicado a formarla como la mujer que era impartiéndole clases particulares. William Frend no sólo le transmitió conocimiento matemático, sino que también le dejó al señor Peabody como amigo íntimo, al que Lady Byron trataba más como su compañero y, de vez en cuando, como contador de las finanzas en Mallory Hall. El hombre poseía los ademanes de una bailarina con sobrepeso. Su inconfundible voz de chiflido desafinado continuó su acertada interrupción ante la explosión de su amiga:

—Me preocupa nuestra pequeña Ada. Siento que a veces se pierde en el bosque, como si tuviera un amigo secreto.

—Es una niña con exceso de imaginación. No es nada que no se pueda controlar con tarea y algunos palos.

—¿No ha pensado que tal vez sí exista ese amigo?, ¿un muchacho de la aldea?

—Ten la seguridad de que eso no es verdad. Yo sabría de ello. Ada nunca haría nada sin que me entere.

—Me agobia su exceso de confianza, querida.

—La confianza es algo que se construye, no se gana.

Los labios de Lady Byron se curvearon.

—¿Sabía que, por fin, se ha alquilado Carroll Park?

—No.

—Pues así es —insistió el hombre de traje ligeramente llamativo que luchaba por no reventar ante el volumen de su estómago—; el reverendo Thomas Noel ha estado aquí hace un momento y me lo ha contado todo.

Annabella no hizo ademán de contestar. Miró el libro que singularmente parecía reírse de ella. Noel era su primo. Eso todos lo sabían, pero nadie lo comentaba. Su tío había decidido colocar a su

hijo ilegítimo como reverendo de la iglesia de la localidad. No podía hablar mal de su pariente. Su corazón era vasto y había sabido guardar las apariencias ofreciéndole un futuro asegurado a su vástago.

—¿No quiere saber quién lo ha alquilado? —se impacientó el caballero, pero no lo demostró para no arrancar de sus cabales a su anfitriona. Gozaba del lujo único de poder golpear el avispero de la condesa como diversión, aunque comprendía que las avispas generalmente pican.

—Es usted el que quiere contármelo. No veo opción para no escuchar su chisme, estimado Peabody.

Esa sugerencia le fue suficiente para poder hablar. Carraspeó, pero antes de soltar sus comentarios, observó con pena el libro que seguramente daba el último aliento en la vida de Annabella.

—Dispone de opciones, baronesa. Veo una obra literaria que descansa a su lado implorando una segunda oportunidad.

—He leído cosas más interesantes en los documentos desechados por el Comité para la Abolición del Mercado de Esclavos. Le aseguro que en ellos vislumbraba al menos una chispa de realidad. En estas páginas no hay más que sueños tontos de una mujer sin futuro, educación ni dinero que trata de aparentar que es una dama.

—¿Como alguien que debería conocer?

—Precisamente. Lady Alberta, quien me lo obsequió, es sin duda una de las damas con más ausencia de pensamientos que conozco. Aunque hable maravillas de esa conocida suya, la señorita Jane Austen, no dejará nunca de ser una campirana con aires de grandeza que no tuvo la fortuna de desposarse con un lord. Sólo puedo entender que una advenediza como Lady Alberta se sintiera atraída por una perdedora como la señorita Austen.

El concurrente Peabody, sin poder disimular la sonrisa, tuvo compasión por el libro y lo levantó de su castigo, pues corría el riesgo de estar condenado a arder en la chimenea nocturna.

—*Orgullo y prejuicio*… Mmm, al parecer la señorita Austen conoce el alma humana al elegir un título tan sublime como éste —comentó tras examinar el lomo del volumen.

—Sólo conoce la codicia. Hubiera deseado contraer matrimonio con un hombre acaudalado en vez de escribir tontas novelas románticas.

—¿Como a usted agradablemente le sucedió, baronesa?

Se hizo un silencio, el mismo que se puede escuchar por la noche en un cementerio. El señor Peabody comprendió que le había atizado demasiado duro al avispero. Sufriría el dolor que eso le ocasionaría sin

duda alguna. Cerró los ojos esperando algún comentario lapidario que terminara su relación con la baronesa. Mas no hubo respuesta.

Abrió un ojo. Se encontró a Annabella con la mirada clavada a la pared, donde un gran cuadro dormía detrás de una tela. Tapado, arrumbado y recogiendo polvo, el cuadro de su antiguo marido ni siquiera era limpiado por los criados, con tal de no descubrirlo. Annabella murmuró su pregunta sin poder dejar de perderse en ese manto:

—Era guapo, Peabody, ¿lo recuerda?

—Mucho. Era el más bello. No sólo las mujeres suspiraban por él.

—No suelte esos yerros en esta casa, Peabody. Preferiría que su vida pecadora quedara en un escalón afuera —de inmediato le reprochó la mujer. Ella volvió a su actitud de somnolencia y miró al pasado con ojos perdidos para decir nostálgica—: Sí, sí que lo era.

Ambos se quedaron mirando el último rastro del poeta maldito en la casa de la baronesa. Con su muerte fueron desapareciendo regalos de él: la botella de tinta, los floreros griegos, los candelabros albaneses y un par de pinturas italianas. Sólo quedaba el gran cuadro de Lord Byron cubierto por una manta. Nada más.

—¿Lo extraña, Lady Annabella?

—¿Cómo podría extrañar a un hombre que hizo esas cosas? ¿Acaso extraña usted la presencia de Satanás en la tierra después de haber sido expulsado?

—Veo que lo sigue rememorando mucho… Mas no se culpe de lo que cree que es bajeza, pues no es la única.

—Mujerzuelas o afeminados —soltó sin pensar que dicha expresión podía lastimar a su amigo. Pero él la aceptó sin remilgos, pues su situación en Inglaterra estaba condenada a permanecer en la mentira y las sombras.

—También su honorable…

No hubo más palabras. La condesa suspiró y retornó su mirada al libro que su amigo tenía entre las manos. Leyó la palabra *prejuicio*. Sintió que ésta carcomía su alma, pero no se dejó amedrentar. Ella nunca había prejuiciado a su esposo. Al contrario, aun después de separados, lo trató como un ser humano. Fueron los descubrimientos posteriores lo que desató su aborrecimiento. Cinco años habían pasado desde la muerte de su marido, y éste, cual fantasma aferrado a su última residencia, vagaba por su mente.

—¿La ha visto? —cuestionó inquieta.

—No desde el problema original. Soy fiel a su persona, por ello me sorprendieron las noticias del reverendo Noel: es de ella de la que

deseaba platicarle —le dijo tomándole de la mano para acariciarla como si fueran un par de hermanas consolándose—. Así es, querida, estará viviendo a un paseo en carreta de esa mujer, la honorable Augusta Leigh, quien, con su distinguido primo y esposo, el coronel George Leigh, pasará unos días en el campo.

—No dude nunca en anteponer el adjetivo *pobre*. Esa mujer ha sufrido aún más que yo. No merecía ser señalada como una culposa, el único en el que recaía el fallo era el innombrable.

—Usted felizmente sabe que no hay nada que temer. La situación fue arreglada y el coronel vive con la venda eterna de la felicidad familiar —el buen amigo Peabody estudió los gestos de la baronesa—. Quizás no debí decírselo, no era mi intención perturbarla.

—Al contrario, mi adorado amigo. Se lo agradezco —respondió efusiva.

—Suplico, baronesa, que en su mente no haya ninguna locura, pues ustedes dos ya no poseen nada en común. ¿No recuerda la última vez que cruzaron palabras? —trató de calmar la tormenta que vislumbraba en la lejanía, pero su sorpresa fue mayor al escuchar la respuesta de Lady Noel Byron.

—Apenas me diga que los Leigh han llegado, pediré que vengan a visitarnos al campo. Sólo una persona puede entenderme, y esa es Augusta. Haré lo más conveniente para nuestras personas. Irá a visitarla de inmediato, le presentará mis respetos y, quizás, le entregará como presentes unas piezas de pan y frutas del bosque de Mallory Park.

—Pero… ¡¿por qué?!

—Deseo retomar la amistad perdida y que sea mi más íntima amiga —respondió con una sonrisa oscura—. Cosa que seguramente George hubiera odiado si estuviera vivo.

Por más que la angustiosa Ada preguntaba sobre el tema, no conseguía sacarle a su madre ninguna descripción satisfactoria de la hermana de su padre. Menos aún de su prima, que contaba casi con la misma edad que ella. Toda la tarde se dedicó a atacarla con cuestionamientos de varias índoles. Apenas se hubo enterado de que conocería a un familiar de su progenitor, la muchacha pareció resplandecer como estrella. Annabella no esperaba una reacción tan desbocada de su hija. Temió que eso desatara más inquietudes por conocer el lado paterno, pero entendió que la chica simplemente había encontrado una fuga a su cerrada vida de estudios.

La baronesa Byron la había conocido cuando vivía con su marido

en Piccadilly Terrace, en Londres. Eran tiempos muy difíciles, quizás los peores que ella había vivido: embarazada, aferrada a un hombre que para ella estaba loco y en una situación financiera extrema. George Byron podía ser un mago barajando las palabras y encantando con poemas a las mujeres, pero era un completo desastre administrando el dinero. Para decirlo de manera suave, Byron era excesivo en todo. Desde la comida hasta el sexo. Si había que comprar un buen jamón en el mercado, no se conformaba con una parte, sino que adquiría la pierna completa acompañada de borgoñas importados que atraían a invitados sorpresa a comilonas en su casa que terminaban días después. Además, su excesivo orgullo no le beneficiaba en lo más mínimo. Rechazó los pagos ofrecidos por los impresores por su obra escrita, ya que obsesivamente aseguraba que las cantidades que le daban eran insuficientes para cubrir su genialidad.

Fue en ese desesperado verano cuando comenzaron a florecer peculiaridades en él que a Annabella la inquietaron: de un momento a otro llegaba a una ira desmedida, y sus explosiones concluían con vajillas enteras lanzadas a la pared e insultos aberrantes dirigidos a ella acerca de su frialdad en la cama por sus ocurrencias de leer matemáticas mientras practicaban sexo. Le desagradaba verla embarazada, pues aseguraba que no tendría un retoño, sino una cifra de álgebra en el parto.

Annabella supo que su esposo tenía una relación cercana con su media hermana gracias a que interceptó una carta donde manifestaba con palabras altisonantes su sospecha de que ella, Annabella, había roto la cerradura de su escritorio para buscar pruebas de un supuesto amorío con una bailarina. Se quedó atónita ante lo íntimo que era el diálogo con la honorable Augusta Leigh, quien vivía fuera de Londres con su esposo. No podía negar que, en efecto, había arrancado el cajón en un arrebato de desesperación, que había pedido a un sirviente que, encubierto, siguiera a Byron a todas partes, ni que había circulado monedas para que prostitutas y mercaderes dieran fe de cualquier andanza de su marido. Para ella era su manera de amarlo: lo hacía para protegerlo del pecado.

En las últimas etapas del embarazo temía que Lord Byron pudiera llegar a su límite y que terminara sumergiéndose totalmente en las aguas de la locura. Por ello, le había pedido ayuda a su cuñada escribiéndole una desesperada carta en la que solicitaba algo más que una intervención. Augusta Leigh viajó a Londres para tratar de tranquilizar a su medio hermano, pues estaba entrando en periodos de

total caos. No ayudó de mucho, ya que sólo cambió el blanco de su ira, esta vez contra su hermanastra.

Mas esos días no fueron ya de pesadilla ni oscuridad, gracias a que ayudaron a afianzar una amistad entre las dos mujeres. Leigh acababa de ser madre de su tercer retoño, una hija. Eso le ayudó a orientar a Annabella en los menesteres del parto y los cuidados del bebé. Ambas permanecían en casa charlando y leyendo, mientras el poeta se perdía en sus salidas nocturnas que duraban varios días. Annabella comprendió por Augusta que amar a Byron era un acto de fe, no un acto de amor.

Lord Byron no tuvo más remedio que rematar su posesión en Piccadilly Terrace y, ante las penurias económicas, pedirle a su esposa Annabella que fuera a vivir a casa de sus padres en Kirkby Mallory en Leicestershire. Para el poeta era una medida momentánea mientras lograba estabilizarse en su carrera. Le aseguró que su hermanastra la ayudaría en esta nueva etapa. Annabella sintió que no podía dejarlo solo, que si lo hacía, perdería a su esposo. Mas Augusta insistió en que era lo mejor. Tiempo después comprendió que las intenciones de ella eran otras. Lady Byron, por recomendación de su madre, se comunicó con su abogado para que preparara los papeles del divorcio. Annabella le mandó a su marido una carta a través de su hermanastra solicitándole la separación. Augusta no pudo entregar el mensaje porque temía que su medio hermano se suicidara al conocer la noticia. Eso fue lo que comenzó la destrucción de la amistad forjada entre las dos mujeres.

A las cinco de la tarde, la baronesa Anna Isabella ordenó a Ada que se retirara a su privado para arreglarse de cara a la reunión. Como todas las cenas sociales organizadas por su madre, éstas eran un evento en sí mismas. Se disponían los mejores platillos en una merienda a cinco tiempos, vinos importados y un arreglo especial en la mansión con flores silvestres de la zona. Para este convite se había invitado al reverendo Noel y a su esposa; al viejo amigo de la familia, el alegre señor Peabody; y al hombre que había recibido la tutoría de Ada Byron después de que el señor William Frend, debido a su edad, renunciara a esa labor, el honorable doctor William King.

El primero en llegar a Mallory Hall fue el doctor King, ya que debía dar una clase a Ada. Por eso, había arribado desde Brighton por la mañana para permanecer en el estudio de la muchacha toda la tarde hasta que ésta recibió la orden de su madre de arreglarse. El día había transcurrido sin novedades, excepto por la queja por parte de Ada de

una migraña al comenzar la tarde.

El doctor King era algo más que un galeno. Resultaba difícil describirlo de manera simple, pero se calificaba a sí mismo como un "filósofo positivista". Era un hombre firme en su aspecto y en su moral, de fácil sonrisa y voz pausada, como el correr del viento en los apacibles lagos. En él no había tormentas ni relámpagos, todo era un verano eterno. Su relación con la baronesa Byron no provenía de la pasión por las matemáticas. Ese tema era incluso remoto para él, aunque la recomendación al puesto de tutelaje de la hija del sexto barón de Byron hubiera llegado a través del mismo erudito Frend. La conexión con Annabella se debía al compromiso social que ella ponía en práctica ayudando a los desprotegidos, tarea que había abordado con gran ímpetu desde la muerte de su madre. William King llegó a la vida de Annabella con el alias por el que era conocido en la corte, un mote cariñoso impuesto por la prensa: *el Médico de los pobres*.

King había estudiado en el afamado Cambridge-Brighton,
en Inglaterra, donde se graduó como médico. Desde sus inicios, se enfocó en pregonar que se debía dispensar a la gente de menores ingresos una atención esmerada y desinteresada económicamente. La base de su desprendimiento era totalmente religiosa, a la que se sumaba una convicción profesional que era muy bien vista a ojos de la baronesa. Sencillo y austero, tenía como único defecto su apasionada vocación periodística y su caritativa obsesión por crear cooperativas de trabajadores; por ello, era considerado en el medio académico un pensador y benefactor cooperativista. Su calva lustrosa, que algunas veces brillaba más que sus ojos o su sonrisa, estaba enmarcada por unos cabellos blancos revueltos que comenzaban en la nuca alta y en las patillas se convertían en selvas. Sus ojos pizpiretos estaban escoltados en la parte alta por tupidas cejas del color del azabache, por lo que su mirada tenía un aire de continua curiosidad.

—Y dígame, estimado doctor King, ¿cómo va su aventurado semanario al que ha titulado de manera acertada *The Cooperator*? —preguntó el señor Peabody, quien vestía una chaqueta azul claro bordada en dorado, colores que se oponían totalmente al pulcro negro que vestía el médico. Sirvió dos copas de un jerez afrutado para abrir el apetito y entregó una al tutor de Ada.

—Con orgullo puedo decir que ha tenido una gran difusión y repercusión en los medios políticos, económicos, sociales y laborales de Londres. Fortuna que no hubiera sido realidad sin el apoyo incondicional de la baronesa.

—Tuve la suerte de que ella me obsequiara unos ejemplares.

Aplaudo su entusiasmo y empuje, querido doctor. Ya quisiera ver a tantos otros nobles o profesionales soltar un penique por nuestros hermanos desprotegidos. ¡Alabado sea Dios por hijos como usted! —exclamó el obeso hombre brindando y bebiendo de la copa.

El par de cejas del doctor King se curvearon en un rostro perplejo por el barroquismo del elogio. En cuanto a palabras, el doctor King era minimalista. Un purista, diría él mismo.

—El conocimiento y la unión son potencia. Dirigida por el conocimiento es la felicidad, y… —se escuchó detrás de la puerta mientras de ésta emergía Ada con un elegante vestido de satín color hueso y carmesí. La muchacha se había arreglado el pelo en una complicada trenza que se asemejaba a una serpiente adormilada en su cabeza. Su piel relucía tersamente, sobre la que resaltaban los ojos y la rosa de sus labios. Cuando el señor Peabody volvió el rostro, se encontró de frente con la cara de Lord Byron, pero más bella, más viva —… la felicidad es el fin de la creación.

William King bajó la cabeza en agradecimiento por haber sido parafraseado por su alumna. La baronesa Byron salió de otra puerta con un encantador traje en tonos otoñales y elegantemente tomó la mano de su hija para que juntas, con las manos alzadas a la altura del hombro, caminaran hasta sus invitados.

—Ese pensamiento es el que agradezco que permee en mi encantadora niña. Le estoy inmensamente agradecida, doctor King.

—Es de lo poco que puedo enseñarle: filosofía y ciencias de la vida, puesto que en matemáticas y geometría pronto la estudiante rebasará al maestro. No dude que Ada sea la que me imparta clases en un futuro.

—No la adule en demasía, doctor. Sólo promueve su ya alto grado de rebeldía… —respondió con sutileza deteniéndose frente a sus invitados.

Ada soltó de golpe la mano de la baronesa.

—¡Madre, le imploro que no lo haga hoy! —estalló.

Annabella no reaccionó explosivamente, sino que se limitó a girar su cara con ojos de puñales, lo que hizo que la muchacha retomara su porte. En realidad, era un gusto para Ada tener a su tutor cerca en un evento tan importante como el de esa noche. Era el único de sus maestros al que veía con agrado, pues, aunque el señor Frend le había heredado la pasión por los números y las ecuaciones, el doctor King estimaba pertinente que estudiaran otras disciplinas, aun las prohibidas por su madre.

—Me temo, mi querido doctor King, que tal vez he abusado de

nuestra amistad al rogarle que se quedara para nuestra pequeña cena de reencuentro. Quizás la señora King no me perdonará que deje sus más importantes labores en Brighton —se disculpó la baronesa a media voz mientras uno de los sirvientes anunciaba la llegada de los honorables señores Leigh.

—En absoluto —respondió el doctor tomando la mano de la mujer con el cariño con que tomaría la de un colega—; no podría perderme este evento por nada, Annabella. No se deje engañar por esta fachada austera, tal vez en verdad sea un luchador infatigable para que el cooperativismo se convierta en una solución auténtica y social para el país, pero conozco los deslices de la corte y los chismes de comadronas. Ser testigo en primicia del reencuentro de los Byron es un privilegio que pocos tienen.

El señor Peabody tuvo que desatar su buen comportamiento para soltar una chillante carcajada que contagió a Ada por el sarcástico comentario del doctor. La cara de la baronesa Byron de inmediato se volvió una gárgola. Seguramente hubiera sido una desagradable situación si no aparecen en ese momento, en medio de la escandalosa risa, dos parejas y una bella joven: los Leigh.

Anna Isabella Noel Byron olvidó el comentario burlón. No sólo eso, borró de su vista todo a su alrededor para encontrarse con la realidad que frente a ella, a unos pasos, estaba: la media hermana de su marido. Era la mujer que una vez llegó a llamarla “hermana” y una de las razones del rompimiento de su matrimonio. La controlada baronesa se dio cuenta de que no sabía qué hacer ante esa situación.

Augusta Leigh se veía delgada. Los años no le habían caído tan bien como a Annabella, pero en su rostro y sus modales había un sello inconfundible que palpitaba en su hija. Notó que Augusta, la tía, físicamente podía ser más similar a Ada que ella misma.

—¿Bella, ella es Ada? —preguntó con una sonrisa leve.

La mujer soltó la mano de su esposo y cruzó el salón con zancadas que trataban de llegar a la milla para plantarse frente a su cuñada. Por un segundo se examinaron las dos mujeres. Olvidando las maneras que exige el protocolo, con lágrimas en los ojos, ambas se abrazaron calurosamente.

—Ella es su tía Augusta, querida —le soltó al oído el señor Peabody, que se había dejado llevar por el sentimentalismo y se limpiaba unas lágrimas—. Será lo más cerca que estará de su padre.

Ada observó. Hubo un chispazo en su mente que le dijo que ya conocía a esa mujer de algún lugar. Su mente escaló las montañas de la memoria y corrió los llanos del olvido, pero no logró encontrar la

referencia.

—Déjeme presentarle de nuevo a nuestra pequeña Ada Augusta —dijo su madre al tiempo que se separaba del abrazo y le mostraba con la palma de la mano a su hija.

Ada se inclinó lentamente en una reverencia. Cuando alzó la vista, se encontró con el rostro de su tía.

—Es igual a él, querida… —le dijo.

Ada le devolvió una amplia sonrisa sin poder quitar la vista de los ojos que le pedían que los recordara. De manera espontánea, al examinar sus rasgos delgados, afilados y marmóreos, le contestó en un murmullo:

—Parece un hada…

De nuevo, el señor Peabody trató de callar su risa, pero simplemente hizo que sonara como el chillido de un gato al que le atrapan la cola con una mecedora. Por parte de Augusta no hubo recriminación, apenas un gesto cordial.

—Gracias, es lo más bello que me han dicho, mi pequeña Ada.

Sin soltarla de la mano, la llevó hasta donde su marido, la pareja de mediana edad y la niña esperaban. El coronel George Leigh era un hombre de rasgos fuertes, con un ojo un poco desviado debido a una explosión en una vieja batalla. Su porte era más marcial que real. La otra pareja estaba compuesta por una muchacha de presencia sencilla y ojos tristes y su alto y agradable esposo. En ella se veían los rasgos del coronel; sin duda era su primera hija, Georgiana. Su marido era, a simple vista, un joven atento. Pero Ada se enfocó totalmente en la muchacha que tenía enfrente. Al igual que la hermana de su padre, la niña poseía los ojos brillantes y la cara afilada. Su pelo era largo y tortuoso, como una cumbre de carbón en tormenta. Ada cayó en el encanto de los labios de durazno, que amablemente le regalaron una sonrisa:

—Mucho gusto, soy Elizabeth Medora. Presumo que es mi prima Ada Augusta, admito que es un honor. Madre me ha platicado mucho sobre usted.

Ada no supo qué contestar. Estaba viviendo un cuento de hadas: conocía por primera vez, a sus catorce años, a la familia de su padre.

—Le tengo gran estima a mi querida Augusta, doctor King. Ella me instruyó en el arte de la maternidad temprana. Me pregunto qué hubiera hecho yo con nuestra pequeña Ada ante la crisis económica y mi total inexperiencia —dijo con una gran sonrisa la baronesa.

Invitados y habitantes de Mallory Hall estaban dispuestos en la mesa. Los criados servían el abundante banquete compuesto por

ganso, sopa de cola de becerro y una serie de tartas con frutas. La familia de la hermana de Lord Byron parecía disfrutarlo.

—Aprendió bien, Bella. La pequeña Augusta es una hermosa dama y, por lo que sé, tan brillante como la madre —señaló agradeciendo el comentario su cuñada.

La baronesa estuvo a punto de explicarle que no usaban el segundo nombre de su hija en esa casa, pero calló sus pensamientos imaginando que eran muy rudos hacia sus invitados.

—Más que eso, honorable señora. Ada es una excelsa estudiante. Admito que la curiosidad y la imaginación de esta pequeña maestra en matemáticas levantaron el vuelo literalmente hace un año —explicó el doctor con orgullo paternal. Ada bajó su rostro a la vez que sus mejillas se tornaban color cereza ante los elogios—. Su sobrina se embarcó en un proyecto de máquina voladora. Sé que podrá sonar absurdo, pero ella ha realizado un diseño en forma de caballo, con motor de vapor e inmensas alas, para transportar una persona.

—Increíble, indudablemente —intervino el coronel Leigh—. He oído que algunos científicos están especulando que la máquina de vapor podría elevar a personas, pero es algo asombroso para una niña de la edad de nuestra pequeña Lizzy, quien está más interesada en los jóvenes que en la ciencia.

Medora, o *Lizzy*, como la llamaban, volteó la cara picaresca hacia su prima. Ada le devolvió el gesto sintiendo un agradable confort en el lenguaje infantil que tenían.

—Corríjanme si estoy equivocado… —interrumpió el señor Peabody con falsa curiosidad. El amigo de la baronesa era demasiado ácido en sus críticas para poder quedarse callado ante tal situación comprometedora—: ¿El nombre de Medora es el mismo que usó Lord Byron en su libro *El corsario*?

Annabella hubiera deseado tener un rodillo y golpearlo en la cabeza. Sonrisas en todos lados. Nadie habló. El coronel salvó la noche:

—¡Oh, claro! El buen George lo hizo como un gesto al cariño que tenía a su hermana. Fue una pena su pérdida, ¿no creen?

Silencio por parte de Augusta, silencio por parte de Annabella.

—Platíqueme sobre sus proyectos, doctor King —dijo Henry Trevanion, el joven esposo de la primera hija de Augusta, Georgiana.

—No puedo quejarme de mi buena fortuna, pues como a Brighton han arribado personas adineradas, me han financiado mis proyectos de apoyo social: he podido abrir una clínica para desprotegidos y tengo la posibilidad de brindarles educación en el Instituto de

Brighton. Creo que debemos tener una organización de trabajadores en torno a cooperativas de consumo, partiendo de la concepción de que el trabajador no solamente es un buen productor, sino también un poderoso consumidor.

—Interesante planteamiento, doctor: los desposeídos poseen las mismas necesidades que los pudientes, sólo que en diferente nivel —murmuró admirado el joven Trevanion.

—En mejores palabras no podría haberlo dicho, jovencito. Parece ser un hombre brillante. Mis más sentidas felicitaciones a la honorable Augusta y a usted, señora Georgiana.

—Nuestro Henry ha sido de gran ayuda. Su matrimonio con Georgiana ha sido una bendición. Quizás su entrada mensual sea raquítica, pero logran sobrellevarlo con esmero —explicó Augusta.

—Es un gusto que nos acompañe —soltó la baronesa Byron poco convencida de su comentario. No le gustaba que Ada tuviera vida social con jóvenes de su misma edad hasta que no fuese presentada en la corte debidamente.

—El señor Trevanion es un gran compañero de Lizzy también. Los ha acompañado en algunos viajes y ha ayudado a Georgiana cuando estuvo delicada —explicó Augusta. Al mismo tiempo, de manera juguetona, Medora le cerró el ojo a Ada. Georgiana no hizo ningún comentario a esta observación de su madre. Pero su esposo y su padre asintieron encantados.

Después de la gloriosa cena, pasaron al salón para que los caballeros pudieran fumar tranquilos y beber un digestivo. El doctor King, el coronel Leigh, su yerno y el goloso señor Peabody, que había comido de manera desmedida y su chaleco parecía una faja, se relajaron ante la chimenea para platicar sobre política.

A su lado, en la sala, las damas colocaron una mesa para jugar una mano de cartas mientras se ponían al tanto de sus vidas platicando. Augusta y Annabella reían complacidas; en cambio, Georgiana miraba en completo mutismo, tal como lo había hecho desde que llegó.

Ada y Medora se sentaron en el balcón que ofrecía el impresionante espectáculo del bosque de Mallory Park en la lejanía con el gran lago que desprendía una bruma adormecedora. Para relajar el ambiente, los habitantes del bosque comenzaron a tocar una pieza sinfónica hermosa.

—Tu vida es perfecta —le dijo Medora con los ojos perdidos en el cúmulo de árboles que parecían danzar ante la brisa veraniega. Ada levantó el final de sus labios mientras su voz interna le decía: “Te lo

dije".

—Son como los juegos del teatro, sólo espejos.

—No lo creo. Eres pequeña para entenderlo, pero pronto, cuando seas presentada en la corte, galantes jóvenes te rodearán. Eres noble y además hija de nuestro afamado Lord Byron —manifestó la muchacha de rasgos élficos.

—Es tan extraño escuchar ese nombre. Para mí es sólo un afamado poeta —reveló Ada.

Las muchachas se miraron. Ambos ojos radiantes lanzaron un halo de luz. La sangre de los Byron unió el silencio más que las palabras. Medora volteó hacia los adultos. Tomó las manos de su prima y la encaminó a la esquina de la terraza, lejos de las miradas y oídos impertinentes. Se acercó a Ada para hablarle en voz baja mientras de manera femenina le colocaba flores en el pelo a manera de corona silvestre.

—¿Puedo confiar en ti, Ada? ¿Me prometerías ser mi hermana en mis más profundos misterios y aconsejarme?

—Pero tú posees una ya: la delicada Georgiana.

—Parte de mis secretos son sobre ella. ¿Prometes ser mi confidente y hermana? Me sería imposible confiar en alguien ajeno y tú eres lo más cercano a mí ahora.

Las niñas se tomaron las manos. Ada rio ligeramente y, sin poder esconder su nerviosismo ante tal pacto, afirmó con la cabeza que aceptaba tan comprometedora posición.

—Seré tu hermana, Medora, lo más cercano a ésta.

—¿Has visto al señor Trevanion?, ¿no lo consideras bien parecido? —preguntó.

Ada tuvo que soltar a Medora y atisbar por el marco de la puerta abierta hacia el salón: descubrió al joven en la chimenea. Era alto y de rasgos fuertes, aunque pensó que su cráneo era demasiado angosto para poder mostrar chispas de genialidad.

—Parece un hombre agradable.

—Es tierno y delicado de palabras. Sus brazos son firmes y sus labios, suaves —le dijo Medora con la cara abrillantada. El amor florecía en cada adjetivo.

Ada emitió un gemido que apagó de inmediato cerrándose la boca con el puño. Giró su cara hacia la oscuridad del bosque. Tratando de disimular su asombro, sus ojos comenzaron a jugar con una figura que parecía permanecer escondida entre los arboles de Mallory Park: era un fauno, un hombre con la linterna en alto. Ada agitó la cabeza tratando de espantar la visión del rey Oberón.

—¿Te molesta eso? —cuestionó Lizzy.

—No, pero… Lizzy, ¿tú, y él?

—Ssssh, querida hermana. Ésa es la historia que deseo narrarte —le dijo bajando la voz la muchacha—. El matrimonio de mi hermana fue sólo por la aprobación de mi madre. Ella lo adora, a pesar de su posición angustiosa. Pero creo que Georgiana no posee la sangre caliente ni el oficio para entretener a un hombre. No es una unión feliz. Amo a la pobre Georgiana, pero es… —buscó la palabra correcta; sin poder encontrarla, alzó los hombros—, ¿tú me entiendes, verdad?

Ada no sabía si entendía. Su vida era sencilla y austera. Su pasión eran los números, no los hombres. La voz interna le dijo: "Tú sabes lo que es pasión, pero lo escondes". Sus ojos de nuevo miraron al bosque: el rey de las hadas se burlaba a lo lejos al saber que ella estaba siendo involucrada en una pasión prohibida.

—Las advertencias que recibí de mi madre fueron que me dedicara en todo para complacer a mi cuñado, el señor Trevanion, con lo cual se mitigaría la aversión que sentía la familia hacia él y se limarían las asperezas con Georgiana. Pero ella es muy distinta a nosotras. Somos parte de la corte: el teatro, las fiestas, las reuniones —narró Medora mirando la luna. Ada escuchaba atónita. Era un secreto mayor del que esperaba—. Inclusive me he encontrado varias veces en el dormitorio con Henry, después de que cada uno en la casa se hubiera retirado a descansar. He sido mandada por mi hermana para pasarle recados. Y en esos momentos…

—¡Dios, Medora!, ¿ha abusado de ti?

—¡No! ¡Baja la voz, Ada! El señor Trevanion ha sido muy dócil. Me lee los hermosos poemas de Lord Byron y me acaricia de manera sutil.

Ada estaba vorazmente atrapada por la historia. Era del tipo de aventuras que nunca pensó que pudieran suceder alrededor de ella. Ese secreto la desprendía de su vida encarcelada, sumergida en estudios y rezos. Brincó excitada, con una sonrisa.

—¿Qué harás?

—No lo sé. Por ello te lo he contado, pues necesito a alguien que me ayude a tomar una decisión —aclaró a Ada—. Pero dime, ¿acaso tú posees un secreto igual que desees compartirme?

Ada giró el rostro hacia el bosque. Las luciérnagas bailaban compases de vals en el cielo. Poseían destellos azules y verdes, demasiado extraños para pertenecer a insectos. Ada supo que eran las diminutas hadas insinuándole que era hora de decir la verdad. El hombre de los elfos permanecía tras las sombras. Sólo su gran sonrisa

blanca brillaba.

—No podrás creerlo, para tus oídos será fantasía, pero si te llamas mi hermana, aceptarás esta verdad: he conocido a un fauno, un hada masculina en el interior del bosque. Creo que es el mismo rey Oberón. Es el hombre más bello que puedas imaginarte.

—¡Pero es increíble, Ada! ¿Lo sigues viendo?

La voz interna le contestó: "Sí, lo estoy viendo ahora".

—No… Fue años atrás. Pero me escribo con él cartas pequeñas que me ayudan a reflexionar y tomar decisiones. Poseemos un escondite donde podemos dejarnos los recados.

Medora giró la cabeza extrañada y admirada. El bosque en sí mismo parecía un gigante vivo y sus sonidos eran sólo la muestra de que vivía. No podía negar que algo tan fantástico pudiera suceder. La voz de Ada siguió molestándola: "Mentirosa, dile que él está ahí, que él desea conocerla".

—Me gustaría consultarle sobre mi situación. Las hadas leen el futuro de la humanidad.

Ada arqueó sus cejas. Era una buena idea.

La luna llegó a la parte alta del nocturno manto azul grisáceo. Sus chambelanes estelares la acompañaron. Mientras, en la mansión, los invitados se recogían en sus aposentos. La plática entre la baronesa Annabella Byron y la honorable Augusta Leigh había terminado con un largo abrazo entre llanto y risas. Se sabían unidas por un mal que sólo renombraron como el Poeta Maldito. Para una era hermano, para la otra era esposo y padre de su hija. Las parejas fueron acomodadas en cuartos divididos para confort de todos: Augusta en el dormitorio que sirvió a Lady Milbanke, su marido en la pieza de al lado, mientras que a Georgiana se le ofreció el último cuarto, y la habitación de visitas, en la planta inferior, fue para su esposo. Medora y Ada imploraron dormir juntas, solicitud aprobada por las madres.

Ada dobló la carta divertida y se la entregó a su prima buscando su consentimiento. Entre las dos muchachas habían escrito una pequeña misiva al rey de los elfos.

—¿Cómo se lo haremos llegar a su reino? —preguntó Lizzy.

—Poseemos un lugar donde escondo las notas, pero hay que hacerlo de noche —explicó Ada recibiendo de vuelta el papel.

Lo habían atado con un bello listón azul, lo que lo hacía asemejarse a una nota de amor. Ada abrió la ventana. Un ruido la hizo voltear: una sombra subía por la enredadera. Sabía que era un hombre o, al menos, un fauno.

—Adoraría poder estar en los brazos de mi querido señor Trevanion —soltó al aire Lizzy mientras se recostaba en la almohada y se tapaba con las cobijas.

—Sólo se puede llegar con un juego de llaves… —explicó Ada sin poder quitar sus ojos de la figura que se acercaba.

Una garra salió de las sombras, era pálida y delgada. Le arrebató el escrito. Ada dio un brinco por la sorpresa. Volteó a ver a Lizzy, pero ella seguía en la cama soñando con su amante.

Ada volvió de nuevo a asomarse a la ventana: el ser ya no estaba. Quien hubiera sido le había quitado la nota. Su corazón saltó aterrado, abrió la boca para narrarle lo sucedido a su prima. Pero se encontró con Lizzy, que se acercó y le plantó un beso en la mejilla.

—Ada, te quiero —murmuró tiernamente.

"Le has vendido su alma al rey de las hadas", le dijo su voz interna. Ada movió la cabeza, lo sabía. Se quedó con la mano aferrada a la de su prima y con una tonta sonrisa.

Ambas se acostaron. Sus ojos estaban en los recuerdos y, pronto, en la somnolencia. Sin darse cuenta, Ada cayó en el más profundo sueño.

Sintió un escalofrío que le erizó su cabellera, creía que estaba aprisionada en el gorro de dormir. Se dio cuenta de que no había gorro, que su pelo rebelde se extendía por la almohada como un inquieto pulpo. Tampoco había cobijas. Un aire de verano fresco y húmedo se colaba por la ventana abierta de su cuarto para rasgarle su piel.

—Ada, te estás congelando —le dijo la Encantadora.

Ada se apresó a sí misma con los brazos al sentir que su piel era un témpano en llamas, pues una capa de sudor la cubría. Se levantó rápidamente hacia el mirador. Afuera, la luna casi se perdía entre las colinas lejanas. Las nubes persistían en seguirla para cegar su brillantez. Los sonidos del bosque habían sido apaciguados. Tan sólo el reclamo de una lechuza en busca de roedores continuaba en la lejanía. Un grupo de luciérnagas revoloteaban en torno a la mansión.

Un nuevo escalofrió corrió por su cuerpo como un trueno. La cama estaba vacía. Sólo el rastro de su prima Medora quedaba entre las cobijas arremolinadas. Las luciérnagas no cesaron de volar y danzar como fuegos artificiales. Una de ellas se coló dentro de su habitación antes de que la ventana se volviera a cerrar. El brillo amarillo dio vueltas por el aposento, alumbrando los libros de Ada hasta pararse junto al candelabro.

—¿Tú? —preguntó Ada colocándose una de sus cobijas en el

hombro para tratar de calmar su temblor.

El insecto cambió de un brillante amarillo a un púrpura encendido. Ada se le acercó. Aunque le dolían los ojos, pudo distinguir claramente que en el gran brillo había una mujercita de no más de cinco centímetros. Sus alas eran delgadas y largas como las de una libélula, y apenas vestía una hoja de color oro. En lugar de pelo, tenía algas y musgo. Sus ojos eran grandes y felinos y sus labios, sonrientes, sólo dejaban salir un chillido.

—¡Un hada! ¿Te ha mandado el rey?

No hubo respuesta humana, sólo continuó su vuelo por la morada. Ada prendió con un fósforo el candelabro. Notó que alguien había revuelto su cuarto. La carta que había escrito estaba abierta y el listón en la duela del piso. Asustada, lo levantó antes de tomar la carta. Reconoció en ella sus oraciones para el rey de las hadas:

> Su majestad Oberón:
>
> Mi querida prima hermana, Medora, a la que usted podrá decirle Lizzy por la confianza que nos tenemos, desea pedirle ayuda sobre un problema que esta vez no es de índole numérica. Sabiendo que los faunos y las hadas poseen dones especiales, quisiera preguntarle si debería tomar en serio las propuestas del señor T.
>
> Su estimada amiga,
>
> Ada Byron

Ada soltó la carta y agarró el candelabro de su mesa. Comprendió el error cometido al involucrar al fauno, que se estaba divirtiendo con su prima, pues para las hadas el amor es sólo un juego. Ada se dio cuenta de que nunca debió revelarle a Lizzy el secreto de su relación con el ser mágico, ni ponerla como presea en charola. Miles de cuentos y leyendas habían terminado mal por la intervención mágica de las hadas. Se odiaba a sí misma por no tomar las precauciones.

El brillo amarillo y púrpura voló por el plafón. Ada lo siguió con la mirada llena de odio.

—Esa pequeña traidora leyó la carta y algún extraño hechizo ha caído sobre Medora —le dijo su voz.

La luz salió por la puerta de la habitación. Ada la siguió tratando de que sus pisadas no despertaran a los habitantes de Mallory Park. Sus diminutos pies apenas rozaban la madera, dejando un leve zumbido de ratón. La luz hizo círculos alrededor del candelabro de la escalera antes de descender. Ada estaba furiosa, deseaba soltarle una

serie de maldiciones, pero aguantó callada para no ser descubierta. Corrió por el pasillo inferior con el candelabro hasta la zona de las habitaciones. Se detuvo de golpe frente al pasillo con las puertas.

—No lo hagas, Ada. No es tu vida ni es tu problema. Sube y duerme —le ordenó razonablemente la voz de la Encantadora.

Ada dio un paso hacia delante, al cuarto del señor Trevanion, cuya puerta mantenía una rendija abierta. Un juego de llaves permanecía en la cerradura. Habría lanzado un grito de terror, pero sólo cerró sus puños. Únicamente el servicio, su madre y ella sabían dónde se encontraban esas piezas. Quizás hubiera sido el señor Peabody, pero dudó que fuera una broma de las suyas. Los seres mágicos habían hecho esa maldad.

La llama de su vela sucumbió cuando la ahogó con los dedos. El brillo amarillo del hada se colocó en las llaves. Ada sabía que esa pequeña criatura deseaba que ella se acercara al lugar y viera a través de la rendija para mostrarle su obra realizada. Ada caminó de puntillas. La piel le dolía de manera extraña, como si le pesara a su frágil cuerpo. Un golpe de calor le dio una cachetada que le arrancó gotas en la frente. La chica se detuvo frente a la puerta, que sólo mostraba su sonrisa vertical. Sus ojos se fueron acercando a la rendija y sintió el rostro de complacencia del hada, que huía satisfecha.

Ada pudo ver el interior del cuarto: a pocos metros de la cama, Elizabeth Medora permanecía de pie mirando al señor Trevanion. Ella se había despojado del camisón y mostraba su piel blanca como capullo de flor. Él se iba desprendiendo de su blusón mientras se acercaba a la delgada muchacha, a la que tomó de los hombros para poder besarla. La pasión los engulló y las manos del caballero examinaron las recientes curvas de la muchacha, cruzando su redondo trasero en forma de corazón y metiéndose entre los cabellos sueltos color noche. Ada volteó su rostro empalagada por la visión. Había rabia en ella, pues estaba segura de que las hadas habían unido a una pequeña niña y a un hombre casado por simple esparcimiento. No encontró a la pequeña criatura luminosa. La hija de Lord Byron regresó por el pasillo para ver si lograba alcanzarla, pero la casa estaba vacía de cualquier ser fantástico.

Salió al exterior. Sus pies descalzos sintieron el rocío de la noche al pisar las losetas de piedra. Logró atisbar que la luna se burlaba de ella.

—Sé que prometiste no usar tus trucos conmigo… —gruñó al bosque donde habitaba Oberón—, pero ella es sólo una niña.

A lo lejos vio cómo los árboles se desdoblaban como una gran puerta. Detrás de ésta, los engranajes de la caja de música circulaban

para hacer funcionar todo lo que ella veía: una ciudad de hadas entre hermosas piezas de metal pulidas, guías, poleas y engranes, una villa mágica que era donde el príncipe Oberón seguramente vivía. Trató de correr al bosque para que no cerraran el pasaje sorprendente. Pero, al llegar, sólo había árboles y musgo.

—Nunca confíes en un ser mágico —le dijo su voz interna.

Y al oír eso, la noche la devoró consumiendo su visión en un negro absoluto. Ada sencillamente dejó de estar en el mundo de los conscientes.

El doctor King tuvo que atrasar su partida a Brighton un día más. Los gritos de terror de la baronesa Annabella Byron fueron causa suficiente para quedarse. Primero tranquilizó a la mujer, que, asustada, imploraba por conocer la enfermedad que devoraba a su hija. El buen señor Peabody y su cuñada, la honorable Augusta Leigh, la llevaron a su dormitorio para que el doctor pudiera examinar a su alumna, que al amanecer había sido descubierta por los sirvientes tirada en la entrada de la mansión. Ada estaba hirviendo a una temperatura corporal que podía arriesgar su vida. La primera decisión por parte del doctor fue que tomara una serie de baños fríos para templar el delicado cuerpo que parecía quemarse. Ada deliraba ante los congelados cubetazos de agua pidiendo que la salvaran del infortunio de las hadas y de la magia del bosque. Luego, el doctor King decidió hacer unos sangrados y medicinarle una mezcla de brandy con láudano, un remedio duro para la debilidad de la niña, pero el único para contrarrestar el golpe recibido por la enfermedad. Al sentir que Ada Byron respondía al tratamiento, fue con su madre para llevarle las buenas nuevas.

—Baronesa, su hija está muy delicada. No puedo negar esa verdad —Annabella tomó la mano de su cuñada. Las mujeres no parpadearon ni quitaron la vista del doctor—. Ada tiene sarampión, pero podremos ayudarla a recuperarse con reposo. Tendré que pedirle que no salga de su recámara en varios meses.

La baronesa limpió las lágrimas de su rostro ante el panorama aterrador. El sarampión era causa de muchos decesos. No comprendía cómo su única hija, guardada como pieza fina de joyería en sus habitaciones y con mínimas visitas al exterior, se había contagiado.

—¿Está seguro de que se pondrá bien? —cuestionó al doctor, que trataba de ofrecer el mejor rostro de calma.

—No le mentiré, está delicada y sus piernas muy débiles. Hay posibilidades de que pueda dejar de caminar.

Augusta volteó a ver a su cuñada. La baronesa no explotó en llanto ni en falso drama. Se arregló la cara con el pañuelo, se alisó el vestido y se levantó pomposamente.

—Dios sabrá cuidar a mi hija, doctor.

El doctor King afirmó con la cabeza y una triste sonrisa. Para él, la prioridad era bajar la temperatura del cuerpo. El resto, tal como su ama le había dicho, estaría en manos de Dios. Augusta Leigh se levantó también.

—Me quedaré para ayudarla, querida. He dispuesto que mi hija Georgiana y el señor Trevanion se lleven a Elizabeth Medora a su casa en Londres. Sé que mi hija estará en buenas manos, pues Henry la estima. El coronel regresará a nuestra casa también. Mas yo, tal como lo hice hace quince años, me quedaré con usted. Es lo menos que puedo hacer.

Un mutismo reinó por minutos. Annabella movió la cabeza complacida. Se acercó a su cuñada y le dijo en voz queda:

—Gracias, acepto su ayuda, pues sé que entiende la importancia de nuestra situación. Es gentil y se aprecia. Nunca podré regresarle tanta bondad. Sé que su hermano también hubiera estado más que agradecido por su gesto.

—No me cabe duda de que George estaría igualmente agradecido, querida —comentó con cariño mientras le plantaba un beso en la mejilla—. Gracias por olvidar todo.

Variable I: el efecto Byron

Cuando nos separamos,
en silencio y con lágrimas,
con el corazón medio roto,
para apartarnos por años…

Éste es el poema que el Poeta Maldito recitó cuando caminó por el bosque de Mallory Park la noche de julio de 1823. El verdadero nombre del Poeta Maldito era George Gordon Noel Byron. Fue el sexto barón Byron, tenía treinta y seis años. Se le podía describir como alto y delgado. Algunos de los que lo conocieron opinaban que gozaba de unos excesivos rasgos felinos. Era un hombre de vida intensa y polémica. Cuando recitó esas palabras de su afamado poema, no sabía que nunca visitaría otra vez esos pastizales ingleses. El Poeta Maldito moriría seis meses después de esa noche.

A Byron le molestó el sobrenombre de Poeta Maldito. Nunca se libró de él. Lo acompañó toda su existencia. Este escritor y político inglés nunca se pensó a sí mismo como un *maldito*, tan sólo como un ser humano que era parte de una broma irracional operada por el mundo que lo rodeaba. Dos siglos después de su deceso, los académicos de las universidades pregonaban su vida como ejemplo de la decadencia del gótico romántico, y continuaron llamándolo el Poeta Maldito.

Todos los libros sobre la vida de Lord Byron explican que en 1816, tras ser abandonado por su esposa Anna Isabella al dar a luz su hija legítima, Ada Augusta, por los terribles rumores que lo acosaban, se vio obligado a abandonar Inglaterra. Aunque se conocen muchas anécdotas sobre los años de exilio del Poeta Maldito, nadie ha contado que, después de ser designado miembro del Comité de Londres para la Independencia de Grecia y antes de marchar para luchar, decidió embarcarse en la goleta Morfeo desde Dunkerque hasta Calais

ayudado por una red de mercenarios ingleses que posteriormente se le unirían en la aventura griega. No existe comentario en ningún biógrafo sobre cómo cruzó el país en carreta disfrazado como embajador extranjero para poder ver a escondidas a su hija Ada.

El encuentro entre el Poeta Maldito y Ada Augusta fue efímero y estuvo cargado de un efecto teatral demasiado dramático. Ataviado con su disfraz de albanés, que pasaría a la historia por el afamado retrato realizado por Thomas Phillips, se presentó cobijado por las sombras del bosque de Mallory Park. Haciéndole creer que era el rey Oberón, mintió sobre su persona para salvaguardar su secreto y evitar la descarga de ira de su esposa contra la pequeña.

Al recorrer media milla por el bosque de Mallory Park, el Poeta Maldito lloró. La causa de sus lágrimas fue el dolor de la separación de su hija, Ada Augusta. Pero su decepción fue enorme al leer el papel que le había entregado la niña. Su caminata terminó en la iglesia de Todos los Santos, en las afueras del condado. Para esa noche de 1823, ya había hecho su promesa de nunca regresar a Inglaterra, y su hija ilegítima Allegra, fruto de su relación con Claire Clairmont, hermanastra de Mary Shelley, había muerto en Venecia.

Cuando viajaba ya en el navío, parado en el estribor para ver las cañadas de las islas británicas desaparecer entre la bruma, leyó de nuevo las notas entregadas por su hija. Su frustración lo había poseído totalmente: la pequeña niña, su hija Ada, no era como él. No había pasión por la poesía ni por la vida. Casi alcanzando la costa del continente europeo, soltó a la mar el pedazo de papel que con trazo infantil había escrito Ada Augusta Byron:

$$-9x + 14 = -5x - 34$$
$$-9x + 5x = -34 - 14$$
$$-4 = -48$$
$$x = -48 / -4$$
$$x = 12$$

Comprobación:
$$9(12) + 14 = 5(12) - 34$$
$$-108 + 14 = -60 - 34$$
$$-94 = -94$$

Lord Byron arribó a Missolonghi, Grecia, para organizar la revolución que creía que sería el principio de una horda de libertad en Europa.

Los griegos lo recibieron como un héroe clásico: Odiseo o Héctor, que llegaría a romper las cadenas de la opresión imperial otomana. Después de cabalgar bajo la lluvia, el Poeta Maldito atrapó un fuerte resfriado que le llevaría a su fin. Los médicos del lugar le recetaron lo que cavilaron que sería la solución a esa calamidad: sangrías. Extraer el vital líquido carmesí era una solución común para los males mayores: sacar la sangre mala para que se creara una nueva. La enfermedad fue creciendo y, como una flor arrancada al sol, Lord Byron se marchitó rápidamente. Los días que le siguieron fueron un calvario. Las sangrías continuaron de tal manera que, al final, le extrajeron la cantidad necesaria para expulsarlo del mundo de los vivos y destruir su fantasía del rencuentro con Ada. Nunca contactó al cochero que habría podido entregarle una carta que había escrito para ella.

El cuerpo de Lord Byron regresó a Inglaterra, con lo cual terminó su exilio. Fue enterrado en la iglesia de Santa María Magdalena de Hucknall.

Aunque el Poeta Maldito no logró cumplir el plan diseñado para comunicarse con su hija de manera epistolar, Ada Augusta siempre recibió cartas que creía que provenían del rey de las hadas y que encontraba colocadas en el aparato musical que le había obsequiado. En ellas se platicaba sobre su vida y se le ayudaba a resolver las difíciles ecuaciones matemáticas que le imponía su madre. Nada de eso supo Lord Byron, puesto que descansaba en el sueño final.

Capítulo II

1834

Creo poseer la más singular combinación de cualidades que me hacen una preeminente descubridora de las realidades ocultas de la naturaleza…

Primero: debido a alguna peculiaridad de mi sistema nervioso, tengo una percepción de algunas cosas que ningún otro ser humano posee; o al menos muy pocos, si es que algún otro la tenga… Algunos pudieran hablar de una percepción intuitiva de cosas ocultas; es decir, cosas ocultas a los ojos, los oídos y los sentidos normales…

Segundo: mi inmensa capacidad de razonamiento.

Tercero: mi capacidad de concentración… No sólo enfoco toda mi energía y existencia en el tema que escoja, sino que también me concentro sobre cualquier idea a partir de la clase de fuente informativa que sea, incluso las en apariencia irrelevantes.

Tu querida hija,

Ada Byron

La hermosa y alta joven, quien ya había alcanzado su apogeo femenino como mujer, terminó la escritura de la carta. Secó la tinta para que no se esparciera como explosión en el papiro y la levantó para leerla con cuidado, regocijándose por el placer de plasmar letra tras letra para formar un pensamiento, tal como una ecuación forma una verdad matemática. Su escrito estaba bien cuidado y prácticamente dibujado a la manera de un plano arquitectónico. Había algo en su interior que le hacía palpitar con más ritmo su corazón cuando escribía. Era un sentimiento que nunca había exteriorizado, pero que le repetía su voz interna al terminar cada carta: se sentía más viva.

Ada Augusta Byron poseía cualidades que le eran vetadas al resto

de los humanos. Había crecido con la fortuna de ser bella, inteligente y rica, en una familia acomodada y con buen carácter. Parecía reunir en su persona los mejores dones de la existencia. Aunque eso fuera una fachada perfectamente planeada por su madre. Una Byron así debía ser, así debía verse y así debía hablar o escribir. Ada no fue educada, sino esculpida como una perfecta obra de arte.

Había permanecido tres años confinada en su cama. La enfermedad que le había atacado la noche que conoció a su tía Augusta la sentenció a permanecer inmóvil. Las duras curas del doctor King fueron extenuantes para la delicada muchacha. El elixir preparado con hierbas, coñac, jerez y opio circuló por sus venas jugando con ella como quien monta un teatro irreal de seres imposibles de concebir: apostada en su cama vio desfilar criaturas y seres que los demás no veían.

Ante el pesar de la baronesa de que por meses su hija sólo hablara de las hadas que visitaban su cuarto, pidió sellar las ventanas de Mallory Hall y mantener el cerrojo bajo llave. Aun así, la niña insistía en las visitas nocturnas de los seres fantásticos que le narraban las desgracias de su prima hermana Medora. Fue una sorpresa para su madre, la baronesa, que Ada se enterara de que la muchacha había quedado embarazada y huido con el esposo de su hermana, un escándalo que resonó por todo Londres.

Por medio de un sirviente que logró esquivar la dura vigilancia de la baronesa, Ada recibió noticias de Medora, quien, aunque estaba asustada, afirmaba que se encontraba bien de salud y que su hijo había sido dado en adopción. La pareja estaba viviendo exiliada en Francia. Desde entonces, no supo más de ella.

Cada día de esos tres años fueron una prisión donde no podía escaparse de los estudios de matemáticas impuestos por su madre. La investigación de las ciencias exactas se intensificó. Sus maestros pronto se dieron cuenta de que estaba resolviendo problemas académicos avanzados. El doctor William King tuvo que dejar su papel de tutor al sentirse rebasado por la alumna. Annabella entones volvió a pedir ayuda a su propio tutor, el catedrático Frend. Ada estaba atada a cualquier dictamen de su madre. No podía escapar como antaño, pues sus piernas eran simplemente unas extremidades inútiles que se burlaban de su situación. Poco a poco, a través de ejercicios y constantes trabajos con las muletas para aprender a caminar de nuevo, Ada vio que su cuerpo crecía, sus caderas se redondeaban y su cara se afilaba. La enfermedad sólo le dejó una pequeña secuela: el arrastrar el pie izquierdo. Al contrario de molestarle, le agradaba, pues

otorgaba cierta elegancia a su andar, como si ella hiciera esperar un minuto al resto del mundo.

De pronto, sin darse cuenta del correr del tiempo, la condesa Anna Isabella se encontró con que Ada estaba en la misma edad en que ella fue presentada a la corte. Eso la alegró y asustó, pues temió perder el control sobre su hija cuando empezara a participar en actividades sociales donde se rozaría con toda la clase alta de Inglaterra. Pero la regencia que a ella le tocó cuando conoció la corte había terminado y ya gobernaba un rey muy distinto al que ella vivió. El nuevo monarca, Guillermo IV, hermano del anterior, era lo contrario del banal primogénito. Austero por naturaleza, alejado de las fiestas y los excesos de la corte, prefería llevar una vida privada y concentrarse en la lectura de las ciencias. Annabella decidió soltar un poco la correa de su hija al comprender que el libertinaje que dio fruto a la locura de su esposo estaba terminado. Así que, a sus diecisiete años, recuperada de su aflicción física, Ada fue presentada en sociedad. El evento fue comentado por todos los asistentes al Almack's Assembly Rooms. No era para menos: Ada era la representante de esa moderna generación, el modelo de los nuevos aires de Inglaterra: la hija del Poeta Maldito y de la Princesa de los Paralelogramos.

Pronto se convirtió en el foco de atención de los jóvenes casaderos que acudían a los bailes de Londres. Ada aprendió los modales y los costosos gustos de su madre. Supo que no sólo las ecuaciones aritméticas eran importantes: la ropa era algo más que un instrumento para cubrir la desnudez, era una forma de mostrarse como la pieza única que correspondía a su título de noble. No sólo era una dama de gustos exquisitos, sino que sus prendas eran una marca de su estatus social y económico: la influencia francesa había triunfado totalmente en cuanto a la desnudez de los hombros y marcaba el señorío de los estilos informales, dejando atrás las modas pomposas —brocados, encajes, polvos y pelucas— del siglo anterior.

Ada había pasado esa tarde estudiando y escribiendo cartas a amigos y familiares. Para hacerlo, se había vestido con su relajado traje verde, que le gustaba porque recordaba el uniforme de las mujeres de campo de Leicestershire. Durante su convalecencia, al caer el sol disfrutaba viéndolas caminar con tambos de leche o grandes quesos. Ese traje verde desde luego que no era bien visto por su madre, pues insistía en que la hacía ver como plebeya. Pero para ella era aún una manera de aferrarse a la vida campirana en la que había crecido, una forma de existencia que creía que los bosques están habitados por seres fantásticos.

La hermosa joven dejó atrás la última carta para comenzar el extenuante y riguroso arte de arreglarse para ir al baile del Almack's Assembly Rooms. Debía reservar al menos tres horas que sentía robadas de sus estudios, pero que aceptaba con gusto por el simple hecho de poder escuchar música, una debilidad que su madre no aprobaba. Ese desliz por la música nunca logró apagarlo con los estudios.

Tomó de su guardarropa una pieza en satín blanco con detalles de color carmesí oscuro que le resaltaban su pelo como el carbón. Le agradaba esa prenda, pues le recordaba las que debieron de usar los antiguos sabios del Mediterráneo. La moda femenina había descubierto inspiración en los estilos clásicos de la Roma Antigua, cuyos cortes caían con suavidad desde el busto con talle tratando de emular la muselina de las estatuas griegas y romanas.

Junto con su ayudante de cámara, comenzaron a arreglar su cabello, con el que se deleitaba al cepillarlo. Lo dejaron aprisionado en un moño alto que sólo permitía que algunos caireles cayeran como si fueran suspiros de caoba. Ada no podía perderse un evento tan importante, pues la temporada de bailes estaba limitada a unos meses. Sobre todo si no iba acompañada de su madre Isabella, aunque fuera a mandar a su perro guardián, el fiel señor Peabody, como acompañante.

Ada se miró en el espejo mientras la criada le arreglaba el cabello. Vio, gracias a éste, a una mujer nueva. Y, de pronto, escuchó la voz que aparecía espontáneamente en su vida, la de la Encantadora:

—Mírate, querida, eres sobresaliente. Lo que tu madre siempre quiso que fueras.

—No, soy lo que yo siempre quise ser —repuso Ada con dejo de molestia.

La criada alzó la vista interrogante:

—¿Disculpe, señorita?

—No he dicho nada —gruñó Ada al ver que había caído en la confabulación de su voz interna.

Volvió a mirarse en el reflejo y, por un segundo, estuvo segura de ver la sonrisa de su voz interna disfrutando de la maldad de su propio sarcasmo.

El Almack's Assembly Rooms era un club social en Londres. Mas no se trataba de uno común y corriente. Tampoco era reconocido por poseer el honor de ser de los primeros en admitir tanto a hombres y mujeres. Su importancia y renombre se debían a que era el mejor entre un

número limitado de clubs de clase alta para ambos sexos. Era simplemente *el lugar* para dejarse ver, para demostrar que se era parte de la elite, un escenario para que los personajes de la aristocracia y la realeza se reunieran. El Almack's se encontraba en la calle King, en el distrito de St. James, y había visto desfilar frente a sus puertas los carruajes con los personajes que habían hecho de Inglaterra el ejemplo del buen gusto y el buen vivir. El nombre era una jugarreta más de los estrictos cánones de la sociedad, pues el dueño, William Macall, quiso evitar la carga de su apellido escocés, que para los delicados ojos aristocráticos era considerado tosco, invirtiendo las sílabas. El salón era regido por un grupo de mujeres que se autonombraban las *conocedoras* del buen gusto y lo correcto. Eran los árbitros de la sociedad, quienes decidían quién merecía ser parte de ese exclusivo club o no. Los bailes, la única actividad del club, se celebraban las noches de los miércoles y sólo se podía asistir mediante una membresía. El poseer esa valuada membresía era lo que distinguía a la alta sociedad de quienes no lo eran, el inequívoco signo de que se era importante en Londres.

A pesar de lo ostentoso del evento, el edificio era modesto, una extraña paradoja. Aunque también una alegoría, pues de esa manera se explicaba que el dinero no era la clave para ser miembro del Almack's, pues se excluía a los nuevos ricos. Tener un título nobiliario solía ser una gran ventaja para los ojos de las patronas y una recomendación era más que necesaria. No se trataba de una suntuosa fiesta con bocadillos exquisitos y costosos, al contrario, tan sólo se consumían unos refrigerios sencillos. Y no se servía alcohol. Sencillamente un poco de té y limonada, bebidas aprobadas por las duras juezas. El club Almack's era el mejor mercado de Inglaterra para conseguir una propuesta de matrimonio.

Ada Byron descendió del carruaje acompañada de la hija de una amiga de su madre y de ésta. Más atrás venía su chambelán, el increíble señor Peabody, que no se le desprendía por órdenes de la baronesa Annabella.

—La feria de las vanidades —comentó la señora Kindey, la amiga de Annabella, al ver desfilar los carruajes con los invitados al baile.

—No los culpe, señora Kindey. Son sólo números, y como tal están hechos para ser cifras. Al final, no importa si somos la clase alta, la burguesía o los nuevos comerciantes. Recuerde que para el Parlamento sólo seremos cifras sin más pasión ni vida que las que podría tener el número cien —explicó Ada colocándose a su lado.

La señora Kindey, su hija Carolina y el señor Peabody voltearon a

verla. Hubo un pequeño silencio entre el murmullo de las mujeres que chismeaban y de los hombres que presumían sus conquistas. Entre los tres hubo un momento de chispas antes de dejar fluir una ligera risita.

—Eres una muchacha extraña —le murmuró al oído Carolina.

Ada alzó los hombros divertida.

—Extraño es lo desconocido. Esperemos que alguien ahí adentro desee aceptar la aventura de descubrir lo no conocido que hay en mí —respondió sin darle importancia. Ada se estaba acostumbrando a plantarse como era en verdad.

El grupo entró al salón, una enorme garganta perfectamente decorada como regalo de cumpleaños: con columnas de madera adosadas a las paredes que se extendían correteando el tapiz de motivos florales hasta coronarse en remates de espiritualidad clásica. Los plafones de cielo raso eran devorados por enormes candelabros con velas que iluminaban todo, gigantes arañas doradas que parecían brillar como híbridos de luciérnaga. Al fondo, en un entrepiso que parecía el escalón último hacia el cielo, se albergaban la orquesta y las miradas perspicaces de las matronas del club.

El lugar estaba lleno de jóvenes que reían con mejillas sonrojadas por el ponche bebido antes de llegar y penosas damiselas que suspiraban por encontrar un esposo con una entrada monetaria suficiente para sobrevivir en ese ritmo de vida. Pero también estaban los clásicos personajes de la corte que por años eran los que transmitían los chismes.

—Algunas veces me siento culpable de tanta banalidad —le dijo Ada al señor Peabody.

Éste arqueó la ceja cual puente de campo: grueso y curvo.

—Encanto, tu familia desayuna banalidad. Déjate llevar un poco.

El grupo caminó por entre los asistentes saludando a conocidos y no tan conocidos que besaban sus manos con falsos piropos. Ada se limitaba a ejercer su papel de la hija del destacado poeta y de la emblemática dama. Hacía reverencias y cruzaba una sonrisa modesta ante los recuerdos de épocas que ella ni remotamente recordaba. Sentía que esos hombres y mujeres hablaban con añoranza de los días de fiesta y serpentinas del anterior rey.

—No se trata sólo de intentarlo, pequeña. Tienes que aparentar que de verdad te interesa lo que dicen —la criticó el viejo amigo de la familia, el señor Peabody.

—Sólo la música me atrae aquí, un buen libro sin duda sería mejor compañero en una tarde como ésta —rezongó Ada.

Peabody le cerró el ojo y señaló la orquesta. Se disponían a tocar

un cotillón.

—Entonces deja que este viejo cuerpo también disfrute de tu única debilidad —le respondió ofreciéndole la mano con una picaresca sonrisa.

Ada le tomó su extremidad y se incorporaron de inmediato a la fila. Como en todas las fiestas, el baile era el centro del evento: una compleja y adiestrada continuidad de pasos en línea entre los dos sujetos, como fuegos pirotécnicos debido a los colores de las faldas femeninas que, al arrastrarse por el suelo, hacían un sonoro y rítmico ruido. Las filas de parejas hacían figuras entre sí y progresaban hacia delante y atrás en la misma línea rencontrándose o alejándose de su compañero. Las largas filas eran precedidas por una pareja que servía como guía de baile, al que el resto imitaba en sus movimientos. En el *hall*, atesorar ese cargo era un gran lujo y distinción. Ada y Peabody seguían los pasos de un cotillón popular.

—¿Has encontrado algún espécimen interesante entre la fauna local? —preguntó Peabody al pasar a su lado.

—Digamos que la fauna de Londres es raquítica y mal alimentada para mi gusto. Pocos poseen las cualidades necesarias para ganar una feria de pueblo.

—Algunos cerdos son dignos de llevarse un listón.

Ada sonrió. El obeso era un completo estuche de ideas sarcásticas. Desconocía cómo era posible que su madre lo tuviera a su lado teniendo en cuenta sus gustos, que ella consideraba pecaminosos, pero agradecía que así fuera. El señor Peabody de pronto volteó su rostro al ver a un grupo de hombres que discutían al fondo del salón. No parecían nada extraordinario. La impresión de Ada fue que eran políticos, abogados o alguna cosa peor.

—Mira lo que la marea nos ha traído.

—¿Alguna perdiz que amerite ser cazada hoy por usted, señor Peabody?

—Ni mucho menos, señorita Augusta. Un extraño fantasma de nuestro pasado está a punto de confrontarse con nuestra presencia —murmuró con voz baja al tomarla de la mano y hacerla girar sobre ella misma.

—Bueno, no si lo evitamos… —aclaró la joven admirada.

—Desde luego que eso no lo haré —repuso Peabody redondeando más su cara con el gesto de complacencia que se formó en ella.

La orquesta terminó los últimos compases y las parejas acabaron frente a frente. Peabody y Ada se inclinaron, rápidamente él tomó su brazo para llevarla por entre comensales que reían y disfrutaban su

trivial tarde para lograr un encuentro casual con su objetivo. La orquesta, mientras tanto, emprendió algo nuevo para la época: un vals. Suave y melódico como una cascada de miel, y muy mal visto por la sociedad. Era una música recién traída por extranjeros de Europa central que deseaban incorporarse al cerrado círculo de los aristócratas ingleses.

De pronto, la robusta espalda del señor Peabody se golpeó contra un abrigo oscuro que casi se derriba como árbol talado. El amigo de la madre de Ada volteó con pena para pedir disculpas; Ada bajó la cabeza comprendiendo que la eventualidad tenía mucho de vicisitud. Un rostro de ceño fruncido se cruzó frente a ellos: el portador del abrigo oscuro.

—No pensé nunca tropezarme con el mismo Parlamento. Tal como digo…, con todo —expulsó burlonamente Peabody.

—Vaya, pero si es el goloso can de la baronesa Byron. Al parecer anda suelto y sin correa por Londres. Eso es digno de verse, no todos los días se gana a Napoleón y se escapa de las garras de esa bruja —murmuró el hombre con saña.

Ada lo examinó con detalle. Al principio no lo había reconocido, pero pronto supo que estaba con John Cam Hobhouse, estadista reconocido por su posición radical en la política, no muy distinta a la de su padre. No era de admirarse que ambos hubieran circulado por el mismo lado de la banqueta salvaje: Hobhouse había sido el mejor amigo de su padre desde la escuela.

—Tendrá que disculparse, señor Hobhouse. Al parecer sus ojos son viejos y no ve que se encuentra frente a una dama, ante la distinguida Ada Augusta Byron. Sus desagradables comentarios sobre su madre desde luego no serán la mejor referencia de usted cuando le lleguen a la baronesa —comentó Peabody haciéndose a un lado para mostrar la delicada pero alta figura de Ada.

El resto del grupo de hombres saludaron inclinándose de manera amable. Sólo Hobhouse se quedó parado frente a ellos, retador.

—Lo que piense esa mujer del mal me importa un bledo, señor Peabody. Yo sé que usted le rinde pleitesía por cuestiones de supervivencia, pero sabe que ése no es mi estilo. Menos de él, ¿acaso lo ha olvidado, mujercita en pantalones?

La última frase llegó al rostro de Peabody como una cachetada. Giró ligeramente la cabeza y cerró los ojos. Ada abrió la boca admirada.

—Claro, hoy es fácil envalentonarse y decir eso… No lo culpo, honorable Lord Hobhouse, pues el tiempo está a su favor. Aun así lo

envidio y por mucho. No crea que lo hago por sus escritos radicales, sus levantamientos inocuos contra la corte o sus absurdas investigaciones sobre la masacre de nuestro glorioso ejército, pues esta mujercita, como amablemente me llamó, lo que envidia de usted es que deseó lo que usted logró. Por ello, le pregunto: ¿fue bueno, Hobhouse?

El hombre de la gabardina negra se lanzó contra Peabody como un toro resoplando. Una mano lo capturó del hombro como una cadena, haciéndolo detenerse de golpe. La cara infantil atrapada en un cuerpo viejo de John Hobhouse se fue descomponiendo. Su rostro recibió un cubetazo de cincuenta años. Los delicados labios se tornaron en una mueca de dolor y su cuerpo ligero en una cuerda tensada. Sólo la mano que le retenía el hombro era lo que evitaba que una catástrofe sucediera.

—Está frente a una dama. Un miembro del Parlamento debería ofrecer un poco de educación —dijo el portador del brazo.

Ada volteó a verlo creyendo conocerlo. Su memoria comenzó a enumerar rostros de hombres que había conocido desde su presentación en la corte. Cuando llegó a la cifra 123, apareció el nombre de William King, un hombre de afable sonrisa que, once años mayor que ella, ya había dejado la juventud atrás. A su lado, como parte del grupo, estaba el señor George Ormerod: historiador, decorador y personaje constante en las fiestas. Lo que más sobresalía del señor King era su altura; sin duda alguna tenía aspecto de caballero, semblante agradable y modales sencillos, y que estaba exonerado de expresiones excesivas. Su rostro era pálido, parecía poseer más cabello en las patillas que en el cráneo. Aun así, éste estaba pintado en un color caoba que resplandecía cual elegante madera recién pulida.

—Tal vez le deba una disculpa a la señorita Byron.

John Hobhouse volteó su rostro descompuesto hacia la muchacha y éste se ablandó mágicamente. Encontró en el semblante de la muchacha la similitud de su amigo de escuela, Lord Byron. Por un momento pensó que era como si su compañero hubiera revivido.

—Mis más sinceras disculpas, señorita Byron. Usted no tiene ni la culpa de que su madre sea la baronesa ni el deber de entender lo que está sucediendo aquí. Por ello, me retracto de mi fatal actitud —se disculpó John Hobhouse y se agachó para besar la mano de Ada, que tomó como si se tratara de un pájaro que fallecía. Los dedos del hombre jugaron por la piel de Ada tocando los nudillos y la palma.

—Reconozco su labor en la Cámara de los Comunes. Leí el panfleto

de Newgate, por lo que admiro su valentía por oponerse a los privilegios de la aristocracia. Usted sabe que madre es una gran luchadora social, tal vez sus diferencias se achiquen y puedan trabajar en conjunto en un futuro —expuso claramente Ada.

Hubo un cambio radical en el hombre, que la miró con agrado y dubitación.

—No hay duda de que es su hija, pequeña. No importa lo que digan, es lo mejor que le pudo pasar —el hombre volteó a ver la orquesta, que seguía tocando el vals importado que pocas parejas bailaban. Torció la boca con desagrado—. Nunca baile así, niña. Incluso su padre se escandalizó ante la perspectiva de que la gente se tenía que abrazar en la pista de baile.

Y sin decir más, rotó sobre sus zapatos para darle la espalda. Sin despedirse, se alejó. Ada permaneció mirando al grupo de compañeros del político, entre ellos al agradable señor King.

Pocos minutos después de su encuentro con William King, Ada preguntó referencias sobre él. En su grupo circuló el rumor de que su renta era de mil libras al año. La señora Kindey le aclaró a Ada que era un hombre de clase, mas no un buen partido para su situación. Ada se sintió atraída por la calma de sus ojos, pero pronto lo olvidó ante los nuevos compases de cotillón escocés, que era más dinámico y movido, lo cual hizo que se viera obligada a sentarse durante el baile. En ese tiempo John Hobhouse estuvo lo bastante cerca de ella como para que la muchacha pudiese oír una conversación entre él y el señor Ormerod, quien dejó el baile unos minutos para convencer a su amigo de que se uniese a ellos.

—Vaya que si hoy tenemos noche llena, señor —le dijo—. Tiene que bailar, pareciera que ha visto un fantasma.

—Detesto darle la razón, un ánima del más allá es lo que he visto, pero encarnada en un ser vivo: acabo de encontrarme a la hija de nuestro buen George Byron. El verla fue como un castigo para mí.

—Señor, es usted extraño —se quejó el señor Ormerod—. Lord Byron murió hace quince años. ¿Y cuál ha sido su opinión de dicha criatura?

El político volvió su rostro y miró por un momento a Ada, hasta que sus miradas se cruzaron. Él apartó inmediatamente la suya y dijo con frialdad:

—Una mujer grande, joven y de poca carne en la piel, pero con algo de las características de mi amigo, sobre todo en la boca… Será mejor que me vaya y los deje que disfruten de esta tontería de baile.

Ada se quedó allí con sus no muy cordiales sentimientos hacia él.

Miró a la parte alta de la orquesta y su voz interna le susurró dentro de su cabeza:

—Te está escondiendo algo…

—No hay misterio, soy esa misma descripción —respondió en voz baja.

—No, es él quien sabe la verdad.

—¡Cállate! —gritó molesta golpeando su puño con la falda.

—Lo haré si promete bailar conmigo, señorita Byron —le dijo una voz pausada.

Ada alzó la vista y se sumergió en los ojos de mar calmado del señor King, que se postraba frente a ella con la mano extendida.

—Lo siento… tenía una plática interna —se disculpó.

William King tomó su mano y la levantó de la silla. La orquesta comenzó a tocar un vals lento, de corte austriaco. Ada volteó la cara hacia el viejo amigo de su padre; al ver que la miraba, pasó sus manos por la espalda del señor King para invitarlo a bailar ese "amoral" baile.

—¿Le gusta hablar en voz alta? No se sienta mal, yo lo hago todo el tiempo mientras calculo mis cifras para diseñar arcos y bóvedas —le aclaró él con un sentimiento de complicidad único.

—Me pregunto si es pariente del doctor King de Brighton, que fue mi tutor y a quien aprecio mucho.

—Mismo apellido, distintos personajes. Reconozco al doctor King y su labor comunal, pero mi familia, a diferencia de la de él, es aristocrática. Claro que de eso yo recibiré un palmo en las narices, por ello me dedico al comercio y a soñar con arcos perfectos.

—¿Acaso el señor King es un físico aficionado?

—Simplemente un soñador, señorita Byron. Un hombre que desea construir con tabiques y disfrutar el aire campirano. Mi padre dice que soy un caso de sueños malgastados e inutilidad en la vida, pero ¿qué quiere?… A veces prefiero una caminata por el bosque lleno de secretos que un pomposo baile —explicó. King bajo los ojos—: Quizás para usted sea tonta esta plática.

—Es lo más hermoso que he escuchado de un hombre, señor King. Le agradezco que me haya escogido para decírmelo. Tenemos más cosas en común que el resto de los presentes —respondió Ada ofreciéndole una placentera sonrisa al caballero, que ruborizado trató de bajar la mirada, aunque los ojos de Ada le impidieron hacerlo: lo tenía prendido.

Hobhouse se quedó mirándolos un tiempo, alzó los hombros y escapó por la salida del *hall*.

—¿Acaso no va a darle un gran beso a su madre? —preguntó la baronesa al entrar de golpe en la habitación de Ada, quien saltó de su asiento al oír la voz de su progenitora.

Estaba en su escritorio escribiendo una carta, rodeada de las personas que más quería: Aristóteles, Pitágoras y sus libros teóricos.

—¡Madre! No me dijo que vendría a Londres… —tartamudeó la muchacha mientras guardaba las hojas que llevaba escritas dentro de un libro.

La carta al señor King tendría que esperar. Se había vuelto un interesante amigo epistolar. No poseía el ingenio ni los conocimientos de Ada, y en más de una ocasión lo había hecho quedar mal en discusiones científicas, pero era un hombre sencillo y sobre todo un apasionado de la arquitectura. Para ella era una lástima que, según el señor Peabody, su nuevo compañero de letras fuera sólo un hijo de noble sin futuro, desheredado por su padre. Sus comentarios le agradaban a Ada, pues eran reflexiones lógicas más que interesantes: "¿Qué sería de la cúpula de San Pedro sin las teorías aristotélicas?", "¿Qué habría pasado con la catedral de Sainte-Chapellle en París sin las leyes de la física?", "¿Qué tan lejos están las ecuaciones matemáticas de la arquitectura?… Tan sólo a un soplo de un plano arquitectónico".

—Deseaba darle una sorpresa, querida —le dijo Annabella quitándose los guantes y el sombrero para acercar su mejilla, esperando que Ada hiciera lo correcto y la coronara con un beso de bienvenida.

Ada parecía aún seguir temblando, aterrada ante la "sorpresa" de su madre, pues pensaba que se trataba de una de sus cruzadas para cambiar alguna ley en beneficio del pueblo. Desde que Ada se había recuperado de su convalecencia en la cama, su madre se había olvidado de ella y había recuperado su vida social.

—Es… —buscó la palabra correcta— gratificante verla aquí. ¿Qué sucedió con su labor en las fábricas, estarán aprobando los cambios en el Parlamento?

—Las leyes sociales no son cosa fácil. Cambiar una roca que por milenios se ha establecido como dios no es sencillo. Me refiero a los políticos, desde luego. Es más fácil cambiar la construcción de una catedral que las ideas preconcebidas de un lord —explicó sentándose en la cama de Ada.

Su hija recuperó su lugar en su escritorio.

—Padre era un *lord*… y un político, si mal no recuerdo —comentó con voz queda.

Annabella abrió los ojos, tanto que parecieron salírsele.

—Su padre era distinto, era un reformador. Deseaba cambios en este país. Podrá haber sido muchas cosas, pero nunca castigaré su memoria por sus ideales políticos, que aun su perversidad no logró mancharlos —dijo seriamente Annabella.

Las pláticas sobre el padre de Ada habían comenzado unos años antes, ya que la baronesa había entendido que era imposible que se la presentara en la corte sin que se la relacionara con su progenitor. Claro que ella se encargaría de darle la versión que pensaba correcta.

—He conocido a uno de sus amigos, el señor Hobhouse.

—¡Vaya! El viejo Hobhouse. Fue quien lo recibió en su casa cuando nos separamos y vendimos la nuestra. Él mismo lo acompañó a su viaje por Grecia cuando eran jóvenes. De ahí se le metió la tonta idea de ser su libertador. Quizás, si no hubiera pensado de esa manera, aún estaría vivo… —gruñó la mujer. Alzó la mirada y preguntó de frente a su hija—: ¿Qué opinión tuviste de él?, ¿te dijo algo sobre George?

—No mucho, madre. Es un hombre desagradable y de rasgos infantiles. Su cráneo es chato y amplio, como si escondiera algo. Se ve que es traicionero y poco confiable —Ada dio una descripción basándose en los conceptos aprendidos de frenología, ciencia de moda que aseguraba que se podía conocer el carácter de una persona de acuerdo a la forma de su cabeza.

—Desde luego que no es un hombre bueno para los ojos de Dios, querida. Un pecador que sucumbirá en las llamas del quinto infierno por su pecaminosa vida, y por solapar las vidas impropias de otros. No sólo estoy de acuerdo con su impresión, sino que apruebo sus pensamientos. Ada, usted es la mejor hija —le dijo Annabella tomándole la mano, tal como lo hizo su madre años atrás. Su miedo estaba calmado, la correa ajustada y el control era total. Sólo faltaba un detalle para que no se le fuera de las manos la situación—. Por ello, he decidido darle una sorpresa: estoy aquí para verla, obviamente, pero también porque he cruzado un par de cartas con una entrañable vieja amiga que estoy segura de que le interesará conocer. Es una mujer muy especial.

Ada arrojó su rostro hacia atrás, admirada e intrigada.

—¿Una mujer especial?

—Quizás la mujer más especial de Inglaterra: la distinguida Mary Somerville. Sabía que sus libros sobre matemáticas y astronomía han creado una positiva imagen, por lo que pensé que vetarle un encuentro con tan maravillosa mujer sería absurdo.

Ada abrió la boca para tratar de pronunciar algún tipo de

agradecimiento, pero así se quedó, buscando palabras, era un sueño hecho realidad. Si había un modelo en el que se había basado, era el de Mary Somerville. No sólo era una mujer de la alta sociedad londinense, sino la académica más importante de su generación a nivel mundial. Sus éxitos eran reconocidos en todo el mundo. Había sido elegida miembro de la Real Sociedad Astronómica y de la Real Academia Irlandesa y miembro honorario de la Sociedad de Física y de Historia Natural de Ginebra. El mismo primer ministro, Sir Robert Peel, le había otorgado una pensión civil de doscientas libras por año para que continuara sus estudios en matemáticas y astronomía. Ella presumía que si Kepler hubiera sido tan reconocido como ella, la astronomía sería hoy la madre de las ciencias.

—¿La señora Somerville…? ¿Cree que exista la posibilidad de poder conocerla?

—La posibilidad es más que alta, ya que posee un volumen dedicado para usted sobre su primer trabajo publicado: *Las propiedades magnéticas de los rayos violetas del espectro solar*. Ella misma desea entregárselo en persona —explicó con una amplia sonrisa su madre.

—¡¿Es una invitación?!

—Como bien sabe, nuestra querida Mary Somerville hace unas reuniones en su casa cada primer jueves de mes, a las que invita sólo a catedráticos y científicos destacados. Pues ella misma me ha escrito para solicitar su presencia en la siguiente: mañana —le narró orgullosa Annabella.

Ada apretó sus manos con fuerza contra las de su madre. Las palabras no lograban definir su alegría. Simplemente se inclinó y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Muchas gracias, madre.

—Agradézcaselo a quien lo merece. Usted misma le dirá a Mary Somerville sus impresiones. Creo que lo mejor será que vayamos por unas sandalias y una bella chalina que hagan juego para tan magno evento. ¿Le molestaría dejar todo y acompañar a su madre? —explicó levantándose y abriendo su palma de la mano en un gesto de invitación.

Ada la tomó emocionada. Ambas mujeres dejaron atrás el cuarto. Ada también abandonó la carta que pensaba mandar al señor King aceptando la invitación de encontrarse al siguiente día en el parque. La respuesta permaneció olvidada entre un grueso volumen de matemáticas, dejando de esa manera colgado al señor King y rompiendo así el intercambio de cartas que habían tenido esos días.

—Nada me ha dado una prueba tan convincente de la unidad de una deidad superior, que es Dios, que las concepciones de la ciencia matemática, concedidas al hombre poco a poco —dijo la mujer sin voltear su cara de la taza. Luego, alzó los ojos mostrando un par de finas gemas verdes. Su cara dura y afilada lentamente se transmutó para poder ofrecer una sonrisa y continuar su plática—. Y en estos últimos tiempos, con el cálculo diferencial, sustituido ahora por el álgebra superior, que son dones milagrosos otorgados a los mortales, pienso que deben de haber existido en la mente sublime omnisciente desde la eternidad de nuestro Dios. Y, por ello, lo admiro y venero.

Los asistentes murmuraron dándole la razón. Todos miraban a la dama, que no parecía especial, incluso era de un tamaño por debajo del medio, tan sólo lo justo para existir. Su rostro no era particularmente expresivo, excepto los ojos, que eran penetrantes: cavernas profundas de un intelecto que apenas emergía cual punta de un iceberg que dormitaba en el océano de su pensamiento. Su conversación era sencilla y agradable. Lo más característico era su simplicidad, que no mostraba su inhibición sobre los temas científicos sobre los que estaba tan bien informada. Sus frases en las pláticas estaban bien estructuradas, eran tan potentes —como cañonazos— que había que tomarse un momento de reflexión para tener en cuenta que uno escuchaba algo maravillosamente complicado de la boca de una simple mujer.

Mary Somerville era hija de William George Fairfax y Margaret Charters. Su vida era el reflejo de la simpleza que pregonaba en aspecto y estilo de vida, pues había nacido en la rectoría de la iglesia en Jedburgh, donde su tío trabajaba. Su padre había sido vicealmirante y, como tal, un padre ausente: estaba en el mar en el momento de su nacimiento. Mary había sido criada por su hermano, tres años mayor que ella, de una familia de siete. Increíblemente se le había enseñado a leer pero no a escribir, pues consideraban que no era necesaria tanta educación para una mujer. Cuando Mary tenía diez años fue enviada a un internado que no le dio un tiempo feliz ni una buena educación.

La dama dejó su taza en una mesa posterior. Se encontraba sentada en un sillón al lado de Ada, mientras que su madre, en sus mejores galas, permanecía con porte real en un sillón aprobando la relación recién nacida entre su vieja amiga y su hija. Mary vestía como hablaba, alejada del pomposo Londres. Ella misma se consideraba “una devota del milagro de la astronomía de Dios”. Su traje sencillo de color oscuro era de una pieza y no tenía ningún rasgo de moda, sólo

estaba adornado por ligeros encajes en las mangas y el cuello. Su rostro, inteligente pero calmado, estaba coronado por un cabello que se tornaba blanco y que llevaba oprimido hacia atrás. Era una dama, con todo lo que eso implicaba.

Exactamente al contrario de la educación recibida por Ada, Mary se había educado mediante la lectura de cada libro que encontraba en su casa. Lejos de ser alentada por su familia, le criticaron por pasar tiempo en un oficio impropio de una dama. Su tío, el de la rectoría en Jedburgh, rompió toda idea preconcebida sobre los sexos y le otorgó una educación privada, de tal manera que Mary balanceaba su vida social con el aprendizaje académico y el de las habilidades apropiadas para una joven, como el piano y la pintura, la cual se la enseñaba el artista Alexander Nasmyth. Precisamente fue Nasmyth quien introdujo a María al fascinante mundo de las matemáticas.

—Déjeme narrarle, niña, cómo fue mi presentación en la corte de la ciencia, pues nosotras las mujeres sólo somos cortesanas en ese mundo de machos académicos de largas togas: mientras tomaba clases de pintura con el maestro Nasmyth, vi cómo explicaba a otro alumno que los elementos de Euclides formaban la base para comprender la perspectiva en la pintura —le dijo a Ada tomándola de la mano y llevándola a una pintura que colgaba en la sala de la casa de la señora.

El cuadro era una obra mediana y tenía un hermoso marco italiano de hoja de oro que servía de ventana a un paisaje. En éste se veía parte de la calle Princes de Edimburgo con la cámara real de comercio atrás. Era un panorama atmosférico que Nasmyth, su autor, como se veía por la firma, había logrado por la profundidad del cielo y las características topográficas distantes, que mostraban gran exactitud. El punto de vista de la calle Princes se fugaba hacia la parte vieja de la ciudad y estaba coronado por la torre de la catedral de Saint Giles.

—¿Lo puede ver usted misma aquí? —preguntó la dama sin soltar la mano de Ada. La muchacha se quedó pasmada ante la imagen, que parecía atraerla como imán—. Recuérdeme las nociones de nuestro amigo griego.

Sin parpadear, empezó a hablar:

—Las nociones comunes de los elementos son: si dos cosas son iguales a una misma cosa, son iguales entre sí; si se añaden iguales a iguales, todos son iguales; si se sustraen iguales a iguales, los restos son iguales; las cosas que coinciden una con otra son iguales entre sí; y el todo es mayor que cualquier parte.

—Correcto… ¿Ve la geometría, observa la perspectiva? —preguntó

la señora, que no le soltaba la mano, como si una corriente eléctrica pasara entre ellas transmitiéndose no sólo el conocimiento, sino el amor por éste.

De pronto, frente a Ada, la simple pintura de una calle comenzó a convertirse en líneas, las líneas se fueron simplificando hasta convertirse todo en figuras geométricas. Los edificios eran rectángulos; los botes, cuadrados; la cúpula, un triángulo. Todo el sublime paisaje se volvió geometría pura.

—Veo los puntos… —respondió Ada encontrando el centro de donde emergían las líneas, el punto de fuga de la perspectiva.

—¿Primer postulado? —pregunto Mary.

—Una línea recta puede ser dibujada uniendo dos puntos cualquiera —al decirlo, una línea recta salió de ese punto hacia los edificios de la calle, luego apareció otro y, así, cada línea llegaba al punto de fuga.

—Lo maravilloso de eso es que comprendí que no sólo era el arte, sino todo lo que nos rodeaba —le explicó la dama de las ciencias alejándose del cuadro y haciendo girar el rostro de Ada—. ¿Segundo postulado?

—Un segmento de línea recta se puede extender indefinidamente en una línea recta…

Mientras Ada comentaba cada palabra, se dio cuenta de que frente a ella, en la habitación que estaban, aparecieron líneas rectas que se fugaban infinitamente al punto de fuga de su vista. Cada objeto, cada pared de la habitación, se convirtió en una línea…

—Ahora que ha comprendido, piense en el tercer postulado. La primera línea que observó, extiéndala….

—Dado un segmento de línea recta, puede dibujarse un círculo con cualquier centro y distancia.

—Exacto, su línea conviértala en círculo…

—Sería enorme, como…

—La Tierra, sí… Como un planeta —completó curveando sus labios para mostrar una sonrisa de complicidad. Ada vio claramente en su mente cómo esa gigantesca línea recta hacía un círculo creando un planeta. Era tan sencillo, tan simple, que sentía que toda su vida y todos sus problemas se limitaban a esto—. Así fue que comprendí que aun la ciencia más compleja tiene bases simples. La perspectiva de una pintura es lo mismo que nuestra vista: si dos cosas son iguales a una misma cosa, son iguales entre sí…, como lo dijo ese buen griego. Eso fue la base para la comprensión de la astronomía y otras ciencias, ése fue el comienzo de todo…

—Es maravilloso. Tan sencillo que no puedo creerlo —balbuceó Ada viendo cómo todas las líneas, trazos y formas que había creado en su cabeza se derrumbaban como un castillo de naipes para retornarla a la realidad.

—No se deje engañar, pequeña, yo cuando lo comprendí quedé tan absorta en las matemáticas que mis padres temían que mi salud sufriera a causa de las largas horas de estudio durante la noche. Mi padre creía que la cepa del pensamiento abstracto dañaría el marco de la oferta femenina. En pocas palabras, que no me cabría… Y véame aquí, con dos matrimonios. Como le dije al principio, tanta grandeza en la astronomía y las matemáticas del Creador me hacen pensar que entonces debo disfrutar los placeres sencillos de la vida, como la música, un atardecer o una cena con amigos. Eso, nunca lo olvide —explicó dándole palmaditas en la mano y soltando a Ada del momento tan especial. Ambas regresaron a sus asientos—. Me casé por primera vez con Samuel Greig cuando tenía veinticuatro años de edad. Era un oficial de marina que no entendía mis deseos de aprender más. Él tenía una opinión muy baja de la capacidad de nuestro sexo, y no tenía ni conocimiento ni interés en ningún tipo de ciencia —le narró Mary a Ada mientras le servía otra taza—. Dios es grande, y me dio la libertad: Greig murió tres años después. Así que yo, con dos hijos, regresé a Escocia. Un círculo de amigos me motivó a continuar con el estudio, en particular el querido profesor John Playfair y el muy querido profesor William Wallace del Colegio Militar Real de Great Marlow.

—Mi más sincera condolencia, su vida ha sido aparentemente un peregrinaje entre las calamidades y los problemas —le dijo amablemente Ada.

—Hija, mi vida es mi vida. No le echemos la culpa a nadie. No la cambiaría por nada, pues en ese caso hubiese sido otra persona y nunca hubiera encontrado a mi querido doctor William Somerville. Tal vez hubiera sido una insoportable y presumida baronesa a la que sólo le importara que hablaran bien de ella —le dijo en secreto a la vez que le cerraba el ojo, tras lo que volteó a ver a la baronesa Annabella, quien seguía platicando con un hombre. Ada rio de buena gana y quedó totalmente enamorada de esa apacible mujer—. No le diga nada. En verdad quiero y estimo a su madre, pero es demasiada… realeza para mi gusto. Por eso deseaba verla, un hada me ha dicho que es una rebelde imposible de contener y que más de un cólico le ha sacado a la Princesa de los Paralelogramos.

—¡Dios, señora! ¿Quién le dio esa impresión?

—Ya se lo dije: un hada —otra vez le cerró el ojo. Ada se tornó roja y transpiró asustada—. Pero debió de ser un hada inteligente, pues necesitamos más rebeldes y menos princesas consortes. Va por buen camino, chiquilla. Hasta mi buen doctor William Somerville recibió maravillosos comentarios del doctor King sobre usted.

Un hombre de edad mayor al oír su nombre volteó. Estaba en una esquina del cuarto jugando naipes con un amigo. Era un hombre grueso y arrugado, pero con cara de gnomo complacido. Se acomodó sus lentes y preguntó:

—¿Sí, Mary?

La dama soltó una risa y explicó en voz baja a Ada:

—Sordo como una piedra, pero no se deje engañar, un gran médico y un gran astrónomo —luego se apartó de ella y le contestó a su esposo con voz alta—: ¡Sólo hablaba con la hija de Annabella de lo bien que nos llevamos!

El doctor aprobó el comentario y continuó su juego de cartas. Ada vio que pudo haber caído en un prejuicio horrible al observar al doctor William Somerville, pues en su posición desenfadada y de esparcimiento simple detrás de las cartas lo hubiera etiquetado de banal o poco interesado en los estudios de su esposa, pero era lo contrario: formaba parte de la Royal Society y era médico en el Hospital Real de Chelsea. Un apasionado del griego, la botánica, la astronomía y la física con un círculo de amigos cercanos que incluía a John Playfair, Sir William Scott, David Brewster, George Airy y John Herschel.

—Le diré mi secreto: yo soy también una rebelde. Me dijeron que no podía hacerlo, y lo hice. En 1827 Lord Brougham hizo una solicitud en nombre de la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil para que yo pudiera traducir *Mécanique Céleste*, de Laplace. Era una obra importante que debía ser promovida en Inglaterra y parecía que nadie estaba interesado en hacerlo. Entonces pensé que era mi misión —explicó la dama con voz quieta como marea sin olas—. Sin embargo, fui más allá de una traducción, expliqué a detalle las matemáticas usadas por Laplace, que era desconocido por la mayoría de los matemáticos ingleses, quienes creen que los números sólo sirven para contar impuestos. Al terminarla, resultó que era un volumen de tamaño bíblico, demasiado grande para ser publicado por la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil, por lo que mi buen amigo John Herschel recomendó su publicación al editor John Murray. El libro apareció y fue un éxito inmediato.

—¿Por qué lo hizo, señora?, ¿por qué navegar a contracorriente?

—Por ser rebelde… Las faldas son las que manejan las cosas importantes del mundo. Desde la comida, el amor y los hijos. No vi la necesidad de limitarme a eso, ¿por qué no también dominar las matemáticas o la astronomía?

—Interesante teoría, pero en mi caso sería una maldición que ahuyentaría a cualquier pretendiente. Nadie desea casarse con una mujer más inteligente que él.

Esta vez Mary fue quien soltó la risa:

—Siempre hemos sido más inteligentes, pero como ellos son tan tontos, no lo saben.

Las carcajadas al unísono retumbaron en el salón. La madre de Ada volteó para arrojarle una mirada que no aprobaba esa actitud.

—Ya encontrará a su rey.

—¿Disculpe? —cuestionó asombrada e intrigada Ada.

—Bueno, su esposo. En fin, podremos ir una noche a oír buena música. El doctor está sordo y se queda dormido, por lo que requiero de una compañera que al roncar no suene más fuerte que el trombón, ¿le interesaría acompañarme?

Para Ada el encuentro con Mary Somerville fue una delicia. No sólo encontró una cómplice, una maestra y una amiga, sino a alguien que podría hacerla descansar del constante seguimiento de su madre.

Las notas del piano danzaron por el teatro. Eran cual mariposas agitándose elegantemente. Las nuevas notas del *allegro*, que cerraban el último movimiento de la composición, las apabullaron. Un juego de notas graves, rudas como carretero, opacó al resto. La pasión de Franz Schubert, ese alemán de espejuelos tímidos, colmó de belleza a Londres con su *Wanderer Fantasy*. Las caras de complacencia se dejaron ver en los presentes. Algunas damas metieron codazos a los esposos que roncaban para avisarles que estaba a punto de terminar el concierto y que no deseaban sufrir el pesar de que sus ronquidos cascabelearan en el salón. Ada volteó su rostro iluminado. Sintió que cada parte del concierto fue realizado para ella. La señora Somerville tampoco dejaba que su gesto de complacencia se disipara. Quizás los números fueran pasión y vida para ambas mujeres, pero había algo encerrado en esas partituras que lograba arrancarles más de un suspiro. Si Dios había armado el mundo con perfección matemática, lo realizó al ritmo de la música.

Habían ido a escuchar esa presentación en la Royal Opera House, lugar de moda para dejarse ver, más que para apreciar la música. Desde luego, los músicos que desfilaban ahí, traídos del continente

para tocar piezas de moda, consideraban que los ingleses eran un cúmulo de vacas adeptas al pasto que no podían poseer ni un rasgo de sensibilidad para escuchar una pieza tan delicada. Aun así, aceptaban el encargo por lo atractivo que era el pago.

—Podremos ir atrás para charlar con el maestro —indicó Ada mientras aplaudían la maravillosa exhibición de destreza musical que acababan de presenciar.

—¿Será posible, dulzura? —cuestionó la dama mientras entregaba el sombrero y los guantes a una de sus hijas, que la había acompañado.

—Algunas veces existen ventajas cuando portas el apellido de los Byron.

—Ten cuidado con eso, pequeña, que aún conozco dos o tres miembros del Parlamento que desean desenterrar los restos de su abuelo para quemarlos como si fuera el último de los rebeldes de Cromwell.

—A ustedes los escoceses no les molestaría, ¿verdad, maestra? —comentó con un toque de complicidad.

Los escoceses y los ingleses tenían una relación extraña, se amaban y aborrecían tanto como lo haría un matrimonio viejo.

—Su lengua es venenosa. Su madre ha borrado todo rastro de la sangre pecadora, pero a veces no puede luchar con lo inevitable.

—¿Ser rebelde? —cuestionó Ada al tiempo que se colocaba los guantes para partir del palco desde donde disfrutaron el concierto—. Eso no es por mi padre, es por cierta maestra que desea darles clases a los académicos de Oxford.

—Es irreparable, pequeña Ada. Si aun con el control de su madre se ha vuelto así, desconozco qué monstruo sería sin la educación adecuada. Alguien que seguramente me hubiera encantado.

Las mujeres rieron tratando de apagar su burla con las manos y no llamar la atención del resto de los asistentes. Aunque había una diferencia de edad considerable entre las dos, habían logrado establecer una complicidad única.

—Cuénteme sobre ese joven King. Al parecer está interesado en usted —le invitó Mary Somerville.

—Señora Somerville, de joven posee muy poco el señor King. Es un halago que así lo considere usted. Me lleva once años. Es un hombre retraído y sin más esperanzas que construir casas de campo o puentes. Su familia parece que lo ha desheredado. Su economía oscila entre la necesidad y el incierto futuro. Mi madre, desde luego, no aprueba que me corteje. Al parecer desea presentarme a un duque o un conde aún

más viejo, pero con más tierras.

—¿Y qué dice su corazón, pequeña? —le silbó al oído la astrónoma.

Ada se detuvo en el pasillo y se recargó en una pared que parecía sostenerse con un delicado candelabro de cristal y metal dorado. Su cara giró hacia una esquina para esquivar la mirada de su nueva maestra.

—El señor King sin duda es un hombre sentimental, con buen corazón. Ajeno totalmente a los intereses de mi vida. ¿Cómo es que pudiera unificar mis estudios con el rol de una esposa devota?

La mujer escocesa puso su mano en el hombro de Ada. Ese gesto logró que enfrentara la mirada de la mujer y que se zambullera en sus ojos azules pero cálidos como un fuego vespertino.

—No estamos hechas para pensar, nuestro rol es obedecer.

—¿Entonces es lo correcto hacer caso a mi madre y aceptar la invitación con el duque que parece un tronco viejo?

—Dije que así fuimos hechas, no que hayamos aceptado esa situación. Déjeme platicarle una historia maravillosa. Nuestro querido doctor Somerville me la contó cuando decidí traducir *La mecánica de los cielos*, de Laplace, ya que él albergaba dudas sobre si yo era la persona adecuada para hacerlo, pues no sería visto como un tratado serio al haber sido traducido por una de nuestro género: en el esplendor de Alejandría, a principio de los años de nuestro señor Jesucristo, vivió la astrónoma Hypatia, hija del matemático y filósofo Teón de Alejandría, quien estudió matemáticas bajo la guía e instrucción de su padre.

—He escuchado de ella. Madre me ha dado algunos libros.

—Esa mujer fue la directora de la Escuela Platónica de Alejandría, bajo los pensamientos del filósofo Plotino. Ella enseñaba que existía una realidad última, más allá del alcance de nuestro pensamiento. El objetivo de la vida era apuntar a esta última realidad, la cual nunca podría ser descrita con precisión —narró la mujer tomándola de la mano mientras continuaban su camino bajando las escaleras. De vez en cuando, al cruzarse con un conocido, ambas se limitaban a saludarlo con una inclinación—. Plotino enfatizaba que las personas que no tenían la capacidad mental para entender completamente esa realidad última tampoco tendrían la capacidad para entender las consecuencias de su existencia.

Ada se detuvo. Cada palabra retumbó en su cabeza como un terremoto. Miró a su maestra y preguntó:

—¿Por qué me cuenta esto, Lady Somerville?

—Porque ella, esa mujer, nunca cesó de pregonar lo que creía. Inclusive fue asesinada por fanáticos que pensaban que la comprensión de la mecánica de los cielos era paganismo. Es evidente que estaban equivocados, pues en las perfectas cifras de la astronomía se encuentra escondido Dios.

—Sigo sin entender…

—Mi pregunta es: ¿hay algo que le apasione tanto que aceptaría morir por ello, como lo hizo Hypatia?, ¿es acaso más importante su estudio que la necesidad de encontrar esa última realidad?

Las mujeres habían llegado a la antesala del teatro. Ada Byron no pudo contestar, se dio cuenta de que tan sólo hacía lo que se le había enseñado a hacer: estudiar. Era muy distinta de su tutora, quien aprendía por amor al conocimiento, por la búsqueda de esa realidad extrema.

—No lo sé, señora. No lo sé —respondió francamente la muchacha.

Mary Somerville aceptó la sinceridad con una sonrisa y dándole palmadas de cariño en el hombro. Ambas salieron a la calle para buscar un carruaje, dejando que su silencio las acompañara por un tiempo; la hija de Somerville consiguió uno.

—Creo que sería fantástico que nos acompañara el viernes a una cena en mi casa, querida.

—¿Cree que en ella encuentre respuesta a su pregunta?

Antes de subir al carro, Mary le soltó:

—Yo tampoco lo sé, ¿no sería aburrido el mundo si ya supiéramos todos los secretos que nos rodean?

La invitación naturalmente fue aceptada por Ada. No podría defraudar a su gran compañera, aunque realmente no se sintiera con ganas de socializar. La otra que tampoco pudo rechazarlo fue su madre. Se sentía desplazada ante la nueva relación que se había entablado entre la dama científica y su hija, como si ella ya no fuera necesaria.

Para Ada era incómoda la visita a casa de los Somerville acompañada de su madre, pues ésta no cesaba de acosarla. En especial, a Annabella la inquietaba que hubiera recibido cartas del señor King, aunque Ada le respondiera con frases cortas y evasivas. Una de estas largas cartas que le mandaba ese hombre, al que obviamente tenía obsesionado, fue interceptada por su madre, quien la leyó molesta. Al terminar la epístola del señor King, Ada miró a su madre, que permanecía en silencio. La baronesa comentó de manera ácida:

—Ese hombre busca su dote y posición. Sería inteligente de su

parte que lo invitara a dejar de escribirle, pues, a mi entender, le ha respondido de manera demasiado amable.

—Madre, mis respuestas han sido parcas y sin afán de ocasionarle un disgusto.

La baronesa torció su rostro sin poder creer a su hija. Estaba acostumbrada a que asegurase negar ciertas cosas que al parecer hacía a escondidas de ella.

—No posee su estatus. Espero que lo comprenda, Ada Augusta. Será mejor que se vista para la reunión con la señora Somerville.

Madre e hija llegaron a la hora convenida; se presentaron de manera espectacular en el salón de la señora Somerville, ambas ataviadas como exquisitas damas de la corte. La astrónoma las recibió atentamente en su minimalista traje azul oscuro que le hacía verse como una monja. No estuvo mucho rato con su alumna, ya que era muy claro que estaba ocupada en atender a varios invitados más.

Después de deambular por entre los conocidos de Mary Somerville y de sentirse relegada de las pláticas sobre ciencias, Ada se sentó en una esquina. Al verla sola, Mary Somerville llegó hasta ella, parecía alegrarse de poder estar juntas. Se sentó a su lado y charlaron agradablemente sobre sus viajes, de libros nuevos y de la música de Schubert y Beethoven. Hablaban con tanta soltura y animación que atrajeron la atención de un hombre recién llegado al salón que las había mirado varias veces con curiosidad. Era un caballero mayor, de cara rechoncha y con la quijada salida ligeramente, como un bulldog a punto de morder. Una gran frente despejada llevaba como fachada, que terminaba delante con ojos profundos e inteligentes, enmarcados por unas cejas pobladas que le otorgaban una expresión de desdén. Más atrás, en su nuca, salía una mata de pelos canosos que se entrelazaban a la manera de una telaraña hasta cubrir las orejas con abultadas patillas. Su aspecto era descuidado, aunque su traje se veía de calidad. Parecía como si hubiera dormido con él, y que eso hubiese sido dos semanas atrás. El hombre se acercó y no vaciló en preguntar:

—¿Qué está diciendo, mujer? ¿De qué habla? ¿Qué le dice a esa señorita entre cuchicheos? Quizás sea su hogar y para el doctor Somerville le sea inocua esa actitud, pero tendré que recordarles que secretear es de mala educación, jovencitas —les gruñó el hombre levantando su bastón para señalarlas. Ada quedó pasmada ante la rudeza del comentario.

—¿Jovencita me dice, profesor Babbage? Podría sumar años y restarlos a la mitad, y aun así tendría la edad de hacerle callar esa

bocaza que tiene. Pero ya que está interesado, hablamos de música —declaró Mary, divertida por el atrevimiento del viejo gruñón.

—¡De música! Pues hágame el favor de hablar en voz alta, que aquí no todos comparten esos gustos como temas de conversación. Poco se gana charlando de ese argumento que sólo es ocio y malvivir de los ingleses. Creo que hay pocas personas que opinen como yo: que la música es un mal para las juventudes.

—Si se siente un erudito en moral, profesor, ¿por qué es que no está enseñando a esas juventudes sus valores?, ¿por qué rehúsa dar más cátedras en Cambridge?

—¡Qué desperdicio! Sólo son borrachos y parranderos los jóvenes estudiantes. Nuestro rey Jorge IV se encargó de echar a perder toda una generación, más preocupada por verse como un pavo real que por comprender la ciencia.

—Cambie esa sociedad. Usted puede, profesor…

—No me tiente con tonterías, mujer. Tendré que decirle al doctor Somerville que la amarre a la cocina para que deje de ser una buscabullas.

—Eso lo desearía con todo su fervor, profesor Babbage, pero sabe que en el fondo está celoso porque yo seré siempre mejor matemática que usted.

El hombre se levantó resoplando como un toro y se plantó de manera retadora junto a Mary Somerville. Ada lo miraba asustada, segura de que ese ser que emanaba un halo de negrura estaba dispuesto hacerle un mal a su maestra. Notó que la cara del hombre se torcía en una mueca de desagrado que podría competir con las imágenes del infierno. Ada volteó hacia el esposo de Mary, quien, como siempre, apaciblemente fumaba su pipa sin inmutarse. Estaba sorprendida de que dejara que algo así sucediera en su propia casa. Se preguntaba quién era ese horrible hombre. Antes de que pudiera gritar por ayuda o interponerse, su tutora y el viejo comenzaron a dar alaridos que tardó en comprender que se trataban de risotadas.

—¡Eso sí que fue cómico, mujer! ¡Usted mejor que yo! —gruñó sin parar de carcajearse el hombre de pelo blanco.

Mary disfrutaba la situación, pues se dio cuenta de la palidez de Ada.

—No se ría, profesor, que bien sabe que yo pude hacer el cálculo de logaritmos con mayor precisión que usted —le retó la dama al tiempo que tomaba de la mano a Ada para acercarla a la plática.

El hombre grueso y de modales toscos se desplomó en una silla como si un cargador hubiera arrojado un costal a la carreta.

—Sabe que no podrá ganarme más. Cuando funcione mi máquina, seré mucho más preciso que cualquier ser humano —comentó señalando de manera brusca y sin educación a la señora Somerville, a la que se veía acostumbrada al trato del hombre.

—Siempre es lo mismo: "Cuando funcione mi máquina haré esto… o haré lo otro". Sólo esperemos que funcione, profesor.

El doctor golpeó con su bastón el suelo para llamar la atención de un sirviente. Éste apareció con una pequeña copa de jerez que el profesor Babbage de inmediato llevó a su boca. Mary Somerville no bajaba la guardia, era como una pugilista que esperara la recuperación de su contrincante.

—¡Por Dios, ya necesitaba acicalar mi garganta!

—No use el nombre de Nuestro Señor en vano, profesor, que entonces sí lo saco a puntapiés de esta casa —le ordenó Somerville.

—¿Y con quién se divertiría tanto, mujer? ¿Acaso piensa su tonta cabeza escocesa que habrá un mejor contrincante que yo? —le cuestionó a la vez que pedía que le rellenaran su copa.

Mary Somerville entonces atrajo a Ada hacia ella para presentársela al viejo profesor, que no hizo ningún intento de levantarse de su asiento para saludarla.

—Claro que tengo una mejor contrincante que usted: la mejor matemática de Inglaterra, una de las mentes más brillantes que nuestro futuro ofrece. Le presento a la señorita Ada Augusta Byron, profesor Charles Babbage.

Ada le saludó inclinándose y ofreciéndole su mano al viejo. El hombre se quedó mirando su extremidad sin recibirla para besarla. Alzó los hombros y bebió de su copa.

—Guarde esa mano, chiquilla, que alguien se la va a robar.

Ada sintió un desprecio absoluto por ese hombre. Nunca había sido tratada de esa manera. Quizás para su tutora el viejo gruñón fuera un divertimento, pero ella, criada con la más estricta etiqueta, no aceptaba esos desplantes. Estuvo a punto de darle la espalda e irse, pero tragó saliva, miró el porte de la astrónoma y recordó la historia narrada sobre Hypatia. ¿Acaso aceptaría ser menospreciada por un hombre así? ¿Aunque éste fuera un erudito?

—Al oír su nombre, profesor, recapacité sobre los rumores que corren sobre usted. Nunca pensé que fueran verdad: un excéntrico que sólo lleva a cabo proyectos de lunáticos. Quizás tengan razón y deberían meterlo en un asilo —respondió con saña Ada.

El profesor giró su cabeza, no parecía disgustado. Notó la rabia de la muchacha y la disfrutó. Era un hombre que había visto y oído

mucho. Había enterrado a cinco hijos y a su esposa. No podía perder nada. Menos en un enfrentamiento con una aristócrata.

—No se haga la dolida, niña. Mejor vaya con su madre corriendo a lloriquear porque este viejo la ha insultado. Si desea jugar con gente mayor, será mejor que se comporte como tal.

Mary Somerville tomó el hombro de Ada. Ésta se veía dispuesta a lanzarle una cachetada.

—¿Quién es el irresponsable aquí, profesor? Me han contado que usted ha despilfarrado la cantidad de diecisiete mil libras del erario…, el equivalente al costo de veintidós locomotoras de vapor de Robert Stephenson. ¿No cree que con ese dinero hubiéramos podido ayudar a muchos?

Entonces Babbage se paró. Apretó los dientes y entrecerró los ojos soltando en un murmullo:

—Otros tiempos serán los que me juzguen.

—¿Por qué esperar hasta entonces?, ¿tiene miedo de que una mujer lo juzgue?

Hubo un mutismo absoluto. Mary Somerville aplaudió logrando la atención del resto de sus invitados:

—Es hora de pasar a la mesa.

Cuando Ada Byron vio que la habían sentado al lado del repugnante doctor Babbage, trató de disculparse e irse, pero su madre no paraba de charlar con un viejo amigo. Entendió que no podría desafanarse de tan desagradable compañía. Trató de tomarlo lo mejor posible y, resignándose, se sentó con delicadeza en la mesa. El viejo llegó a su lado, azotó la silla y se sentó toscamente. Agarró la servilleta y se la colocó en el pecho. Sin ofrecerle, se sirvió del vino y lo bebió de golpe. Ada luchaba con ella misma para no voltear y regalarle un gesto de disgusto.

—No sea malcriada, niña. Dígame en qué anda gastando su tiempo libre como aristócrata —la invitó Babbage.

—Son estudios serios, profesor. Es como decirle a la señora Somerville que sus escritos son entretenimientos —respondió molesta.

—¡Vamos, chiquilla! Le platicaré algo por lo que no tomo en serio a los científicos payasos: una mañana en la tienda de un librero, tuve una reunión con el doctor Wollaston. Entonces propuse la siguiente pregunta: ¿si dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno se mezclan en un vaso, y si por presión mecánica pueden ser condensados con el mismo peso específico del agua, en esas circunstancias los gases se unirían y formarían agua? No puede negar

que era una pregunta más que intrigante…

—Sin duda alguna, profesor.

—Bueno, entonces preguntó el doctor Wollaston: "¿Qué piensa usted que sucedería?". Yo le respondí que se unirían. "No veo ninguna razón para suponerlo", repuso. Le pregunté entonces si pensaba que valiera la pena hacer el experimento. Me contestó que no, pues pensaba que sin duda no tendría éxito. A los pocos días, le propuse la misma cuestión a Sir Humphry Davy. En el acto, respondió: "Se convertirían en agua, por supuesto", y también le pregunté si pensaba que mereciera la pena hacer el experimento. Observó que era un buen experimento, pero que apenas era necesario, puesto que era obvio que tendría éxito.

Ada tuvo que reírse. Babbage la imitó moviendo las manos de manera efusiva. Al parecer el hielo comenzaba a romperse entre ambos.

—¿Puede creer que eso contestaron las máximas mentes del reino? Si ellos piensan así, estamos perdidos, señorita. Prefiero que las respuestas las dé una máquina.

—¿Una máquina? ¿Está acaso insinuando que es posible hacer un artefacto que responda preguntas científicas? —debatió Ada con gran interés. Ella recordaba las visitas a las fábricas que su madre hacía. Evocaba esas enormes máquinas que realizaban la labor del humano en los hilados o en la producción de objetos. No se sintió fuera de lugar ante la propuesta del viejo profesor.

—No sólo lo pienso, sé que se puede hacer. Yo mismo lo he realizado.

—¿Es ése el proyecto en el que ha gastado el dinero? ¿Está construyendo máquinas pensantes? —preguntó la muchacha volteándose totalmente hacia él.

Babbage se acomodó el resto de su pelo, se sintió importante y habló con una pasión desbordada:

—Me di cuenta de la inexactitud de los cálculos de logaritmos hechos por humanos. Estaba sentado en las habitaciones de la Sociedad Analítica, en Cambridge, con la cabeza inclinada hacia delante sobre la mesa en una especie de estado de ánimo de ensueño, con una tabla de logaritmos abierta delante de mí. Otro miembro, al entrar en la habitación y verme medio dormido, gritó: "Bien, Babbage, ¿qué está soñando?". A lo que respondí: "Pienso que todas estas tablas de los logaritmos podrían ser calculadas por una máquina". Y, desde luego, se rio.

—¿Qué hizo?

—Diseñé una máquina diferencial que calculara los logaritmos con tal precisión que fuera superior a la de los hombres —contestó complacido. Ada se quedó con la boca abierta. Pensó en esa pequeña pieza de engranajes que hacía que una bailarina de metal pudiera danzar como parte de la inimaginable maquinaria que el rey Oberón le había otorgado de niña. Recordó la plática que tuvo con éste sobre una civilización manejada por máquinas "mágicas". Comprendió que eso era lo que le había querido decir: lo mismo que el profesor Babbage—. En 1819, mis intereses estaban volcándose hacia los instrumentos astronómicos, como astrolabios y telescopios. Mis ideas se bifurcaron. Obviamente, eran más que precisas para formular un plan con el fin de la construcción de tablas utilizando el método de las diferencias por medios mecánicos. La máquina es capaz de llevar a cabo operaciones complejas utilizando sólo el mecanismo de adición. Anuncié esta invención en el documento *Nota sobre el uso de maquinaria para el cálculo de tablas astronómicas y matemáticas*, pero parece que nadie de la Real Sociedad Astronómica lo leyó o se mostró interesado.

—¡Pero están locos! ¿Es que no comprendieron el gran avance que usted estaba ofreciendo? Es como si un hombre primitivo hubiera expuesto en su comunidad la idea del uso de una herramienta como un cuchillo o una piedra… Los miembros de la Real Sociedad Astronómica deben de estar ciegos.

La cara gruñona de Babbage se desvaneció en un gesto extraño de orgullo y éxtasis. Miró los ojos bellos de la muchacha, sin poder entender que una niña de diecinueve años comprendiera más sus ideas que los insoportables académicos.

—El Consejo de la Real Sociedad Astronómica es una colección de hombres que se eligen entre ellos en una oficina y después van a cenar juntos en la costa para alabarse, hablar sobre el vino y darse a cada uno medallas —Ada paladeó el sarcasmo. En el fondo, ese viejo gruñón no parecía muy distante de la niña rebelde que era ella—. Mire, señorita Byron, yo estaba seguro de que lo habían entendido. En el año 23 recibí una medalla de oro de la Real Sociedad Astronómica por el concepto de mi máquina diferencial y el ministro de Hacienda ofreció los fondos públicos para la construcción de un motor de gran diferencia. Ese motor habría sido capaz de computar todas las tablas que se estaban calculando en el mundo, y en mis planos tenía una impresora para que se dieran los resultados automáticamente —el viejo se quedó callado, mirando al frente con los ojos vidriosos y sin expresión alguna. Ada no quiso importunarlo, parecía que algo había

movido su interior en medio del relato—: Pero 1827 fue el año de la tragedia: mi padre, mi esposa y dos de mis hijos murieron. El duque de Wellington, el ministro de Hacienda y otros miembros del gobierno visitaron mi taller para ver la obra por sí mismos. Sólo poseía una parte construida, pero funcionaba. Consideraron que no era suficiente… Se acabaron los fondos y, con ellos, mi sueño de terminarla —Ada Byron no quitó la mirada del hombre, que parecía desinflado como globo. Así se quedó un rato, con la expresión vacía. Luego, reanimado, dio un golpe en la mesa—. Seguramente prefirieron apoyar a estúpidos músicos o levantar tontas óperas de extranjeros que sólo contaminan nuestra sociedad.

La muchacha no quiso terminar la plática tan rápido. Colocó su mano en la del profesor. La tersa y juvenil extremidad de Ada chocaba con la tosca y arrugada de Babbage.

—No puede dejarlo así. Está cambiando el mundo, ¿sabe lo que haría una maquinaria así para el cálculo de los navíos o de las nóminas de las fábricas? ¿Tiene idea de las posibilidades de ecuaciones que se resolverían para los cálculos aplicados a las construcciones? Si se pueden programar con números enteros los logaritmos, también se podría referenciar cualquier cosa con números y ofrecer resultados precisos: ¡hasta percibir quién ganaría en una carrera de caballos!

Babbage se quedó más que admirado ante esas palabras. Se había limitado a imaginar sus aplicaciones en un mundo científico y astronómico, el que conocía, mas nunca había llegado tan lejos con sus especulaciones.

—Usted lo sabe…, ¿verdad? —murmuró el profesor.

Ada afirmó con un gesto:

—Si, yo sé que tiene razón.

Babbage lo tomó con cariño. Había una igual, una soñadora con la que compartir sus ideas. Para Ada Byron fue una revelación ese encuentro; tal como Mary Somerville le había explicado, supo que por fin había una cosa por la que se dejaría matar, una idea tan importante que hasta se sacrificaría como Hypatia lo hizo siglos atrás. Esa idea era una máquina que pensara.

El profesor Babbage hizo algo inusual: ofreció a Ada y a su madre una invitación para ir al estudio donde estaba construyendo su máquina diferencial. La muchacha de inmediato se lo contó a su amiga y maestra, Mary Somerville, quien lo tomó con agrado. Consideraba que sería bueno para ambos, tanto para Ada, porque conocería a una de

las mentes más importantes del país, como para Babbage, pues se relacionaría con alguien de la nobleza que podría ayudarle en su cruzada para conseguir fondos para su máquina.

Durante una de las sesiones de estudio, Ada le preguntó a la astrónoma escocesa referencias sobre su rudo amigo el profesor. Ella le narró lo que sabía de su vida: provenía de una familia adinerada, su padre había sido banquero y disfrutaba una vasta herencia. Charles Babbage se había licenciado en la Universidad de Cambridge, pero no aceptaba la vida pomposa de los academistas, por lo que fundó con su compañero matemático y astrónomo John Frederick Herschel la Sociedad Analítica. Lo hicieron con el propósito de la renovación de la enseñanza de las matemáticas en el mundo. Ante sus grandes descubrimientos en varias ramas, fue elegido miembro de la Real Sociedad e invitado por la Universidad de Cambridge para ser profesor de matemáticas. Sólo daba esa cátedra, ya que odiaba el puesto de maestro. Todos sabían que lo había hecho para que la institución publicara sus artículos en distintas revistas científicas. Sus alumnos eran pocos, pues acostumbraba montar en cólera y aventarles cosas si respondían mal. Mary Somerville le narró entre carcajadas un evento que presenció cuando lo visitó: recordó las caras de pánico de sus alumnos, que estaban más preocupados por evitar el proyectil que por entender los planteamientos.

Para la tutora de Ada, Babbage no era más que un genio incomprendido. Le explicó a detalle su serie de inventos y Ada quedó admirada por lo distantes y desiguales que eran entre sí sus objetivos. El profesor había propuesto al gobierno un nuevo sistema de franqueo postal, ya que se cobraba dependiendo de la distancia que tenía que viajar cada carta. Babbage advirtió que el coste del trabajo requerido para calcular el precio de cada carta superaba el coste del envío. En su mentalidad amante del orden, propuso un único coste para cada carta con independencia del sitio del país al que fuera enviada. Su solución fue un éxito. También inventó el avisador de vacas, un aparato que se sujetaba a la parte delantera de las locomotoras para que las vacas se apartasen de las vías del ferrocarril.

Había escrito importantes libros de economía. Publicó *La economía de la maquinaria y los productos manufacturados*, ensayo que era usado por todos los economistas de Inglaterra y el mundo, referencia como lectura para cualquiera que deseara entender los cambios sociales. Finalmente, decidió volcarse en la construcción de su sueño: una máquina que calculara ecuaciones y logaritmos.

Al conocer más del que en un principio pensó que era el hombre

peor educado y desagradable sobre la faz de la Tierra, Ada quedó sorprendida y totalmente prendida con el tema de la máquina para las ecuaciones. No hacía más que hablar de ello con su madre, quien, de mal modo, aceptaba su charla. Para Lady Milbanke era una pérdida de tiempo esa maquinaria. Creía que la mente humana era un regalo de Dios y que no debía sustituirse por cosas mecánicas que empujaran a la humanidad hacia el pecado. Aun con esa opinión, más para poder controlar a su hija que por interés, aceptó acompañarla a su visita al estudio de Babbage.

Su casa estaba en el extremo de Londres, muy cerca de la universidad, donde tomaba el almuerzo con algunos colegas que le soportaban su mal genio y leía en su biblioteca durante horas. Ada y su madre llegaron en su carro, y descubrieron que la casa era grande aunque sin pretensiones estéticas: un gran cuadrado con perforaciones como ventanas y de sombrero un tejado a dos aguas. Reflejaba su filosofía en la vida. Afuera había un taller donde un par de hombres trabajaban armando con madera y metal objetos inimaginables. Ada se asomó para descubrir astrolabios, telescopios y una serie de engranes exóticos. Tras saludar tan sólo con la cabeza a los trabajadores, se hundió en la bodega. Contempló las tripas mecánicas diseñadas por el profesor: originales objetos extraídos de la mente de ese regordete y bajo hombre. Tomó uno de los engranes en latón. Sintió su textura y de inmediato le recordó la caja musical que escondía para cartearse con su rey fauno. Era como si en ese lugar hubieran realizado esa fantástica pieza que se le había regalado años atrás. Pero los trabajadores no eran hadas, sino un par de hombres que no dejaban de mirarla.

—¡Ada Augusta, nos están esperando en la puerta! —le reprimió su madre.

La muchacha dejó la pieza y corrió para poder acceder a la casa. Una sirvienta las recibió con parca camaradería. Arribaron a la sala, donde un conjunto de escuetos sillones esperaban visitas. Una capa de polvo en los cojines indicaba que éstas no eran comunes. Ada se sentó. Contempló un retrato de una mujer austera, vestida con sencillez, no más grande en edad que su madre. Presumió que se trataba de la difunta esposa de Babbage. Pensó que la vida con un hombre así no debió de ser sencilla para ella, pero también sintió melancolía por la soledad del viejo: era un hombre que sólo vivía entre los recuerdos de sus difuntos y la esperanza futura de la perpetuidad en la historia. En medio de eso, sólo le quedaban días de desasosiego.

—¡Baronesa Noel Byron! ¡Señorita Byron! —gritó desde lo lejos

Babbage.

Salió el regordete hombre en chaleco, mangas de camisa y un gran babero de piel que le llegaba hasta los zapatos. Ada lo vio como un científico loco. Al reflexionar esto, de sus labios emergió un gesto de placer.

—Profesor Babbage, es un honor haber sido invitada a su hogar —respondió Lady Milbanke ofreciendo su mano.

El viejo caballero la tomó con las suyas y la agitó bruscamente. Ante la sorpresa de la rudeza de Babbage, Ada permitió escapar una risa diminuta. La baronesa se quedó con la mano extendida, la miraba sin poder comprender lo que había pasado. Babbage llegó hasta Ada, le dio un fuerte apretón de manos y le colocó su brazo en el hombro para llevarla hacia él como una vieja camarada. Lady Milbanke estaba impresionada por los modos. Se hubiera ido de ahí inmediatamente, si no fuera porque su hija y el profesor se perdieron platicando como un par de niños dispuestos a llevar a cabo una aventura.

—¡Profesor, he leído sus escritos, son impresionantes! Me han abierto lo ojos en la manera de visualizar las matemáticas…

—¡Inteligente niña! Ya quisiera que esos ridículos hombres pudieran decir lo mismo. Pero no, ellos están más ocupados por sus tontas leyes inocuas. Necesitamos más de su clase, señorita Byron. Entonces sería nuestro reino otra cosa —platicó Babbage sin quitar su mano de la espalda de Ada. En una imagen cómica, tenía que alzarse para llegar a la altura de ésta.

Llegaron a un gran cuarto en el que estaba dispuesto solamente un escritorio sencillo con notas regadas y algunos libros. Pero la mayor parte estaba ocupada por un enorme aparato del tamaño de un baúl. Poseía pequeños engranes que giraban una serie de cilindros con brazos que daban vueltas en forma de elipse. Una lengua de papel salía de un extremo, con datos impresos en claves de círculos que, agrupados, representaban números precisos, los cuales, agrupados también, representaban cifras exactas. Era como una gran caja musical, pero de ella emergían matemáticas y no melodías.

—¿Ésta es? —preguntó Ada.

—Así es, señorita. Es una máquina que calcula e imprime los números de forma automática. Funciona con la técnica matemática del cálculo de polinomios, o el método de las diferencias, por ello la hemos llamado la máquina diferencial.

La muchacha se acercó con miedo, como si se enfrentara a un monstruo. Tocó la pieza metálica y quitó su extremidad de inmediato al sentirla glacial. Era como un cadáver y ella esperaba algo más

mágico. Pronto se vio envuelta en la plática del profesor, lo que le otorgaba una visión distinta a ese conjunto de partes mecánicas.

—Deseaba enterarme cómo se hicieron las tablas del matemático Gaspard de Prony para el gobierno francés. Bueno, para ese loco llamado Napoleón, que podría ser un demente pero que poseía visión para las ciencias. El ingeniero Prony produjo, con un gran equipo de personas, tablas logarítmicas y trigonométricas con precisión de valores entre catorce y veintinueve cifras decimales. Sabía que era imposible publicar este extenso trabajo. Por ello pensé que un motor de gran diferencia podría hacer el trabajo realizado por estos equipos con ahorro de costos y obtener un resultado totalmente exacto —explicó Babbage a Ada enseñándole un libro con resultados de logaritmos, necesarios para el cálculo.

—Impresionante, profesor. He hecho cálculos trigonométricos siguiendo las tablas publicadas y a veces mis resultados son inexactos por no saber leer la tabla o porque contiene errores —agregó Ada al recordar que siempre que debía hacer un cómputo similar requería investigar en tablas en francés y luego corroborar los resultados, un proceso cansado y tedioso.

—Mi idea era concebir esos mismos cálculos automáticamente mediante una máquina, lo que evitaría los errores debidos a la fatiga o al aburrimiento que sufren las personas encargadas de compilar las tablas matemáticas.

—¿Por qué hacerlo, profesor? —cuestionó Ada tocando con su dedo una parte metálica de la máquina; esta vez la sintió palpitar como un animal vivo, pero la sensación se opacó cuando el frío metal volvió a ser eso: un simple metal.

—Aborrezco el desorden. Lo siento, niña, pero ver cómo esos tontos estudiantes hacían estupideces en el cálculo me ponía histérico. Aparte, me considero un gran conocedor de esas tablas logarítmicas. Desde luego, me baso en los excelentes trabajos de Blaise Pascal y de Leibniz, pero debo decirle que yo mismo soy una “máquina” que puede calcularle cualquier cosa. Deseaba hacer una “similar” a mí con la perfección que lo mecánico posee, sin sentimientos ni dudas.

—Eso no creo que sea digno de un buen cristiano, profesor Babbage. Está deseando emular la creación de Dios —criticó la baronesa, que no estaba nada impresionada por los descubrimientos del científico.

—No, mi señora, mi máquina es capaz de sustituir o ser un sustituto de actividades mentales, por ser similares a las actividades mentales. No es capaz de realizar nada por ella misma —explicó,

cauteloso de no herir los sentimientos de la noble: aceptar que era una máquina "pensante" era un suicidio político ante la idea cristiana de la creación—. Pero observe cómo hay una carga de una columna de números que ofrecen un nuevo problema de suma, o sea, cómo toma ese problema para aplicarlo en otro. Los medios mecánicos empleados para hacer esta máquina tienen cierta analogía con el funcionamiento de la facultad de la memoria —la baronesa no dijo más. Miró a su hija y al profesor sin comprender la excitación. El profesor no dio importancia a la pausa y continuó su explicación—: Ésta sólo es la máquina diferencial. Mi proyecto es hacer una nueva con mayor capacidad. Llevé esta idea a un plano más sofisticado, que es construir una máquina más grande, con una arquitectura similar, pero con superior capacidad de resolver cualquier planteamiento —explicó Babbage dándole a la manivela vueltas para que comenzara a trabajar. Luego tomó de la mano a Ada y le fue llevando por cada parte de la máquina—: Sólo se necesitan cinco componentes lógicos para ambas máquinas: el almacén, el molino, el control, la entrada y la salida —señaló la parte donde se leían las ecuaciones, una torre con extremos que "miraban" las perforaciones que daban los números. Éstos eran absorbidos mecánicamente—. El almacén contiene todas las variables, así como todas las cantidades que han surgido de los resultados de otras operaciones. Es nuestra memoria de la máquina —luego señaló la parte baja, con los grandes engranajes—. El molino es el lugar en el que las cantidades a punto de ser operadas son computadas. Sería el lector de la máquina —Ada contemplaba impresionada, era un gran esqueleto mecánico que hacía ruidos de forma ordenada, una sinfonía de números en el golpeteo de las piezas. El profesor indicó una parte donde se introducían las órdenes—: En el caso de la máquina analítica, para el control sobre la secuencia de operaciones, tengo la idea de que se base en el telar inventado por Jacquard. Ese tipo de dispositivo puede ser útil como planteamiento: la utilización de tarjetas perforadas. Cada conjunto de tarjetas hechas será cualquier fórmula.

—Como si le mandara una orden expresa a través de las cartas perforadas… —masculló Ada imaginándolo.

Babbage sonrió y le dio un golpecito en la espalda.

—¡Correcto, señorita Byron!

—¿En eso gastó las diecisiete mil libras que le dio el gobierno? —preguntó con la amargura de una leche pasada Lady Milbanke.

—Bueno, resultó ser más cara de lo que esperaba. El señor Davies Gilbert, tesorero de la Real Sociedad, presionó a nuestro gobierno para

ampliar el préstamo. Mas el señor Robert Peel, ministro del Interior, en una analogía de mal gusto comparó la máquina con el caballo de Troya y se negó a apoyarla. Aun cuando, previamente, el duque de Wellington había reconocido su potencial y concedido junto con el ministro de Hacienda proveerme el dinero para su construcción.

—Debo admitir, profesor, que yo hubiera hecho lo mismo —gruñó molesta la baronesa—. Sus proyectos parecen imposibles de realizar y usted no pierde nada en este juego.

—Los dibujos de la máquina analítica han sido del todo a mi costa. He creado una larga serie de experimentos con el fin de reducir el costo de su construcción a lo mínimo. Usted no entendería las cosas que he sacrificado.

—Entonces deje de hacerlo. Si me permiten, estoy cansada y me sentaré en la sala —indicó la madre de Ada, aburrida de estar parada observando el gran artefacto de metal. Al dejarlos solos, Ada sintió que por fin podía hablar abiertamente.

—Debo expresarle que acaba de cambiar mi existencia, profesor. La idea de crear una máquina que ayude o sustituya la mente humana para los complejos procesos matemáticos es… —Ada buscó la palabra. Al ver el aparato reposando en la sala, encontró la correcta—: trascendental para el hombre.

Babbage bajó la cabeza aprobando el comentario y completó su gesto con una declaración en voz calma:

—Pero será simplemente un juego de feria si no se le da la difusión o se continúa la investigación. Usted podrá ver que no se trata de un capricho, como han comentado.

—Lo puedo ver, profesor. ¿Ha pensado que si se relacionan los datos con hechos precisos se lograrían hacer panoramas o estudios de posibilidades que dieran resultados? Como el planteamiento de una batalla…

—O una carrera de caballos. Lo dijo en la cena y no he parado de pensarlo, ¿realmente lo cree así? —preguntó Babbage rumiando la idea.

—Tanto que podríamos ir con el ministro de Hacienda y planteárselo. Recuerde que mi familia tiene contactos. Profesor, pongo a sus órdenes mi mente, podrá disponer de ella como le plazca. Desde hoy considéreme su más fiel alumna —le murmuró al oído a Babbage.

El profesor abrió sus ojos son gran sorpresa, como dos grandes platos. Volteó a ver Ada con una mirada que cuestionaba su sigiloso comentario. La muchacha señaló a su madre, Babbage entendió de golpe que no deseaba que ésta se enterase.

—Le escribiré y lo planearemos, señorita… —comentó.

Antes de que pudiera terminar la frase, un coro de música rebotó por toda la casa. Eran piezas musicales de varios tipos, todas tocando a la vez. El sonido fue tan ensordecedor que Ada saltó asustada. En Babbage la cara se fue alargando y su mandíbula, comprimiendo. Parecía que era algo común y que eso lo irritaba sobremanera.

—¡Por Dios, qué es ese terrible ruido! —grito Lady Milbanke llevándose las manos a los oídos.

Babbage corrió a la ventana, Ada lo siguió. Al asomarse, pudo apreciar que a los pies de la casa había unos quince cilindreros, músicos de la calle que comúnmente alegraban los barrios. Todos tocaban sus instrumentos a todo volumen. La cacofonía era tremenda. Babbage rugió y alzó su mano hacia ellos.

—¿Qué sucede, profesor?

—Me he dedicado a promover una ley que prohíba la música en las calles. Es algo desagradable de nuestra ciudad… —rezongó el profesor.

—¿Entonces?

—Esos músicos del infierno se han tomado la revancha contra mí: no aprobaron la ley y cada fin de semana se vengan de mi cruzada contra ellos. ¡Se plantan a tocar durante horas! —gritó jalándose con la mano la patilla en un gesto de desesperación.

Ada volteó hacia la ventana. Entre los músicos había risas y chistes, no parecían estar enojados, sino disfrutando el momento. La muchacha supo que acababa de hacerse compañera del genio más exótico de Inglaterra. El suceso que presenciaba era sólo para darle la razón.

Ada descendió del carro con ayuda del profesor Babbage. Se había vestido formalmente con un sombrero austero y un traje verde olivo. Deseaba ofrecer la imagen de mujer madura y no de chiquilla. A lado de Babbage, esa imagen se podía ir por la borda: al final, parecían un viejo padre que sacaba a pasear a su hija adolescente.

Caminaron ambos hacia las escaleras, sus figuras eran tan disímiles que llamaban la atención: Ada, alta y delgada, Babbage, bajo y regordete. El Parlamento se erguía frente a ellos como el notable coloso que era. Corazón de mármol y granito desde donde se controlaba el vasto Imperio inglés. En sus habitaciones, entre lores y representantes, estaba el dominio de casi la mitad del mundo. Ante esa realidad Ada se sentía extraña: pedir fondos para un experimento le resultaba algo trivial. ¿Por qué les importaría a los grandes hombres

de la reina algo tan absurdo como una máquina que calculara números?

Trataron de hablar directamente con el ministro de Hacienda, quien había cortado las líneas de financiamiento para el proyecto de Babbage. Fueron tratados con desdén por sus ayudantes. Entonces Ada ejerció su papel dando un paso hacia delante y reclamando:

—Dígale que la hija del conde Byron y Lady Annabella Milbanke pide un encuentro con él.

Escuchar el nombre de su padre fue suficiente para que los jóvenes ayudantes corrieran de un lugar a otro nerviosos. Babbage dio golpecitos en el suelo con su bastón, divertido por la escena.

—Usted sabe usar sus influencias, señorita Byron —le susurró al oído.

—Es la primera vez que lo hago sin mi madre, así que tómeme de la mano, que estoy a punto de desmayarme —admitió temblando de terror. Por más que deseara ocultarlo, Ada era una adolescente aparentando algo más.

—Señorita Byron, el ministro de Hacienda está en una importante reunión con el primer ministro, pero me ha pedido que espere en la sala de té. Mandará por un caballero para que la atienda —explicó uno de los jóvenes asistentes, quien los hizo pasar a una habitación finamente decorada con remates dorados y pinturas de paisajes escoceses en las paredes, vestigios pasados del estilo abultado de la regencia.

Babbage y Ada esperaron veinte minutos hasta que la puerta principal se abrió. No emergió el ministro de Hacienda ni ninguno de sus ayudantes. Era Lord Hobhouse, barón de Broughton, secretario del Board Office, quien manejaba todo el comercio de las Indias, el mismo que en el baile había emitido los malos comentarios sobre Ada. Ella se sorprendió al verlo y se sintió intimidada ante su cara afilada y sus modos solemnes.

—¡Pero qué casualidad, señorita Byron! —dijo el hombre antes de llegar a la sala donde esperaban.

Babbage se levantó de su sillón y saludó. Ada recuperó el porte de dama y esperó a que el hombre se inclinara a saludarla.

—Para mí también es una sorpresa, Lord Hobhouse. Deseábamos hablar con el señor ministro.

—Mire, pequeña, no sé qué le habrán dicho, pero aquí trabajamos y no jugamos a recibir a las descendientes de gloriosos hombres ingleses. Quizás su madre se ha hecho fama de ser una ruda interventora en política, pero no es común solicitar estas citas.

—Bueno, ya que usted será nuestro interlocutor, entonces lo mejor es que el profesor Babbage le explique nuestros motivos de la visita —expuso Ada volteándose para dar pie a Babbage.

Éste se veía disminuido, pero una mirada de la joven le dio un nuevo aire al viejo científico, quien se levantó rudo y gritón, como Ada estaba acostumbrada.

—Lord Hobhouse, usted ha oído hablar al duque de Wellington sobre mi proyecto de la máquina diferencial y el siguiente nivel, la máquina analítica. Creo que en cierto modo es una suerte que nos haya recibido, pues, teniendo el puesto que posee, entenderá las aplicaciones de dicho instrumento para su causa. ¡Es de suma importancia que nuestro reino sea líder en esta ciencia! ¡No querrá que los salvajes y bélicos prusianos nos ganen dicho conocimiento! —afirmó de manera profesional, como un profesor elocuente.

Ada sonrió al ver que inteligentemente usó la idea de invocar el orgullo nacional.

—Bueno, profesor, déjeme recordarle que nuestro rey consorte es prusiano. Estoy seguro de que la reina Victoria no apoyaría la visión de su gente —interrumpió Hobhouse, sentado frente a él, con una sonrisa.

—Bueno, no me refiero a eso… Usted sabe, Lord Hobhouse.

—Lo entiendo, profesor. La Corona posee enemigos en cada esquina: franceses, prusianos y rusos. Quién sabe si las colonias americanas también deseen ocupar su “gran descubrimiento” y estén construyendo prototipos en la bahía de Boston.

Ada comprendió que la burla estaba en cada palabra. Torció la boca disgustada.

—¿Conoce mi proyecto, verdad?

—Desde luego. Todos los que ofrecimos las diecisiete mil libras lo conocemos. Yo voté a su favor. Pero es mucho dinero. Efectivo que podría ser más útil en la construcción de puertos en nuestro territorio de la India. Profesor, no lo malinterprete, pero un cargamento de especias de la colonia dejará más frutos económicos que una enorme máquina que computa las ecuaciones que un grupo de contables calcularían.

Babbage bajó las manos. Estaba sin armas, sin pasión. Ada de inmediato se levantó para retomar el liderazgo de la argumentación.

—Exacto, Lord Hobhouse. Sólo son cifras, pero debo recordarle que todo el reino se mueve con números: coordenadas, cargas, pesos, fuerzas, volumen, dinero, tamaños, trabajadores y hasta votantes. Todo son números. Imagínese una máquina que pueda calcularlos.

Podría visualizar proyectos de carga desde las Indias, gastos y ganancias… O computar las ecuaciones de posibilidades para una guerra.

Lord Hobhouse se quedó un tiempo en silencio, mirando a la alta Ada y al bajo Babbage, quienes estaban parados frente a él. Su mano derecha tocaba su barbilla como si tratara de alargar más aún su cara. Babbage volteó a ver a Ada, ella sólo le cerró un ojo.

—Fue un placer haber platicado con ustedes… —dijo el político parándose de su asiento repentinamente y señalando la puerta para encaminarlos hacia ésta.

—¿Lo pensará, Lord Hobhouse? ¿Se lo comentará al ministro de Hacienda? —preguntó Ada con ilusión.

Al llegar a la puerta, Lord Hobhouse los acompañó al exterior del salón del Parlamento.

—Lo siento, señorita, pero no lo haré. Ustedes saben que los tiempos son difíciles. La guerra con Napoleón nos dejó mellados económicamente y las prioridades son de índole comercial. Apoyaré sólo ideas que promuevan el desarrollo mercantil, no experimentos académicos para recibir medallas.

—¡Usted sabe que mi máquina no es un capricho! ¡Le dije al duque de Wellington que era para servir a la Corona! —gritó Babbage alzando su bastón en medio de la sala.

Varios caballeros giraron la cabeza al oír el tono de pelea. El barón de Broughton miró al profesor de manera falsamente condescendiente:

—Profesor, lo que usted ofreció fue un sueño, no un producto. Si desea hacerle bien a la Corona, diseñe algo para mejorar la flota o para multiplicar la producción agrícola, no haga juguetes.

El viejo científico se controló cerrando los puños. Ada se interpuso entre ambos. Un grupo de personas que caminaban por el edificio se acercó al ver que las voces se elevaban y el tono subía.

—Es usted un cuervo, un repugnante ser…

—Al contrario, profesor. Soy un hombre escogido por el pueblo para el pueblo. Y al ser elegido no tengo otro negocio que el pueblo mismo.

—Usted sabe bien cómo funcionan las cosas: el recorte de mis proyectos en beneficio de su departamento como presidente del Board Control ha sido un movimiento sucio.

El político alzó sus labios a la vez que sus cejas y volteó a ver el público que la trifulca había convocado. Sabía que un hombre que había sido secretario de Guerra y secretario en jefe de Irlanda no podía permitirse dar esas escenas. Aunque fuera reconocido como un

radical y escandaloso. John Hobhouse se acercó a Ada y le dijo al oído:

—Si respeta el recuerdo de su padre, le imploro que salgamos los tres de manera civilizada. El ministro de Hacienda no necesita un problema más con su compañero, el doctor Babbage.

—¿Cómo puedo respetar el recuerdo de mi padre si usted fue quien lo instó a separarse de mi madre? ¿Acaso no lo arropó y escondió de su mala vida? —declaró Ada, aunque las palabras le resonaron huecas. Sintió que la que hablaba era su madre, no ella.

El viejo político se echó hacia atrás. Tomó toscamente del brazo a la muchacha y la llevó a una columna alejada de la muchedumbre:

—¡Está loca! ¿Qué ideas tontas le metió esa arpía en la cabeza? ¡Si desea salvar la reputación de Babbage, síganme! —le gruñó en murmullo, pero de manera altisonante.

Ada se asustó. Volteó a ver al profesor Babbage, que observaba sin entender. Por un minuto, trató de comprender lo que sucedía: observó a los testigos que deseaban algún escándalo, luego la cara compungida del político. Ada podía ser fría cuando se lo proponía. Lo que la hizo actuar fue la voz interna de la Encantadora, que le dijo:

—Vete con él… Te lo dije, él sabe la verdad.

—Profesor Babbage, creo que será interesante plantearle a Lord Hobhouse su propuesta para retomar la máquina analítica. Estoy segura de que querrá acompañarnos a tomar un almuerzo —dijo con la voz en alto, asegurándose de que los que observaban comprendieran.

Babbage no entendía nada. Hobhouse sí supo leer las entrelíneas de Ada. De inmediato dio dos zancadas para ponerse al lado del viejo profesor y pasarle el brazo por el hombro.

—¡Conozco un hostal donde sirven un ciervo al vino y moras maravilloso! No me impedirá que le invite a tan suculenta tentación —exclamó con la voz fuerte, pero ya los que se habían reunido se dispersaban, al haber comprendido que no habría sangre derramada. Ada tomó al profesor del otro brazo y juntos, los tres, bajaron las escaleras del edificio gubernamental hablando del vino que pedirían y del postre de la comida.

Entre los testigos, sólo se quedó uno: era el viejo sabueso de Lady Milbanke: el señor Peabody. Su semblante se deterioró al ver cómo los dos caballeros partían con Ada en un carruaje. Sabía que ese evento no traería nada bueno para el futuro de su pequeña.

Lord Hobhouse, barón de Broughton, podía ser muchas cosas, pero

Ada aceptó que no era mentiroso: el ciervo servido en una salsa de vino madeira y moras silvestres era maravilloso. Habían pedido un vino austriaco para acompañarlo, y una sopa de cola de buey como comienzo. El profesor Babbage tuvo que abrirse los botones de su chaleco para que su abultado estómago se desparramara a gusto. La comida transcurrió sin ningún contratiempo, y Hobhouse se dedicó a platicarle a Ada cómo había conocido a su padre, George Byron, en el Trinity College y sus correrías como muchachos. Babbage se limitaba a comer.

—¿Nada de eso le platicó su madre? —inquirió el hombre de cara afilada mirando con asombro la faz de Ada.

—No, señor. No conocí nada de mi padre, se me tenía prohibido.

El político se limpió la boca de una suciedad que no existía.

—Su madre le ha hecho mucho daño, pequeña.

—Mi madre me ha dado lo que creía que era mejor para mí…

—¿Y cree que también lo hubiera pensado así su padre? —cuestionó afilando más su rostro al levantar las cejas.

Babbage se sintió incómodo, se dio cuenta de que él sólo había sido el pretexto para la confrontación, que había algo más profundo que discutir que el financiamiento de su máquina de pensar. Se levantó de golpe, nervioso como ratón frente a un gato.

—Deberán excusarme…, Lord, señorita Byron, pero un viejo como yo requiere ir al gabinete constantemente. Ustedes saben que mi próstata no funciona bien… —trató de seguir hablando, mas ninguno de sus dos interlocutores le hizo caso. Con gracia se perdió entre las mesas.

—Padre pudo haber sido un gran amigo de usted, pero dudo mucho que fuera un padre para mí —respondió seriamente Ada.

Lord Hobhouse entonces comenzó a recitarle de manera grave, con su potente voz de político que hacía encantar a las masas y las cámaras:

> Es tu rostro como el de mi madre, ¡mi hermosa niña!
> ¡Ada! ¿Única hija de mi casa y corazón?
> Cuando vi por última vez tus azules ojos jóvenes, sonrieron,
> y después partimos no como ahora lo hacemos,
> sino con una esperanza.
> Despertando con un nuevo comienzo,
> las aguas se elevan junto a mí; y en lo alto
> los vientos alzan sus voces: me voy,
> ¿a dónde? No lo sé; pero la hora llegará
> cuando las playas, cada vez más lejanas de Albión,

dejen de afligir o alegrar mis ojos.

Al terminar, Ada se apretaba su labio inferior con los dientes y las lágrimas cruzaban su rostro para perderse en su vestido. Nunca antes había oído palabras más bellas, nunca antes su nombre había sido cantado de manera tan poética. Ella, la hija de las matemáticas, lloraba desconsolada ante el encanto de la poesía de un hombre muerto.

—¿Había oído ese poema, niña? —cuestionó de nuevo Hobhouse, serio y con un tono más calmo.

—Es hermoso… ¿Lo hizo para mí?

—Así es, fue en mi casa, después de que su madre lo dejara y firmara los papeles del divorcio. Para mí, uno de los mejores. Por eso lo aprendí de memoria. ¿Cree que el hombre que escribió eso pudo olvidarla y dejarla así nada más? George era un hombre pasional, y lo que le sobraba era amor. Por ello su madre lo dejó.

La muchacha se enjugó el llanto con su pañuelo. Pero las lágrimas tercamente seguían corriendo. El viejo, entonces, hizo algo insólito: pasó su mano por la espalda de Ada y la atrajo hacia él como lo hubiera hecho un padre.

—¿Le sobraba amor? —se limitó a repetir entre lloriqueos.

—No era un hombre de una mujer. Su madre lo sabía. El divorcio fue por el escándalo con tu tía Augusta, su hermanastra. Eso se rumoró, pero era sólo parte de la verdad —le narró en un tono calmado y pausado mientras le acariciaba la espalda para reconfortarla.

—¿Mi padre y mi tía Augusta…?

—Creo que lo sospechaba, no se sorprenda. No ha podido vivir en una cúpula de cristal, sin escucharlo.

—Bueno, nunca le di importancia. La gente habla de nosotros porque somos nobles y ellos no tienen nada mejor que hacer —se explicó Ada de manera inocente.

Hobhouse dio unas palmaditas en su hombro moviendo la cabeza.

—Nunca menosprecie lo que el pueblo comenta, pequeña. Ellos nos pusieron aquí y ellos pueden quitarnos. No olvidemos a los franceses, que decidieron que la nobleza se veía mejor con la cabeza separada del cuerpo.

—¿Entonces, todo lo que dicen de Lord Byron es verdad? —se levantó Ada del regazo al enfrentarse con esa realidad.

—Le diré algo, niña. George pudo haber sido mi mejor amigo, un hermano, pero no le mentiré; ya ha vivido con muchas mentiras: él

era distinto a nosotros. Siempre lo supe, lo confirmé cuando viajamos juntos por el Mediterráneo, antes de que fuera el más joven en ocupar un escaño en la Cámara de los Lores. Fue en un viaje de dos años por España, Portugal, Albania, Malta, Turquía y Grecia cuando comprendí que veía el amor de distinta manera. Eso no lo pudo aceptar su madre. No fue su hermanastra quien causó la ruptura, fueron muchas otras cosas.

Ada se apartó del antiguo compañero de su padre. Había algo aterrador que estaba frente a ella recordándole cuando era una infanta y temía a una puerta semiabierta de un vestidor, pues sabía que algo grande y feo saldría de ahí. Era la misma sensación que sentía, y se apanicó más al oír su voz interior decirle:

—Él lo sabe y te lo dirá…

—Muchos se involucraron con él. Su amigo, el señor Peabody, me lo insinuó la noche que la conocí a usted, pero yo no era como él. Lo acepté como compañero, y más de una vez cubrí sus deslices. Estuvo con Nicolo, con Murray y con el mismo Percy. Comprendía que el amor no poseía género. No podía limitarse a clases, idiomas o religiones. Decía que si dos almas se amaban, debían continuar haciéndolo sin importar si eran… hombres… o su misma hermana.

Ada lo escuchó. Sus palabras relucían como un nuevo día, como si le quitaran la máscara. Luego oyó la voz, esa que tenía dentro de sí, esa que siempre supo la verdad y sólo la guió hacia la luz del túnel. La Encantadora le confirmó:

—Tu madre nunca lo perdonó. A ella le das asco por saber que fuiste concebida con un hombre que se revolcó con los de su género y con los de su sangre. Tú eras el ejemplo de lo pervertida que podía ser su relación. Eres una impura, igual que él.

—A todos los amó. Yo estuve como testigo. Nicolo Giraud y él se alojaron juntos en Atenas, donde pasaron gran cantidad de tiempo juntos. Nicolo le enseñó italiano. Le dejó en su testamento siete mil libras… Era un hombre bueno, distinto para nuestros prejuicios, pero bueno.

Ada Byron perdió su mirada en los restos de la comida. Su vida había sido una charada compuesta por su madre. Mientras lo reflexionaba, la risa burlona de la Encantadora disfrutaba el momento. Su cara estaba pálida y sus ojos, rojos por llorar. Se sentía vacía cual cesto roto olvidado en una esquina.

—¿Qué hago ahora?

—Vuelva a su vida. Es usted una Byron, encuentre a un hombre bueno, cásese y procree hijos. Entonces, dígales que su abuelo fue un

genio y un ser humano que, como todos, tuvo bondades y cometió delitos.

Sonaba tan fácil de la boca del Lord Hobhouse. Como si todos sus estudios hubieran sido un entretenimiento pasajero. Pero sentía que era lo más coherente que había escuchado en mucho tiempo.

—¿Y la máquina diferencial del profesor Babbage? —logró preguntar aún balbuceando.

Hobhouse entonces soltó un resoplido con una risa:

—Querida, esa sí es una causa perdida. Nunca se va a construir con dinero de la Corona.

Babbage no había preguntado nada mientras regresaban del almuerzo. Una fuerte lluvia los alcanzó en el camino. El hombre se quedó callado, observando cómo Ada permanecía sentada en el carruaje haciendo muecas y gestos como si tuviera una conversación con ella misma. Sin poder controlarse más, se inclinó hacia la muchacha:

—Aun así, le agradezco su pasión y entrega. Nunca había encontrado tanto apoyo. Ni siquiera en mis colegas de la Real Sociedad. Déjeme decirle, señorita Byron, que he revisado los apuntes que me dejó y son perfectos. Podría asegurarle que si fueran de un alumno de la universidad, le hubiera pronosticado un futuro maravilloso.

Ada se le quedó mirando. Su rostro seguía impávido, como si le hubieran borrado la expresión. El profesor sabía que algo había sucedido en ese hostal más allá del problema de la máquina, pero no deseó preguntar sabiendo que era un tema personal.

—Gracias, profesor —respondió sin mucho entusiasmo Ada—. Le agradezco ese comentario.

—Me gustaría ser su tutor, pero sabe que me es imposible ser académico.

—Para mí hubiera sido un gusto tenerlo como tutor en matemáticas —le dijo con un poco más de entusiasmo.

—Y para mí hubiera sido un honor tenerla como estudiante… Pero soy viejo, no me gusta que me digan cómo hacer las cosas y menos tener que decirles a los demás cómo hacerlas —explicó el profesor con una sonrisa tímida. Ada entonces quitó lo rígido de su cuerpo. Sabía que lo revelado esa tarde era importante, pero su vida debía continuar. No podía estar apegada a algo que había sucedido tiempo atrás. Más contenta, dibujó en su rostro un gesto amable—. Usted es inteligente, no una simple matemática. Es como esas odaliscas que danzan y encantan a los hombres, pero en su caso son los números…

Es una *Encantadora de Números*.

—¿Disculpe? —cuestionó a Babbage sorprendida de que el profesor hubiera escogido ese adjetivo.

—¿Le importa si la llamo así? —preguntó con jovialidad el viejo profesor.

Ada se aterró por un momento, pero luego se dio cuenta de que era otra más de las jugarretas que la vida le planteaba.

—Sería un gusto que así me llamara —le respondió, dándole un beso en la mejilla.

—Estará bien con la señora Somerville, ella es mejor astrónoma que yo. Podrá ofrecerle un buen estudio —explicó Babbage.

—Ella se va a Italia, profesor. Pensé que lo sabía. El doctor Somerville está delicado de los pulmones y le han recomendado un clima menos extremoso que el de Londres. El gobierno la está apoyando para trasladarse a la Toscana.

El profesor gruñó molesto al enterarse, ofreciendo su disgusto de no haber sido enterado.

—No se enoje. Estoy más que segura de que nuestros queridos señores Somerville estarán muy bien —le reconfortó Ada con su voz dulce.

Babbage entonces arqueó la ceja y preguntó:

—¿Entonces qué hará usted? ¿Quién será su tutor?

Ada simplemente dejó su gesto de triste felicidad. Babbage gruñó, se sentía comprometido, pero sabía que si aceptaba darle clases, sería motivo de disputa entre ellos. Y eso era lo que menos deseaba. Para él, en ese momento, Ada Byron era su mejor amiga.

El carruaje comenzó a detenerse frente a la casa de Ada. Ésta notó que algo no era normal: en la puerta estaba el señor William King discutiendo con el señor Peabody.

—Nos veremos en los próximos días, profesor —le soltó intrigada, y se marchó para conocer qué estaba sucediendo en su casa.

Ada bajó del carruaje sin esperar ayuda del cochero. Corrió por la calle empedrada para protegerse en la saliente del umbral de su casa. Al llegar a la puerta, estaba totalmente mojada. Vio que el señor King estaba igual.

—¿Señorita Byron? —preguntó King, admirado de verla.

—Me extrañó verlo aquí, señor King… —declaró sorprendida Ada volteando a ver a Peabody, que parecía impedir el paso de su conocido.

—Decidí venir a verla al no obtener respuesta a mis últimas cartas —le dijo el hombre. Peabody lo miraba con dureza.

—Déjalo pasar, Peabody, es mi invitado —pidió Ada.

—Lo siento, señorita, pero Lady Milbanke me ha pedido que controle quién entra —explicó un poco atrabancado Peabody, como dudoso de sus palabras.

—Por favor, déjenos… —rogó Ada al asistente de su madre.

Peabody se alejó de la puerta de inmediato y Ada decidió enterarse de los motivos que tenía el señor King para su aparición repentina.

—Señor King, me está poniendo en problemas con mi madre al presentarse así. Debo pedirle que se retire.

William King metió las manos en su gabán y extrajo una serie de cartas. Se las mostró a Ada, que las tomó extrañada. Era cartas que aparentaban haber sido escritas por ella, pero, al leerlas de reojo, no recordaba que lo hubiera hecho:

> Mi muy deseado Señor King:
> No se imagina cómo suspiro por tenerlo en mis brazos. Sé que usted podría construir un palacete en honor a nuestro cariño…

> A mi admirado Señor King:
> La noche es larga y no puedo dormir. Desearía que usted estuviera a mi lado charlando sobre sus proyectos, yo le enseñaría los maravillosos secretos de los números. Su sola presencia me haría una mujer más feliz…

> Para al señor King, fuente de mis deseos:
> ¿Es que se ha olvidado de mí? Cada noche me despierto para escribirle y me olvida. Necesito sus frases reconfortantes para sobrellevar el yugo de mi madre. Necesito que me guíe en mi camino para ayudar al pobre profesor Babbage. Lo necesito…

—¿Qué es esto? —preguntó admirada Ada.

William King, tras tomarla de los hombros y acercarla, le respondió:

—Sus cartas, mi querida Ada, que me trajeron deseoso de saber si su sentimiento es real —le dijo el hombre con voz suave.

Ada no dudaba que le atraía ni que las epístolas recibidas eran reconfortantes y le hacían ver la vida desde otra perspectiva, incluso que todo lo ocurrido con Babbage ella misma lo había propiciado para no pensar en él y no tener que confrontar a su madre, pero sus sentimientos estaban muy lejos de motivarla a contestar de esa manera. Se separó alejándolo con las manos y le devolvió las cartas con la cara en el suelo, totalmente sorprendida.

—Señor King, no sé a qué se refiere. Le pido que se retire, no ha

sido un día fácil para mí.

William King la miró. Ella ni siquiera levantó los ojos. El hombre extrajo otro sobre, cerrado, y lo colocó en la mano de la joven.

—El motivo de mi visita era entregarle esta carta. Deseaba que el señor Peabody se la diera; como sé que no soy del gusto de su madre, le estaba explicando la verdad cuando usted llegó. Lo único que le pido es que la lea.

El hombre le dio la espalda y salió del cobertizo caminando con pesadez mientras la lluvia lo acribillaba.

Ada entró a su casa con las mismas cavilaciones con que se había encontrado al señor King en el exterior. Le era imposible pensar en todo lo sucedido ese día y era incapaz de afrontar algo más. Deseaba huir de Londres y retornar a Mallory Hall. Bajó su mirada a su mano, donde se encontró con el sobre. Con gran curiosidad, Ada abrió la carta. Su asombro fue en aumento al ver que el sobre contenía el sello soberano de los condes de Lovelace. Comenzó a caminar en círculos para leerla. Lamía su labio inferior continuamente. La carta estaba fechada en Londres a las ocho de la noche del día anterior y decía:

Mi querida señorita Byron:

Escribo sin ninguna intención de afligirla, por lo tanto, perdóneme que me tome la libertad de solicitar su atención; aunque ya sé que habrá de concedérmela de mala gana debido a los comentarios que seguramente su madre me ha dedicado.

Tal vez se pregunte por qué no se lo conté todo la noche que nos conocimos, pero entonces no era dueño de mí mismo. Nunca quise exponerme con mi nuevo título de lord, que se me otorgó por ser el hijo mayor del séptimo barón Meter King. Desde que me conoció, he tratado de mantener un perfil bajo por la tensa relación que llevo con el barón y mi madre, Lady Hester Fortescue, nieta del primer ministro George Grenville. Para mí, el conocer a una dama en un salón de baile puede ser una bendición, pero a la vez una maldición, habiendo tantas mujeres que sólo se interesan por mis ingresos. Pronto seré vizconde de Ockham y conde de Lovelace, seguramente seré nombrado lord-teniente de Surrey, una hermosa comunidad que usted adoraría. Para mí, mi título era un obstáculo en la lucha por labrar mi propio nombre, pues no quería heredar sin más el de mi padre. Por ello, tiendo a pensar que mi futuro es incierto. Esto lo digo porque mis intenciones son reales y francas hacia usted. Estoy seguro de que podríamos hablar con la baronesa Anna Isabella Byron y también con el rey para recibir un permiso especial de cara a nuestra unión.

Pero no lo vea como una banalidad, sino porque soy su más ferviente admirador. Espero que acepte mis palabras.

Sólo me queda añadir:

Que Dios la bendiga.

Honorable William King-Noel

Soltó el sobre sobre la mesa. Corrió a su escritorio y se puso a leer las cartas que había recibido del señor King. En ellas no pudo encontrar ningún signo de que le estuviera dando pie a una relación más formal, pero tampoco contenían lamentaciones ni nada que denotase que ella no estaba interesada en él. Por un momento, resonaron las recomendaciones del amigo de su padre, Lord Hobhouse, de encontrar un buen partido y casarse.

Mientras estaba meditando todo esto, la sorprendió la campanilla de la puerta de la casa. Escuchó que el señor Peabody atendía. Cuando, con total sobresalto, vio que el señor King entraba en el salón con su gran gabán totalmente mojado y su pelo pegado a su cráneo, comprendió que era obvio que no se había ido desde su encuentro, sino que había permanecido en el exterior. Ada estaba asombrada, pero no dijo ni una palabra. Después de un silencio de varios minutos, se acercó a ella y muy agitado declaró:

—Me considero un hombre calmo y de paciencia extrema. He luchado contra mis pensamientos, pero no puedo más. Soy incapaz de contener mis sentimientos. Permítame que le diga que la admiro por ser como es, con sus locuras y obsesiones y sus truculentas formas de pensar esas ecuaciones que parece amar más que a cualquier ser vivo. Yo sé que nunca llegaré a comprender ni la mitad de lo que piensa, pero con ello me conformo.

El estupor de Ada fue inexpresable. Se quedó, indecisa, mirándolo fijamente, hasta que se animó a hablar:

—Es natural que se sienta obligado a esclarecer el contenido de esas cartas, pero es una invención pensar que yo las escribí. Le debo gratitud por sus palabras, pero me veo obligada a rechazarlas. Nunca he ambicionado la consideración de los hombres sobre mis obsesiones, y usted me acepta pensando que cambiaré. Siento haberle hecho daño, pero ha sido inconscientemente.

El señor King puso su mano mojada en la parte trasera del sillón porque sentía que se desvanecía ante esa respuesta. Permanecía con los ojos clavados en el rostro de Ada. Tomó su sombrero mojado para llevárselo a la cabeza y retirarse, pero antes apuntó:

—¿Y es ésta toda la respuesta que usted me da? Me gustaría preguntarle las razones de su rechazo, pero sé que nunca volvería la vista hacia un aficionado a la arquitectura que ama la lectura y el

campo.

—No se haga más daño, señor King. Con el tiempo verá que le hago un favor. Soy una persona que cree que existen personajes fantásticos y que estos me juegan malas pasadas como la que estamos viviendo. ¿Cómo podría compartir su lecho con una mujer que cree en las hadas?

Al oír estas palabras, William King se acomodó su largo abrigo y dio un paso hacia la puerta. Pero se volvió a detener. Sin voltear a verla, murmuró:

—Se equivoca si cree que busco su posición social; también es erróneo que desee cambiarla. Incluso, si hubiera aceptado mi oferta, mi única condición habría sido que no cambiara ni un decimal de su forma de ser, pues la mujer de la que me enamoré por su mente complicada es la que hoy me rechaza. Usted vive continuamente en un mundo real y uno ficticio; si cambiara algo, ya no sería usted.

Hizo una pausa. Ada se quedó inquieta. Comprendió que toda su vida había hecho lo que su madre le había ordenado. Pero la relación con King fue algo que ella no planeó, y por eso no la aprobaba. Ada sabía que si aceptaba a ese hombre, se convertiría en la condesa de Lovelace y que, por tanto, satisfaría a su madre. Al ver que no había respuesta, el señor King dio un paso adelante. En la cabeza de la muchacha resonó la voz de la Encantadora:

—Es él con el que Hobhouse te recomendó casarte y tener hijos.

Ada corrió hacia a la puerta y le cortó el paso al señor King. Sin importar que estuviera totalmente mojado, sus delgados brazos se lanzaron hacia él. El hombre se quedó frío y estático como una piedra al sentir que el alto cuerpo de la hija del Poeta Maldito se pegaba a su ropa mojada y que sus extremidades le cruzaban el cuello para llevar su cara a la suya y acoplar sus bocas en un beso que era más éxtasis por estar tomando las riendas de su vida que lujuria. Un beso inocente pero salvaje, primario y sin pensamientos. Un beso de carácter mágico.

Ada Byron sintió que los músculos del caballero se relajaban y comenzó a llevar la batuta del beso: fue cuando sintió que la paz llenaba su cuerpo. Al separarse de él, lo primero que vio fue la ventana de la sala que enmarcaba la calle y, al fondo, un Londres en un anochecer prematuro por la lluvia, juró que por un segundo llegó a atisbar a un pequeño personaje que aleteaba las alas para volar y mirarla destellando chispas de polvo de hada. El pequeño ser pareció reírse o despedirse. Tal vez fueron ambas cosas, ya que la visión fue tan rápida que su mente la borró como si hubiera sido una jugarreta

más de su cerebro.

Desde ese gesto impulsivo, la Encantadora guardó silencio durante varios años. Era como si los ojos de agua sosegada del señor King hubieran calmado a la bestia que Ada llevaba por dentro.

Variable II: el Poeta Maldito

En su fondo mi alma lleva un tierno secreto
solitario y perdido, que yace reposado;
mas a veces, mi pecho al tuyo respondiendo,
como antes vibra y tiembla de amor, desesperado.
Ardiendo en lenta llama, eterna pero oculta,
hay en su centro a modo de fúnebre velón,
pero su luz parece no haber brillado nunca:
ni alumbra ni combate mi negra situación.
¡No me olvides!… Si un día pasaras por mi tumba,
tu pensamiento un punto reclina en mí, perdido…
La pena que mi pecho no arrostrara, la única,
es pensar que en el tuyo pudiera hallar olvido.
Escucha, locas, tímidas, mis últimas palabras
—la virtud a los muertos no niega ese favor—;
dame… cuanto pedí. Dedícame una lágrima,
¡la sola recompensa en pago de tu amor!…

Cuando el Poeta Maldito, Lord Byron, publicó en 1814 su obra *El corsario*, vendió diez mil copias en un día. Se convirtió en el primer *best seller* de la historia. Byron no pudo disfrutar esas cifras, puesto que tenía conflictos con su esposa, la baronesa Anna Isabella Milbanke, y su media hermana, la honorable Augusta Byron, que acababa de dar a luz. Vivían ambas en su casa para tratar de calmar sus depresiones. El problema era que muchos de esos abatimientos se debían a ellas.

A su media hermana, el Poeta Maldito la conoció en sus años juveniles en la escuela Harrow. Augusta Byron, más tarde Augusta Leigh, fue calificada como honorable desde su nacimiento por ser la única hija de John Mad Jack Byron, el padre del Poeta Maldito, y de su primera esposa, Amelia Osborne, quien murió poco después de su alumbramiento. Cuando Augusta conoció a su medio hermano, estaba

casada con su primo, el coronel George Leigh, y tenía dos hijos. Desde entonces surgió un cariño mostrado con una cascada epistolar que se derramó entre ellos. Augusta se convirtió en su confidente.

Habían sido criados como extraños entre sí, mas eso no impidió que se llevaran bien. En medio de su sentimiento de alienado, el Poeta Maldito sintió que ella era la única persona con la que podía hablar abiertamente. La relación subió de tono y ambos encontraron afinidades en los entusiasmos corporales. De la misma forma en que fueron criados como extraños, se enamoraron. De esa relación nació la pequeña Elizabeth Medora Leigh, la primera hija de Lord Byron. Aunque sabía que tendría que ocultar su desliz, de manera cariñosa le puso a la heroína de su poema *El corsario* el mismo nombre que a su hija y sobrina: Medora.

La fama de mujeriego del Poeta Maldito estaba unida a su fama de pendenciero con los hombres. No mostró rasgos de sus inclinaciones hasta su viaje por el Mediterráneo con su amigo y compañero John Hobhouse. El liberador de la percepción sexual del poeta fue Nicolo Giraud, amigo y amante de Byron. Nicolo no fue el único con el que se le relacionó, hubo un desfile de jóvenes italianos y griegos que al parecer fueron del interés del Poeta Maldito. Para él, su inclinación sexual estaba más allá de su inteligencia. Por esa razón, no comprendió los reproches de su esposa al enterarse de sus deslices tanto con hombres como con su hermana. Él le explicó que el amor que le tenía era distinto a la pasión que experimentaba con otras personas. Pero su mujer nunca lo perdonó.

Capítulo III

1841

Enclavado en la costa británica, el condado de Somerset poseía leyendas e historias que lo envolvían con una mezcla de fantasía y realidad. El tiempo y el constante roce de los mitos cohabitando con sus verdaderos lugareños le daban un toque especial, sin duda, mágico. No sólo se trataba de los bosques, las planicies verdes o las mesetas de pinos. Era el aire que se respiraba y entraba por las narices para juguetear con el corazón de quien había decidido tomar ese lugar como hogar. Una tierra cargada de las raíces inglesas, donde se decía que había desembarcado José de Arimatea con el Santo Grial, y donde las leyendas del rey Arturo y su castillo florecieron. Hadas, magos y hechiceras sencillamente eran parte del condado y, aunque nadie los hubiera visto en siglos, los lugareños los aceptaban como aceptaban los lobos y los zorros del lugar.

Ashley Combe era un castillo de piedra que parecía emerger entre plantas y enredaderas al fondo de una colina. Se ataba al bosque mirando hacia la costa en esa apacible y calurosa tarde de verano, donde un solitario velero pintarrajeaba el paisaje cual obra pictórica. La casa había sido levantada en 1799, pero el mejoramiento y la construcción de torres con chimeneas que rascaban el apacible cielo los había realizado su propietario, Lord William King, el primer conde de Lovelace. En esa obra volcó su pasión por la arquitectura medieval, pero también hubo complicidad con su esposa Ada Byron para ir creando en su palacio de verano reminiscencias de índole fantásticas. Era un lugar donde seguramente el príncipe de los faunos se sentiría a gusto. No había esquina o ventana que no demostrara el toque romántico de la pareja. Y por esa razón, a Ada no le importó gastar gran parte de su fortuna heredada en aquella locura escondida entre vegetación y rodeada de jardines con terrazas de estilo italiano que

contemplaban el canal de Bristol.

En la terraza mayor, una brisa elevó el sombrero de Ada. Ella soltó una carcajada al ver que su prenda se elevaba cual papalote y que no había quien la detuviera, permaneciendo cándidamente a pasos del pretil junto a la playa con un hermoso niño de un año en brazos. El bebé tenía el pelo rojizo de su padre y los labios carnosos de los Byron. Su madre opinaba que era una ecuación numérica: "King más Byron nos da a Ralph Gordon". Ante la pérdida de la prenda de la condesa de Lovelace, su secretario particular dejó sus notas y lápices en la mesa exterior para intentar atraparla. Ada volvió a reír de buena gana, era ridícula la escena protagonizada por el señor Peabody corriendo con su ya característico sobrepeso y sus patillas pintadas en blanco mientras los espíritus del aire jugaban con el sombrero.

—Déjelo, señor Peabody… Ya nos lo regresará el espíritu del viento. O si no, el fantasma de Newton hará cumplir sus leyes de gravedad —le comentó Ada sin darle importancia.

El señor Peabody se detuvo y se inclinó llevándose las manos a las rodillas para tratar de capturar más aire por el esfuerzo extremo. Frente a él, como si Ada hubiera dado la indicación, cayó el sombrero. Ada tuvo que soltar una carcajada aún más sonora. Su pequeño hijo Ralph Gordon la imitó haciéndole coro: la risa de ambos era increíblemente similar. Eso sólo ganó un gesto de fastidio por parte del señor Peabody.

De una escalera que descendía desde la terraza hasta la playa del canal, donde una pequeña casa se erguía para poder tomar baños de manera privada, emergió un largo silbido. Ada giró señalando hacia ésta y le preguntó a su hijo:

—¿Quién viene, pequeño Ralph, quién viene por ahí?

Otro par de silbidos se dejaron escuchar, éstos eran más agudos. Era el tono de un niño aprendiendo a hacerlo. Peabody se acercó a Ada e, inclinándose a su oído, la reprimió:

—No debería dejar que los niños imitaran eso del padre. Es realmente muy desagradable que cultiven sonidos propios de arreadores de vacas y ovejas —gruñó el hombre mientras se acomodaba su chaleco.

—Son los sonidos del pueblo, Peabody. No podemos permanecer con los oídos tapados a lo que sucede a nuestro alrededor —le explicó Ada con una voz que había cambiado: era más grave que la que tenía de adolescente.

Ahora su plática era calmada y pausada, como una dama que no espera a que las manecillas del reloj caminen. Su cuerpo se había

llenado en las partes correctas y su silueta había cobrado importancia, lo que le daba un toque de gallardía gracias a su altura.

—¡¿Óiste que puedo silbar, mamá?! —llegó primero la voz a la terraza que quien lo dijo.

Ada lo afirmó con la cabeza, sabiendo que no era vista por su hijo mayor, quien apareció por las escaleras corriendo hacia ella. Era un chico de unos cinco años que, como su padre, tenía el pelo negro y rizado y los ojos tristones.

—¡Por Dios, Byron! Esas caminatas con tu padre sólo te llevarán a que termines en una granja del condado —expuso con un toque de farsa su madre. El niño abrazó sus piernas, lo que casi provocó que se cayera con su hermano en brazos—. Cuidado, jovencito. Si me rompes, no podrás conseguir una igual…

Tiempo después aparecieron por las escaleras dos figuras más: su esposo William King, ahora primer conde de Lovelace, y una niña de cuatro años que cargaba sobre sus hombros. Él estaba ataviado con un traje de paseo campestre y un sombrero de fieltro que llevaba puesto en ese momento la niña. La pequeña realmente hacía honor a su nombre de Anna Isabella: era el vivo retrato de la madre de Ada.

—Padre me dejó cortar flores para ti, mamá —le dijo la niña mientras era descendida de su padre con ayuda de Peabody.

Con su manita le ofreció un ramo de bellas flores silvestres de colores amarillos y blancos. Ada las tomó con agrado y le plantó un beso a su hija.

—Gracias, querida, las pondré en el jarrón junto a mi cama.

Se incorporó para mirar a su esposo. William King estaba sudado y tenía el pelo revuelto. Ada puso cara de molestia, pues quizás ella estaba en la flor de la vida, mas no su esposo.

—¡Querido conde, le he dicho que no cargue a Annabella! Su espalda va a resentirlo en la noche. No deseo escuchar sus quejas después de la cena y tenerlo que curar con pomada.

William King se limitó a sonreír. Sin importarle estar en el exterior, le dio un beso juguetón en la mejilla, muy cerca de los labios. Una muestra de cariño que sin duda la madre de Ada hubiera desaprobado.

—Prometo hacerle caso la siguiente vez, mi querida condesa —se disculpó.

El conde se dirigió a la mesa donde estaban los libros y donde también descansaba una jarra de té frío con limón. Sirvió un vaso y lo bebió. Luego sirvió otro para entregárselo a sus dos hijos mayores, que se sentaron en la mesa para devorar unos pastelillos que la servidumbre había preparado para la llegada de su paseo vespertino.

—Niños, no coman más de dos. La cena estará servida en unas horas… —indicó Ada mientras colocaba al pequeño Ralph en una silla alta.

—¿Fue valiosa su tarde de estudio, condesa? —preguntó William King disfrutando la vista de sus hijos.

—Tengo noticias de la señora Somerville, buenas noticias —exclamó enseñándole un sobre abierto. King elevó sus cejas curioso—. El doctor Somerville se encuentra bien, recuperándose de sus males, por desgracia no tienen contemplado regresar al reino por un tiempo, pero está preparando una nueva publicación llamada *Ciencia molecular y microscópica.*

—¡Eso sí es algo que nunca entenderé! Ustedes dos creo que son las únicas que se leen sus estudios. Estoy seguro de que ni la Real Sociedad Astronómica puede entenderlos. A veces pienso que deberíamos disolverla y crear una nueva plantilla con sólo dos miembros: la señora Somerville y la condesa de Lovelace.

Ada movió la carta al aire divertida por la socarronería de su esposo.

—¡No sea ridículo, señor King! Yo sólo soy una estudiante.

—Y presumo que tiene algo más que decirme, pues la publicación de un libro de la señora Somerville no creo que le dé esa cara radiante que atisbé desde que llegué.

Ada se ruborizó, puesto que su marido la conocía bien.

—Mi querido conde, tiene razón. Hay otras noticias que alegran enormemente mi corazón. Como usted sabrá, he dejado de lado mis estudios para poder lograr que este trío de jovencitos no se conviertan en los arreadores de vacas que usted parece pretender —ahora fue la cara de William King la que se tornó roja. Lo habían descubierto: él había enseñado a silbar a su hijo mayor Byron como ganadero—. Pero sabe que desde la partida de la señora Somerville no he encontrado un tutor que me guíe en mis estudios…

—El viejo profesor Babbage es más terco que una mula. Le ofrecí un salario bondadoso y se burló de mí diciéndome que su familia tenía tres veces más que eso.

Ada movió la cabeza al recordar los modos rudos y excéntricos de su amigo Babbage.

—Pero eso ha sido resuelto, la señora Somerville me ha recomendado con el esposo de una de las hijas de mi antiguo tutor, el señor William Frend: el profesor Augustus De Morgan, que, como bien sabe, es fundador de la Universidad de Londres, así como formulador de las leyes matemáticas y lógicas en honor a su nombre.

El conde puso una cara seria y dejó el vaso de su bebida en la mesa. Ada no se sintió a gusto con la reacción de su marido. Sus ojos lo decían todo. Mas William King trató de evitar una confrontación escondiendo la mirada, era especialista en ello.

—¿Algún problema por eso, querido conde?

—No, sólo que pensé que esperaría un poco. Ralph es todavía pequeño… Tal vez podríamos esperar a que tome clases con los tutores de sus hermanos.

Ada meneó la cabeza ligeramente irritada. En realidad su cónyuge nunca la había limitado en sus estudios. La idea de esperar había sido de ella, misma que fue tomada debido al cuidado que deseaba rendirles a sus hijos. Por ello, la sorprendió la actitud de su cónyuge.

—Yo misma había decidido esperar, pero es una oportunidad única. Los niños están bien con las institutrices. Además, mis estudios en forma comenzarían hasta que regresáramos a Londres, al final del verano. Quizás sólo necesitara una visita anterior para ponernos de acuerdo. ¿Podré contar con su apoyo? —expuso seriamente Ada, muy seriamente.

—Como siempre lo ha hecho, mi querida condesa.

—Lo aprecio, mi querido conde… —repuso en un murmullo con satisfacción. Se levantó para tomar a su hijo Ralph y se acercó hasta su esposo para plantarle un beso sonoro en la mejilla—. Lo aprecio mucho en verdad.

Entregó sus notas y libros a Peabody, que luchaba por comerse el último bocadillo con los niños. El grupo reía por sus ocurrencias y gestos. Ada les dijo con voz firme a todos:

—Niños, señor Peabody, querido conde… La cena estará en una hora. Arréglense, los esperaré en la mesa.

Se dio media vuelta, dejándolos con su barullo. Sabía que juguetearían un rato más y se dispondrían para la cena. Reconocía que un poco de la autoridad recibida de su madre le había sido legada a su carácter. Sus hijos actuaban ante su voz de mando, aunque ésta era más noble y delicada.

Caminó por la terraza hasta llegar a la puerta principal, donde una institutriz recibió a su hijo. Ada Byron miró la bella casa de sueño de hadas, el bosque y la bahía adormecida por la caída del sol: ésa era su vida.

Por la mañana, el carruaje arribó cruzando un hermoso puente de tabique que perforaba la roca para llegar al claro de la casa. El transporte no tenía ningún lujo, tan sólo se trataba de un carro

rentado. Salió de éste el profesor Babbage con movimientos toscos y apoyándose en su bastón, el único compañero que podía aguantar durante las veinticuatro horas del día sus continuas excentricidades. Caminó por el pasto de la casa y alzó la vista para ver, en la más alta de las torres, un reloj de manecillas emulando la luna y el sol. Gruñó ante ese ridículo dejo de nostalgia por la alquimia. Alcanzó la puerta y, con fuerza, tocó con su bastón. Un sirviente lo recibió tomándole su maleta. En la recepción, apareció Peabody con una tonta sonrisa:

—Profesor Babbage, es un gusto verlo por Ashley Combe.

—¡Las carreteras fueron un infierno! Si deseaban una casa de campo, ¿por qué no la pusieron a las afueras de Londres? ¡Por Dios! —rezongó molesto mientras se quitaba la chaqueta.

—Bueno, sería un problema, profesor. Entonces no serían retiros ni casas de campo, sino casas *a las afueras de Londres* —terminó la frase con un gesto que se elevaba hacia arriba enseñando los dientes, como si fuera media luna.

Babbage entrecerró su ojo izquierdo y levantó su bastón hacia el secretario de Ada.

—No se haga el listillo, señor Peabody. No entiendo cómo la condesa confía en esa bola de sebo que es usted. Si no fuera porque ella me lo niega, para mí sería sólo un espía de Lady Milbanke.

—Señor, por favor, no me insulte… Que ni en Cambridge me insinuaron cosas tan feas —Peabody se hizo el ofendido llevándose un puño al pecho y levantando la cara.

—¡Yo sé qué le dijeron ahí! Así que no me haga decirlo en esta casa, que respeto a la condesa como si fuera mi hija. Mejor será que busque algo más interesante que hacer que molestarme con su simple presencia.

Peabody levantó su nariz y desapareció sin voltear a ver al rudo profesor. Babbage se erigió complacido, como un cazador que acabara de derribar un ciervo.

—¿Por qué es tan grosero con el buen señor Peabody, estimado profesor? —preguntó Ada descendiendo las escaleras. Se veía radiante, con un vestido de seda color azul que hacía ver más oscuro su pelo recogido en una trenza.

—¡No confío en él! No debió haberlo contratado. Yo podría haberle conseguido un estudiante de mejor ayuda —rezongó con desagrado.

Ada llegó hasta el profesor y se inclinó sutilmente para darle un beso en la mejilla, un toque de cariño que podría haber sido hacia un padre.

—Pero el señor Peabody es amigo, y algunas veces la amistad se

aprecia más que la erudición. Usted lo entendería, pues sabe que es bien recibido en esta casa no sólo por su gran mente, sino por el cariño que le abrigamos.

—¡Pamplinas de una romántica! ¡La han ablandado, mi Encantadora de Números! Pronto va a estar escuchando un trío de violines y arpa en estos patios, como una más de esas aristócratas que no saben más que cacarear sobre compositores prusianos.

Ada le tomó del brazo y lo llevó a un recibidor, donde lo sentó en un confortable sillón frailero. Sirvió un poco de oporto y se lo entregó.

—Usted le ha declarado la guerra a la música, profesor, me gustaría saber quién va ganando esa batalla.

—¡Desde luego, esos sensibleros tontos! No se dan cuenta del mal que hacen con sus baladas y cantos. Déjeme narrarle lo ocurrido hace unos días, cuando estaba estudiando una serie de poemas llamada *La visión del pecado*, de un jovenzuelo que promete, Lord Alfred Tennyson. En esa serie leí el canto "Cada minuto muere un hombre, cada minuto uno nace". Tuve que escribirle y corregirle. Si eso fuera verdad, la población del mundo no estaría creciendo. Siempre habría la misma cantidad de habitantes. Me puse a investigar los cálculos de natalicios y de defunciones en el reino y conseguí cifras anuales. Con eso, lo saqué de su error a ese torpe poeta.

—¡No me diga! ¿Y qué le escribió? —preguntó divertida Ada, sirviéndose ella misma una gran copa de coñac, a la que le agregó gotas de la medicina que le daban para sus continuos dolores. Era un medicamento fuerte, que la mantenía ensoñada por ser en parte heroína y morfina.

—Que su poema debía decir: "Cada minuto muere un hombre, cada minuto nace uno y una décima de hombre".

—Increíble, ¿y cree que suena mejor así?

—Bueno, no. La verdadera cifra que encontré era de 1.167, pero con tantos dígitos la poesía se arruinaría.

Ada levantó su copa en señal de aprecio a las excentricidades de su buen amigo, alguien que no deseaba que cambiara nunca.

—Por la perfección matemática en la poesía, profesor —brindó con su amigo.

—… Y la prohibición de la música en las calles —completó el profesor.

Ada y Babbage caminaban por un jardín exquisito. Era una vereda de lajas de piedra que rodeaba el predio y se perdía entre el bosque. El camino serpenteaba entre matorrales y pasaba por puentes y arcadas

que emergían de la floresta con torres decorativas de ladrillos. Era un lugar de reflexión diseñado para su esposa por el conde de Lovelace. A este circuito le habían bautizado como El Jardín de los Filósofos, pues era donde Ada caminaba para reflexionar sobre sus ecuaciones o para platicar con sus invitados científicos, como el profesor Babbage.

Ada daba pasos tranquilos, esperando que el mundo se inclinara ante ella. Babbage la seguía apoyado de su bastón, suponiendo que el mundo realmente se había parado para él. Disímbolos y al mismo tiempo unidos por la pasión, los dos matemáticos platicaban con vehemencia mientras las mariposas y las libélulas surcaban el aire cargado con aromas de pino veraniego.

—He seguido desarrollando la máquina nueva, misma que llamo la máquina analítica. Usted sabe que, a diferencia de la máquina diferencial, que sólo puede calcular las funciones reducibles al método de las diferencias, la máquina analítica es capaz de calcular cualquier función.

—De hecho, profesor Babbage, he analizado los planos que me hizo el favor de mandarme y estoy segura de que podría llevar a cabo álgebra simbólica.

Babbage se detuvo. Arqueó sus robustas cejas como uno más de los túneles y puentes que William King había construido: lo afirmado por Ada era extraordinario, esas ecuaciones eran consideradas lo más avanzado en conocimiento analítico.

—Interesante, mi Encantadora de Números. Muy interesante —masculló, pero continuó caminado para seguir su planteamiento.

—Es un hecho que podría adaptarlo con las técnicas desarrolladas por Joseph Marie Jacquard para su telar automatizado. Las tarjetas, en banda, llevarían perforaciones en las que se podría leer por un número de clavijas movibles en la máquina. Los agujeros decodificarían los números, dando así la información sobre las operaciones que se emplearían. Con ese interesante sistema de control, la máquina sería capaz de repetir el mismo conjunto de tarjetas un número indeterminado de veces y el operador sería capaz de decidir qué cartas se ejecutarían con base en los resultados intermedios obtenidos durante el proceso de conteo… —explicó Ada sobre el funcionamiento del artificio, que, aunque no existía, para ella era perfectamente imaginable.

—Cómputo, querida.

—¿Perdón?

—A los que calculan las ecuaciones se les dice que son los que computan, por ello he decidido llamar *cómputos* a los procesos de la

máquina —los dos se quedaron callados, pero no dejaron de caminar. Babbage rumiaba la propuesta, que le abría un sinnúmero de posibilidades—. Exactamente como lo tenía pensado… Pero nunca me lo habían puesto de frente de manera tan sencilla y explícita. Por mucho, usted posee una mente distinta a los matemáticos comunes, puede visualizar las cosas cual pintor.

—Es un don que poseo: poesía analítica. Era lo que le decía a mi madre, que sólo deseaba estudiar números, no sus aplicaciones. Desde luego, la idea de imaginar una ecuación con aplicaciones al mundo real me resulta posible gracias a los planteamientos clásicos de la perspectiva de la señora Somerville. Pero también porque hay que pensar dos conceptos a la vez. Los hombres sólo pueden pensar en una idea. Nuestro género algunas veces puede tener ventajas, profesor: computar, como usted desea decirle, a la vez que hornear un pastel o cuidar a un hijo.

Babbage soltó una risa falsa y, sin voltear a ver a su amiga, rezongó:

—¡No me venga a decir que necesito falda para pensar correctamente, condesa! ¡Es usted peor que su amiga Somerville! ¡Deberían amarrarlas a todas a la cocina!

Ada sabía que el viejo profesor era propenso a decir esos improperios, pero estaban muy lejos de ser sus pensamientos. Si había algún científico en el reino que respetara las mentes femeninas en los estudios matemáticos, era él. Nunca hubiera dejado ver sus apuntes o planos a Ada si no supiera que ella era una mente excelsa.

—Lo que me recuerda que le he preparado un pastel de moras… —le susurró al oído Ada mientras le pasaba la mano por el brazo. Con ello, mataba cualquier discusión: le había planteado la manera de ordenar su máquina y le había horneado su postre favorito.

—Esa delicia esperará, pues deseo contarle las nuevas: los italianos se han interesado por mi proyecto. He recibido una invitación para dar una conferencia sobre el nuevo motor durante un seminario en Turín.

—¡Es una excelente noticia! Seguramente su ponencia hará voltear la cara hacia el proyecto a nuevos inversionistas, incluso extranjeros —admitió contenta Ada.

—Desde luego, pero hay que tener cuidado con eso. Recuerde que en manos poco apropiadas, una máquina que sustituya la mecanización de las ecuaciones sería peligrosa.

—Tiene razón, profesor.

—Estoy escribiendo la ponencia y un artículo que se publicará en

el libro del ingeniero que me invita al seminario, el conde de Menabrea. Yo sólo sirvo como asesor de dicha obra, pero me gustaría que usted la leyera y me diera sus impresiones.

Ada, complacida, tuvo que apretar con su mano el brazo de Babbage, era un gusto ser considerada de esa manera por su amigo. Podría haber acudido a algún miembro de la Real Sociedad, pero la había escogido a ella.

—Tenga la seguridad de que lo leeré con mucho empeño y dedicación.

—No tengo duda de ello, mi Encantadora de Números. ¿Ahora podríamos ir por ese pastel que prometió? Esta caminata me ha abierto el apetito —concluyó el profesor Babbage con alegría.

Ada se limitó a disfrutar el momento.

La condesa de Lovelace se colocó sus guantes mirándose al espejo. Luego se acicaló el peinado para colocarse su sombrero. Tomó la chalina de la cama y se cubrió la espalda. Salió de la habitación como si caminara entre nubes y pétalos de rosa, y se dirigió al cuarto donde las institutrices cuidaban a sus niños.

—Por favor, asegúrense de que hagan sus tareas. No más tiempo de juegos al caer el sol —ordenó a las mujeres que cuidaban a sus hijos, quienes jugaban con una casa de madera que su esposo había mandado construir.

A cada uno de los niños le dio un beso. Luego, bajó las escaleras de la mansión para dirigirse a la biblioteca. En un gran sillón, a la vista de un ventanal que enmarcaba el canal de Bristol, el conde de Lovelace fumaba una pipa apaciblemente a la vez que leía un libro. Ada llegó hasta él y le plantó un beso coqueto en la frente.

—¿Estará bien, mi querido conde? —preguntó su esposa.

El hombre bajó su lectura y contempló a Ada. Se veía hermosa en su traje de calle. Una olorosa nube procedente de la pipa indicó su aprobación de tan hermosa vista.

—De maravilla, mi querida condesa —respondió con tranquilidad —. Salúdeme al profesor De Morgan y a su esposa. Será un placer verlos en Londres. Dígale que no se librará de una cena con nosotros. Aunque al final terminen ustedes discutiendo de álgebra, para mí será una delicia recibirlos.

—Prometo decírselo, señor King. Nos vemos en unos días…

Ada se despidió con otro beso. El conde retornó a la lectura y siguió fumando, dejando que lo cubriera una neblina de humo del tabaco.

Ada salió a la terraza principal para tomar su transporte. La carreta se alejó de Ashley Combe por el túnel de piedra, dejando atrás su paraíso. Ada no volteó, aunque sabía que se quedaba atrás su vida de condesa: hijos, esposo y propiedades. Una expresión de aprobación se labró en su rostro. Por un tiempo miró por la ventanilla, sabiendo que era todo lo que deseaba.

El camino duró una hora, hasta que llegaron a una finca de piedra con el título de Fyne Court, en el condado de Somerset también. Tras una decena de minutos más, se detuvieron en una pequeña posada situada al lado del camino decorada con hermosos vitrales de caballeros y doncellas antiguos. En el letrero se leía The Midnight Summer Inn. Un fauno con una flauta era lo que decoraba el rótulo.

Ada abrió la puerta y descendió volteando a ambos lados, mas no había testigos de su arribo, sólo se escuchaba el murmullo del bosque, trinos de aves y las siempre molestas chicharras. Se introdujo en la posada levantando el vestido.

En el interior, al sonar la campanilla de la puerta, un hombre calvo alzó la vista detrás del escritorio. Su boca y sus espejuelos parecieron brillar con la sonrisa. El posadero avivadamente fue hacia la mujer para recibirla.

—Buenas tardes, condesa.

—Buenas tardes, señor Campbell.

El dueño del lugar tomó el bolso de su recién llegada visita y la acompañó por el pasillo del hostal. Ada caminaba con seriedad y prisa. No había ni un rasgo de duda en sus acciones. Se volteó hacia el hombre calvo y sin mucho decoro indicó:

—Es todo, señor Campbell, gracias por su compañía.

Sin despedirse, Ada Augusta Byron se introdujo en una de las habitaciones y cerró la puerta al dueño del lugar para evitar que una mirada pudiera colarse. La habitación era hogareña y reconfortante. Las paredes habían sido decoradas con motivos medievales. Una enorme cama repleta de cojines como montañas coloridas invitaba al reposo. En la chimenea ardía un buen fuego, que chispeaba de vez en cuando. Una botella de vino estaba en la mesa acompañada por dos copas. Una ya había sido usada, pues conservaba algo del líquido carmesí en su cristalina panza. Ada sonrió al verla.

Se despojó de su sombrero y luego de sus guantes, y los colocó en una mesa con la delicadeza de una monja que entra al altar. Recorrió la habitación hasta la ventana, donde un hombre le daba la espalda. El caballero ofrecía una imagen placentera: tenía el pelo ligeramente largo, rubio y abundante como una cascada, su espalda era amplia y

no llevaba chaqueta, sólo un chaleco abierto. Las manos de Ada cruzaron su pecho para poder introducirse por la camisa y sentir su vello. El hombre giró la cara. Era una cara cuadrada, perfectamente labrada. Una ligera sombra de barba cubría su quijada firme. El pelo rebelde le cayó en la cara tapándole uno de sus ojos añiles.

—La esperaba con ansias, señora King.

—Yo también, señor Crosse.

Ada comenzó a desabrochar la camisa de su amante. Éste se volteó para hacer lo mismo con el vestido de la condesa. Se veían cara a cara como un par de recién casados a punto de saborear su noche. Las manos expertas del joven caballero lograron bajar el vestido de Ada y dejarla en ropa interior.

John Crosse la miró. Ada estaba desnuda, sin pena por exhibir su hermoso cuerpo. Sólo algunos pliegues de la sábana la cubrían. Su espalda permanecía apoyada entre las almohadas, mientras que su cabello suelto se revolvía en éstas de manera que parecía una ninfa. Una libreta era lo único que portaba, la cual leía totalmente absorta en su contenido. De vez en cuando, movía los labios como una niña que repasa su tarea. Crosse sintió un relámpago de pasión. Tuvo que aceptar que esa mujer se veía atractiva cuando demostraba su inteligencia leyendo ensayos matemáticos después de haber hecho el amor.

—Se ve hermosa. Usted es una musa del pensamiento racional —dijo en un murmullo Crosse, sentado en una de las sillas con los pies en la cama. Sólo vestía su calzón largo.

Ada bajó el libro que la había mantenido tan abstraída. Lo divisó con sonrisa picaresca y su rostro se iluminó.

—¿Le molesta que lea estas notas, señor Crosse?

—Me molestaría si no lo hiciera. El panorama que me ceden usted y el libro me colma por completo. Incluso, me apetece repetir lo anterior. Pero, sabiendo que está concentrada en sus abstracciones, me dolería interrumpirla —le planteó Crosse con un guiño.

—Entonces tendrá que esperar su turno. Deseo terminar estas notas del profesor Babbage —expuso divertida Ada, tras lo que retornó a su lectura.

John Crosse continuó contemplándola. Recordó cómo se habían conocido en la finca de su tío hacía un par de años, en Fyne Court, en las colinas de Quantock, muy cerca de donde estaban. Su padre, Andrew Crosse, le había informado que varios invitados llegarían a enterarse de sus adelantos en los experimentos con la electricidad. La

finca siempre era visitada por nobles o científicos que deseaban deslumbrase con sus planteamientos. Para John Crosse era algo aburrido y tonto. Prefería seguir su vida placentera de bailes, juergas y carreras de caballos. Mas aún desconocía por qué precisamente ese día decidió quedarse, pero nunca se arrepentiría de esa decisión.

Un científico excéntrico era su padre. Aseguraba que se podía lograr la generación espontánea, pues creía que la vida podía surgir de un perno de electricidad. Generalmente, para demostrarlo, goteaba una mezcla química sobre la piedra pómez. Luego le ponía cargas eléctricas y la piedra comenzaba a precipitar estalactitas. Días más tarde aparecían insectos de alambre, *Electrophorus acari*.

Realmente no podía explicarlo del todo, pero aseguraba que, con descargas eléctricas, se podía dar vida a cualquier parte biológicamente muerta. Lo hacía demostrando experimentos de Luigi Galvani con el cadáver de una rana: al darle un toque eléctrico con una batería, su pata se estremecía como si viviera.

Ese día había llegado la pareja de los condes de Lovelace con un amigo de la familia, el profesor Faraday, que estaba fascinado con los experimentos que se realizaban en Fyne Court. Faraday, a los ojos del joven John Crosse, era un viejo exótico como su padre. En cambio, encontró gran afinidad con la pareja Lovelace. Lord King era una persona de tratos amables y una plática pausada e interesante. Desconocía si le gustó el noble por su persona o porque le entusiasmó su esposa. La mujer era alta y elegante y tenía una inteligencia que a otros abrumaba, pero para Crosse fue el rasgo más atractivo. Inmediatamente empezó a jugar con ella mediante frases inteligentes, mientras que Lord King y el profesor Faraday siguieron absortos en las teorías de su padre. Cuando se quedaron solos en una sala, la condesa de Lovelace cambió de actitud y literalmente se le lanzó encima. Dos semanas después ya eran amantes. Ella siempre llevó el mando de la relación. Crosse sólo se dejó llevar, pues había caído rendido a sus pies. La primera vez que se vieron a escondidas en el hostal, la desnudó y, antes de llevar a cabo el acto, tuvo que confesarle:

—Condesa, debo decirle que soy un hombre casado.

—Eso me parece excelente. Al parecer, estamos en iguales condiciones —le respondió Ada.

Desde entonces, la relación de amantes se fue trasformando en algo más, en confesores que se podían platicar todo lo referente a la vida, incluso sus más grandes secretos.

—He terminado, señor Crosse, ¿me puede decir qué desea hacer ahora? —lo sacó de sus recuerdos Ada.

Ella colocó el libro a un lado y abrió las sabanas para invitar a su pareja a que se acostara a su lado. Crosse de inmediato se coló en la cama y la abrazó mientras Ada recargaba su cabeza en su pecho.

—¿Qué es eso tan importante que me obliga a esperar, señora? —le cuestionó Crosse jugueteando con el cabello suelto de Ada, que se extendía entre las almohadas.

—La conferencia del profesor Babbage en Italia. Debía revisarla para escribirle mis impresiones. Usted sabe que para mí la máquina diferencial es un tema que me importa en demasía —explicó ella tranquilamente, sintiéndose cobijada por el calor de su amante.

—Mientras que mi padre desea crear vida biológica con electricidad, ustedes desean crear vida mecánica con su artilugio… ¿Por qué todos desean perpetrarse como dioses? ¿Acaso el dios que tenemos es muy poca cosa y debemos crear uno nuevo entre nosotros los humanos? —cuestionó Crosse.

—La máquina analítica es sólo una herramienta. Lo importante es el hombre detrás de ella. Pero no es mala su pregunta. He leído un libro apasionante sobre eso… de una vieja amante de mi padre, Mary Shelley.

—Temo decirle que su esposo era el amante: Percy Shelley.

Ada golpeó con cariño el pecho de Crosse. Al abrirse ambos en sus secretos, ella narró todo el problema con su madre, la extraña obsesión debida al desconocimiento acerca de su padre y cómo ella había descubierto partes de la vida de éste.

—No sea tan rudo con mi padre, el pobre debe de estar sorprendido de que su hija ahora sea una libertina como todos los Byron.

—Le aseguro que aplaudiría sus decisiones, condesa. Pero a Lady Milbanke le daría un desvanecimiento del corazón si la viera —bromeó Crosse.

—Olvidemos a mis padres y regresemos al libro: *El nuevo Prometeo*. Es la narración de un médico que desea convertirse en Dios para crear una vida nueva a través de la corriente eléctrica y, tal como el doctor Crosse lo plantea, lo logra. Mas el resultado es fatídico.

—Lo sé. Ellos fueron muy cercanos a mi padre también. Seguramente se basó en sus ideas o en las de James Lind. ¿Por qué leyó una narración de entretenimiento si no le gustan? —cuestionó volteando a ver la cara de Ada. Ella no alzó el rostro, continuó con su cabeza recargada en el torso de Crosse.

—Para ver si había algo de mi padre encerrado en sus letras… —el hombre torció la cara con malestar. Ada en el fondo decía que no le

importaba su padre, pero siempre trataba de saber más. A su madre le prometía en las cartas que se escribían que no buscaría nada de él, mas Ada seguía haciéndolo a escondidas—. Lo siento, sé que prometí la última vez no obsesionarme con ello, pero desde que tuve ese encuentro fantástico en Mallory Park, mi vida es… complicada. A veces ni yo misma sé si algo fantástico juega conmigo o realmente soy una demente. El único lugar donde creo que está la respuesta es en la tumba en Hucknall Tockard —explicó, haciendo referencia al lugar donde reposaban los restos de su padre.

John Crosse la hizo levantarse para mirarla de frente.

—Hemos hablado de eso, querida: las hadas no existen.

—¡Pero yo las he visto! —afirmó subiendo la voz Ada, con un tono de desesperación y frustración—. Me han escrito, le he mostrado las cartas…

Crosse giró la cabeza desaprobando la plática y las afirmaciones de su amante. La quería mucho y la admiraba, pero odiaba ver cómo a veces entraba en depresiones por esas extrañas visiones. Más de una vez ella se había despertado a media noche asegurando que un hada tocaba la puerta.

—Hagamos una cosa, pero prométame que no volveremos a hablar de este tema, ¿de acuerdo? —ella afirmó con la cabeza—. Yo poseo contactos y amigos por todo el reino debido a las carreras de caballos. Tendré que ausentarme por unos meses, así que seguramente podré investigar qué sucedió con eso de las hadas. Además, pondré en claro todo lo relacionado con su padre. Pero no quiero que usted vuelva a pensar en ello, desde este momento será mi problema.

Ada lo observó con cara compungida. No sabía si su amante traería las respuestas adecuadas a su vida, que le ayudarían comprender por qué todo era tan complicado. Inclusive la relación con John Crosse le resultaba difícil de entender: ¿por qué si poseía el matrimonio perfecto había buscado otros brazos?, ¿por qué no podía dejar en paz la memoria de su padre?

—Lo prometo, pero lo extrañaré.

Crosse le sonrió y le dio un beso en la mejilla. Ella se lo devolvió, pero en la boca. El pequeño beso se convirtió en uno más largo. Los dedos de Crosse entraban y salían por el pelo de Ada como si nadaran en una marea azabache. Ella apretaba con las yemas de sus dedos la piel de su amante como si fuera la única cosa a la que pudiera aferrarse. Entonces, volvieron a retomar la pasión.

Ada Lovelace pasó el resto del verano en su casa de campo en Somerset al lado de su familia. Sabía que su ensoñación y esos días de

tranquilidad terminarían al regresar a Londres, donde retornaría a ser la importante noble dama y donde su madre la esperaba, situación que no era para nada de su agrado. Después de su encuentro con John Hobhouse, con el que continuó escribiéndose, la relación con su madre se volvió fría. Ada pensaba que el hecho de haberla desobedecido casándose con William King fue contraproducente. Cuando Lady Milbanke recibió la nueva sobre el matrimonio de su hija, montó en cólera y no dejó de gritar cosas que durante mucho tiempo dolieron, pero con los años había perdonado. El mismo William King tuvo que hablar con ella para lograr tranquilizarla. El encuentro fue sin Ada, que se quedó en la sala, nerviosa, y fue reconfortada por el señor Peabody.

Al final, su madre aceptó de mala gana. Para Ada, esa actitud sólo era parte de una pantomima alzada en su contra para que recayera la culpa en ella, pues conocía las debilidades de su madre: no era ningún misterio que con mucha probabilidad se alegró de saber que William King, aparentemente un hombre sin futuro ni herencia, era un conde y terrateniente con grandes extensiones de propiedades. No sólo el poder económico era lo que atraía a su elitista madre, sino el linaje de la nobleza. Ada entendía que ella lo aceptaba porque su nuevo marido era tan poderoso y famoso como lo fue su padre en su época.

La muchacha al principio recibió los comentarios agrios y cizañeros de su madre sobre el señor King, pero poco a poco fueron desapareciendo hasta que la relación entre ambos fue amable, hasta cercana. Al mismo tiempo, familia y conocidos se alegraron de que se desposara con un hombre sosegado y sereno. Algunos lo consideraban poco inteligente, pues en las reuniones de matemáticos y físicos el conde de Lovelace sólo sonreía sin entender los complicados planteamientos matemáticos. Pero Ada comenzó a conocerlo más e, increíblemente, a enamorarse de él. Era un hombre sin complicaciones que sabía sus limitaciones, pero Ada reconocía sus virtudes: era un gran ingeniero y constructor, además de un apasionado de las ciencias naturales.

Con esa vida apacible que tuvieron al comienzo de su matrimonio, entre paseos en el campo y reuniones amistosas, no fue difícil que Ada se embarazara de inmediato. Eso truncó sus estudios, pero su hijo Byron le cambió la forma de ver su vida. Ya no seguía pensando, como cuando era joven, que todo humano al final es un número: al sentir la piel de su hijo recién nacido, se negó a pensar que ese pequeño ser fuera una cifra más en la humanidad. Tanto fue su cambio de actitud que, aun a pesar del enojo de su madre, lo bautizó como su padre:

Byron. Desde luego, como recompensa por haber aceptado que su primogénito recibiera ese emblemático nombre, el segundo retoño, su hija, recibió el nombre de su madre: Anna Isabella.

Los años pasaron con viajes al campo en los veranos y la vida en Londres en los inviernos. Los niños crecieron, y llegó el tercero, Ralph. Ada no estaba del todo desconectada del mundo científico, pues continuaba asistiendo a reuniones con Babbage, Michael Faraday, Charles Wheatstone o Sir David Brewster. La estrecha relación con el colérico profesor se incrementó con el intercambio de múltiples cartas. Ella jugaba con picardía en sus comentarios hacia el viejo, que seguía en su cruzada legal para prohibir la música en las calles de Londres, y éste siempre le respondía con el cariñoso apodo de mi Encantadora de Números.

—Bueno, las noticias son éstas, condesa —expuso Peabody sentándose en el sillón junto a Ada.

Ella permanecía en una ensoñación gracias a su brebaje medicinal de alcohol con droga, observando cómo sus hijos jugaban en el suelo. Encima de ellos se veía un gran retrato de ella, la condesa de Lovelace, que había mandado a hacer el conde para decorar la sala. En éste se la veía tranquila y con un vestido de tendencias griegas. Ada lo había pedido así, en reminiscencia de la astrónoma Hypatia, quien había servido de inspiración para su vida.

—¿Buenas o malas noticias, señor Peabody? —cuestionó Ada a su secretario.

Peabody poco tenía que hacer ya con su madre, que se la pasaba casi todo el tiempo litigando en sus cruzadas sociales en Londres. Ada necesitaba a alguien que le ayudara en sus estudios personales, alguien que pudiera tomar notas o escribir ecuaciones mientras ella ejercía el papel de señora de la casa. Peabody fue su única opción y éste lo aceptó con cariño. Se mudó con sus dos hermanos a una casa cercana a la mansión de los Lovelace. Para el conde fue un alivio contar con alguien que acompañara a su esposa, pues los últimos años su salud había ido en decrecimiento después del nacimiento de su último hijo.

—Buenas, desde luego. ¿Cuándo he dado malas noticias, querida? En Turín se llevó a cabo ya el segundo congreso de científicos italianos. La ponencia del profesor Babbage fue un éxito al parecer. Hubo también sesiones de discusiones en las que participaron Babbage, el astrónomo italiano Ottaviano Mossotti y el joven matemático Federico Luigi, conde de Menabrea, quien tomó notas de la conferencia y acaba de publicarlas: “Notions sur la machine

analytique" en la revista suiza *Bibliothèque Universelle de Genève*.

Peabody en aquel momento sacó de un sobre la revista. Para Ada fue una sorpresa, su cara resplandeció como cuando su madre le regaló su primer libro, el *Women's Almanac*. De inmediato la ojeó para encontrar el artículo de su profesor.

—¡Maravillosas noticias, señor Peabody! ¿Cómo supo esto?

—Acabo de recibirla, se la ha mandado directamente a usted su amigo el profesor Wheatstone. Ese viejo egoísta debió hacerlo, pero ni siquiera tuvo la amabilidad con usted… —explicó el hombre con porte digno y quejumbroso.

—Así es nuestro profesor Babbage… —lo disculpó Ada a la vez que examinaba el contenido de la revista—. Lo mejor será escribirle para remitirle unas felicitaciones.

—No creo que merezca tanta amabilidad, mas es su decisión.

—Lo es, señor Peabody. Tráigame papel y tinta para hacerlo, ¿sabe dónde se encuentra Lord King? —pidió Ada al mismo tiempo que limpiaba la mesa frente a ella para poder redactar la epístola.

—En espera de los invitados.

—¿A quién tendremos en casa ahora? —cuestionó la condesa extrañada.

—Gente del Parlamento para arreglar algunos conflictos territoriales… Y la baronesa Noel Byron Milbanke, que llega hoy para pasar unos días con sus nietos.

Al escuchar eso, Ada elevó la cara hacia Peabody con gesto turbado y articuló con un acento de desasosiego:

—¿No acaba de decir que nunca da malas noticias, señor Peabody? —Peabody se levantó cerrando los ojos como una dama a la que le critican su vestimenta.

—Para mí, son buenas nuevas. No lo sé para usted, pero su madre siempre ha sido encantadora con mi persona.

—Es un adulador, pero debo recordarle que Lord King es ahora quien paga sus labores, señor Peabody —concluyó Ada menos incómoda por la noticia.

Dando por concluida la conversación, tomó la revista para leer los apuntes de Menabrea. Peabody simplemente se quedó contemplando los juegos de los dos niños.

El artículo de Menabrea circuló por Francia, mas estuvo muy lejos de crear la ola de admiración que Babbage esperaba. Ningún matemático o físico fuera de Inglaterra sintió curiosidad por su máquina, menos aún en Francia, donde se había gastado una fortuna en lograr levantar el proyecto de la empresa Prony sobre las tablas de

algoritmos. Para los franceses era una cuestión de negocios: un libro con los resultados era más factible comercialmente que la construcción de un aparato tan complicado. Babbage no dejó de quejarse en cartas a Ada sobre la corta vista que poseían los países ante la invención, pero no daba explicaciones sobre su actitud déspota ante el mismo gobierno inglés, que en un principio lo había apoyado y, ahora, según su filosofía personal, era el culpable de todos los males.

Entre los conocidos del matrimonio Lovelace se encontraba Charles Wheatstone, un destacado científico que estaba laborando en un proyecto de comunicación por impulsos mediante un código establecido por un círculo que rotaba indicando la letra enviada. Wheatstone era lo contrario de su compañero Babbage, con el que no sólo había compartido los estudios de juventud, sino varios éxitos en la realización de proyectos comunes. Sereno, tranquilo y reflexivo. Poco dado a las explosivas acciones del colérico Babbage, y generalmente un caballero de pocas palabras. Para Ada, Wheatstone era una versión veterana de su esposo William King, quizás por ello le profería un cariño amistoso incondicional. Y fue de él la idea de que Ada tradujera el artículo de Menabrea del francés al inglés, sin el conocimiento de Babbage, para divulgar y ayudar a impulsar el proyecto. No sólo el científico estaba ayudando así a su amigo, sino que sabía que Ada era la única persona capaz de lograr una pieza con todos los conocimientos de la máquina diferencial o su versión avanzada, la analítica. En un principio Ada no sabía qué contestar ante esa propuesta, pero su esposo secundó la moción con profundo convencimiento, indicándole las ventajas de dicho compromiso: ella dominaba bien el francés, conocía a la perfección las máquinas y éstas eran su obsesión.

El resto de esa semana, en espera de la llegada de su madre, y posiblemente como pretexto para mantener la cabeza ocupada en algo que no fuera la confrontación con su progenitora, Ada realizó la traducción. El día que la carreta de la baronesa Noel Byron Milbanke arribó a la casa de campo, ella le mandó a su amigo y protector Charles Babbage el escrito, informándole de su sorpresiva labor.

—El profesor De Morgan me ha escrito una carta en la que indica que si usted, hija, hubiera sido un joven estudiante de Cambridge, habría llegado a ser un investigador matemático original, quizás de primera categoría —comentó su madre caminando por la terraza al lado de su hija mientras sus nietos Byron y Annabella jugaban con los perros que habitaban Ashley Combe.

—Gracias, madre. El profesor De Morgan ha sido una gran ayuda en sus clases por correo. Sin él, nunca hubiera alcanzado el nivel requerido para poder entender los escritos de Menabrea sobre la máquina de Babbage —puntualizó al tiempo que resonaban las risas infantiles.

—Pero, querida, tal vez la relación con ese excéntrico hombre, Babbage, no sea del todo adecuada para su desarrollo —opinó su madre virando para observarla.

—Mi vínculo con el profesor Babbage es algo más que una simple relación de maestro —explicó, molesta porque sabía que nada podía ser bueno para su madre. Si alguien daba una opinión buena sobre ella, siempre su madre la opacaría con alguna mala.

—¿Está… con él? — balbuceó pasmada Lady Milbanke.

La expresión de Ada fue deformándose ante la insinuación. Se detuvo en su paseo y trató de contenerse, pues sabía que estaban en presencia de sus hijos.

—¡Madre! ¡Por Dios, que todo lo que pasa en su cabeza es sucio y pecaminoso! El profesor Babbage tiene hijos de mi edad… ¿Cómo podría?

—Bueno, una nunca sabe… —lanzó con indolencia su madre.

—El profesor Babbage y yo somos amigos, muy buenos amigos — gruñó la condesa Lovelace disgustada por la simple alusión. Su madre no pareció advertir la molestia—. Aparte, él me acaba de responder sobre mi traducción y me ha preguntado por qué no escribí un trabajo original sobre el tema, que yo domino tan bien.

—Es lógico, porque aún no posee el reconocimiento académico de Mary Somerville, ¿no se da cuenta de que se convertiría en el bufón de Londres? —explicó alzando sus hombros.

Ada cerró sus ojos, sintiendo cada palabra como un golpe en su estómago.

—No discutiré hoy con usted, madre. Desea enojarse con alguien, y le digo que estoy demasiado contenta para hacerlo. Simplemente diré que mi respuesta fue que no se me había ocurrido esa idea.

—No sea tan sensible a los comentarios, Ada Augusta. Lo hago por su bien. Estoy seguro de que Lord King favorecería mi opinión.

—Se equivoca, mi esposo y el profesor Babbage hicieron la sugerencia de que añadiera notas a la traducción. Idea que fue aceptada inmediatamente por mí. Ésa es mi razón de la felicidad, pues William ha hablado con un amigo de Londres, Richard Taylor, el editor de *Scientific Memoirs*, para la publicación de mi artículo — formuló Ada tratando de no sobresaltarse más, y añadió de manera

seria—: para mí eso es suficiente para celebrar. Por ello he decidido tener una cena agradable. Me encantaría compartirla con usted, madre.

Al ver que no decía nada, inclinó la cabeza. Pidió a las institutrices de los niños que regresaran a la casa para la merienda y para que ella se arreglara de cara a su cena. Dejaron atrás a su madre, que se quedó rumiando su molestia. Con desagrado tuvo que acelerar sus pasos para alcanzarlos.

La cena no comenzó bien: la baronesa Noel Byron tardó más de una hora en bajar de sus aposentos. Lord King estaba molesto y Ada no dejaba de beber el brebaje medicinal para acallar las molestias. Ella se dio cuenta de que había tomado demasiado cuando trató de servirse una tercera copa y el brandy se derramó por la mesa. Su mano temblaba y al hablar tenía que hacerlo despacio, si no se comía las sílabas. Dejó de beber, mas ya fue tarde: su sangre estaba encendida.

Al presentarse su madre sólo preguntó por la comida, ya que estaba hambrienta. No hubo disculpas. Eso la encolerizó más. Lord King notó que estaba fastidiada y susceptible a cualquier comentario inoportuno, por lo que le tomó la mano y se la besó.

—¿Está segura de que desea cenar, mi querida condesa?

—Claro, he pedido a la servidumbre un menú especial con faisanes y trucha… ¿Por qué habría de cancelarla? —respondió excitada.

Los tres se sentaron a la mesa. El señor Peabody, invitado a la reunión, había tenido que cuidar a su hermano menor, que tenía fiebres. Al morir su madre, se había convertido en el pilar económico de su familia. El hecho de que no estuviera no le gustó a Ada, pues su secretario sabía controlar los desplantes de su madre.

—He sabido que han estado frecuentando al doctor Andrew Crosse en Quantock.

—Bueno, Lady Milbanke, para mí su labor es excepcional. Ha abierto un capítulo sobre el entendimiento de lo que es la vida. Después de leer *Vestiges of the Natural History of Creation*, he quedado impactado por los planteamientos ahí mostrados. La condesa, el hijo del doctor Crosse, John, y yo hemos decidido escribir una reseña del libro y hablar sobre los descubrimientos encontrados.

—¿Acaso el hijo del doctor Andrew Crosse no posee una mala reputación? Me han dicho que su matrimonio fue forzado por el embarazo de una muchacha y que se dedica a despilfarrar fortunas en las carreras de caballos.

—John no es científico, si a eso se refiere. Pero le puedo asegurar

que es un gran amigo mío y de la condesa —explicó sonriendo Lord King mientras disfrutaba el plato de faisán con melocotones dispuesto por Ada. En cambio, su esposa no probaba alimento, sólo escuchaba con la cabeza baja, como niña regañada.

—Hay que tener cuidado con las amistades, Lord King. Como puede ver, Londres es pequeño y nunca se sabe qué dirán de ustedes —sentenció su madre.

—Y eso, desde luego, mancharía su pulcro historial de santidad —gruñó Ada.

Su esposo se atragantó con el pedazo de ave y trató de hacerla callar con su mirada.

—Bueno, lo digo en beneficio de ustedes. El mundo científico está lleno de charlatanes —masculló la baronesa Noel Byron limpiándose la boca.

—¿O de poetas destruidos por sus mujeres?

La baronesa Noel Byron no logró quitar la mirada de su hija. Ella la sostuvo con los puños cerrados, como quien mantiene su mano en el carbón encendido.

—¿Por qué insiste con esas tonterías, Ada Augusta? ¿Cree que encontrará algo nuevo de usted misma haciendo referencia a George?

—Quizás así sea, madre. Yo no sé si usted se haya comprendido alguna vez. Desconozco si cada mañana se levanta y al mirar a la mujer del espejo se dice: "Ésta soy yo y estoy feliz de serlo". Si así es, la felicito, pues no creo que ninguna mujer lo haga.

—Hay que aceptar lo que Dios nos dio. Creo que es tonto recordarle que usted ha sido una elegida, pues ha recibido en demasía las bendiciones de la vida.

—Mas pocas respuestas. Yo me veo cada mañana en el espejo y me pregunto: "¿Quién es esa mujer?, ¿es el mismo rostro con el que me acosté anoche?" —respondió con voz pausada pero templada. Ada estaba molesta de ser un títere de su madre, deseaba terminar con los comentarios sobre lo bien o mal que hacía cada cosa en su vida.

—¡Mírese, niña! ¡Es una Byron! Una condesa con poder, tierras y niños maravillosos. ¿Sabe cuántas mujeres en el reino desearían eso? —inquirió la noble señalando a su hija—. No creo que la mujer que hace los quesos en el campo se levante y piense si es ella la mujer correcta. Sencillamente se levanta a hacer quesos, y ya.

—¿Realmente lo cree, madre?, ¿está segura de que una mujer del pueblo no posee dudas ni vacilaciones, que nunca se pregunta por qué de ser una dulce niña terminó siendo una bruja amargada que sólo espera que su marido se muera y sus hijos se vayan?

Lady Milbanke dejó sus cubiertos a un lado, alzando la mirada hacia su yerno, que permanecía en silencio al extremo de la mesa.

—No sea dramática, Ada Augusta. Eso es de su padre y me parece repugnante —coló el comentario con frialdad.

Ada tuvo que matar una risa falsa y cargada de desesperación. Se levantó súbitamente y se situó al lado de la baronesa con los puños cerrados, que apretaba con tanta fuerza que se dañaba las palmas.

—No he dejado de preguntarme algo: si padre era tan repugnante, ¿cómo es que pudo tocarlo para procrearme, madre?, ¿era tan aberrante que la amarró a la cama para exigirle cumplir su papel? ¡Pobre Lady Milbanke, que se rebajó a ser el objeto de los oscuros deseos de su marido para que una bastarda saliera de sus entrañas! —comenzó a gritarle Ada salpicándole saliva.

La baronesa escuchó sin voltear a verla, sino con su vista al frente. Mas ante las últimas palabras recriminatorias, reaccionó como un rayo: se levantó y le soltó una bofetada a Ada. El golpe fue tan sonoro que el eco se quedó retumbando en el salón. Un grito de dolor emitió Ada al girar por el impacto. El labio le sangraba como cuando de niña recibió la reprimenda por leer la poesía de su padre. La comisura de la boca estaba abierta. El daño lo había infligido de nuevo el anillo de la familia Noel. William King se levantó de golpe, pero no actuó, sólo se quedó pasmado, esperando que un milagro disolviera el conflicto.

Ada se limpió la sangre de la boca. Vio en sus dedos el líquido carmesí y la rabia desapareció en ella. Al contrario de lo esperado, una gran sonrisa burlona se formó en sus labios pintados de su líquido rojo.

—Igual que cuando niña… Aún recuerdo que me decía que a las amigas no se les hacia daño, madre. Nunca debí creerle.

Anna Isabella Milbanke estaba molesta, sosteniendo sus impulsos con la fisonomía de la leche amarga. Suspiró tomando una bocanada de aire para decir:

—¿Sabe por qué me separé de su padre?

—Porque tenía relaciones con tía Augusta. Madre, eso lo sabe todo Londres —contestó sin borrar su semblante sarcástico.

—Medora, su prima Lizzy, es su hermana. Ella es hija de su padre. Por eso la he ayudado desde que encontró la desgracia en esa relación trágica con ese hombre.

Ada recibió la noticia como una gran sorpresa, pero el rostro continuó con la expresión desafiante. Nada nuevo ya le alteraba sobre su padre. Sabía que era capaz de eso y más, pero había aprendido a aceptarlo.

—Es algo que suponía, sólo me confirma sospechas —exclamó Ada —. Ahora, ¿qué hacemos, madre, lloramos juntas porque se enamoró de un depravado que se acostaba con griegos, amigos y su propia hermana? Lo siento, pero no le haré coro. A diferencia de usted, para mí la vida de mi padre es cosa del pasado. No pienso cargarla el resto de mi vida.

Lady Milbanke continuó con la mirada dura, buscando una respuesta para lo que era el rompimiento con su hija. Permanecieron así, calladas y rumiando cosas que ya nunca se dirían, pues ninguna las exteriorizó. Bajó el rostro la baronesa y volteó hacia su yerno, aterrado en la mesa sin saber qué hacer.

—Lord King, agradezco la invitación a su casa. Fue un placer estar con los niños. Deseo que se despida de ellos en mi nombre, mañana partiré al amanecer. Ya no soy bienvenida en esta casa.

Lady Milbanke se perdió tras la puerta. Las pisadas por las escaleras retumbaron por la casa. Ada no se movió ni atisbó la partida de su madre. Su esposo carraspeó para limpiarse la garganta y poder hablar, aunque era más que obvio que no lo deseaba hacer:

—Creo que necesita hablar con su madre…

—No, lo que necesito es que se largue de mi vida y así yo pueda trabajar en los apuntes del profesor Babbage —comentó con insensibilidad.

King alzó la ceja al escuchar la respuesta.

—Mi querida condesa, ¿cree que es el momento de pensar en esa tonta máquina?

Ada viró para poderlo enfrentar y dio un golpe en la mesa:

—No, es el momento de que siga callado, William King. Si desea ayudar, haga lo que mejor le sale: ser invisible.

La puerta se abrió sigilosamente, sólo una rendija que logró apenas cruzar la aguileña nariz de Peabody como un sabueso olisqueando el ambiente. Al comprobar que había silencio y tranquilidad, abrió el resto para pasar su pesado cuerpo. Peabody se quedó detenido en el umbral del salón que ocupaba Ada para sus quehaceres. Con la cara sorprendida y la quijada calada ante la visión, dudó si acaso no era lo correcto ir por la ayuda de una sirvienta para arreglar ese caos. Sus pensamientos de inmediato despejaron las dudas: si había alguien de confianza, era él.

Cerró la puerta pasando el cerrojo para que nadie pudiera descubrir la imagen del cuarto volcado. Al parecer, Ada había tenido un arrebato de ira. Varias botellas estaban estrelladas en el piso y las

paredes. Había algunas en la mesa, vacías. Lo que él supuso que había estado bebiendo era el elixir recomendado por los doctores para librarse de los dolores: brandy, vino, cerveza, opio y morfina. Había libros sueltos, algunos rotos. Muchos deshojados. Peabody alzó un par de las hojas arrancadas. Pertenecían a tratados aristotélicos y de lógica matemática.

Ada Byron estaba sentada, o al menos trataba de estarlo, aferrándose a la mesa con la cara sobre ésta. Una mirada hueca se perdía en la ventana abierta. Los ojos apenas dejaban visualizar algún rastro de vida. Tenía la boca abierta y un charco de saliva mojaba su cachete. Parte de su vestido había sido arrancado, seguramente por tratar de quitárselo mientras estaba drogada. El rostro de Ada estaba pálido, como si se hubiera convertido en mármol. Su pelo estaba agitado y revuelto, muy diferente a como lo acostumbraba llevar. Ada levantó sus ojos inyectados en sangre hacia su secretario.

—¿La ha visto, Peabody, vio sus hermosas alas? —dijo señalando la ventana abierta—. Había una pequeña hada revoloteando ahí.

—Sólo veo a una mujer que posee todo y está destruyéndose —gruñó el hombre, mientras recogía botellas y vasos sucios.

—Me han visitado las hadas. Me han dicho que debo escribir las notas del profesor…

Peabody se detuvo en su limpieza. Volvió a dejar todo en la mesa con un suspiro y se sentó al lado de su ama, que apenas podía mantenerse erguida.

—Querida, debe dejar de tomar eso. No le está haciendo bien.

—El dolor, Peabody… Temo que si lo dejo de tomar, el dolor me mate —murmuró Ada, recargándose en la mesa con la vista perdida.

—Eso lo resolveremos después. ¿Qué está sucediendo realmente aquí?, ¿se trata de algo más que un desplante de la niña consentida, verdad?

Ada continuó con la mirada perdida, un par de lágrimas nublaron su vista. Su voz interna pareció retumbar en su interior:

—Patética, ahora lloras porque tu mundo no puede ser racional como tus ecuaciones…

—Crosse no está, salió de viaje… Lo extraño —se abrió con Peabody.

Para su secretario no era tan lejana la idea de que Ada estaba viéndose con John Crosse. Sabía que ella mentía sobre los supuestos encuentros con científicos. Peabody gesticuló condescendientemente y abrazó a Ada:

—Lo de su madre…

—Ella me odia.

—Ella odia a todos, no se sienta privilegiada, pequeña —expuso rápidamente para cortar ese planteamiento. Ada le sonrió aderezando su gesto con una lágrima, mitad dolor, mitad sonrisa—. Lady Milbanke está desesperada por tener el control y vio que ya no puede tenerlo.

—Yo he dejado de ser propiedad de mi esposo y de mi madre.

—Entonces levántese, tome un baño y trabajemos en estas cosas del viejo gruñón. Si desea dejar de ser alumna, yo recomiendo que no actúe como chiquilla. Escriba esas notas y haga su mejor trabajo.

—¿Cree que podré hacerlo? Debo unas disculpas al conde, creo que fui dura con él —dijo Ada levantando su cara y limpiándose las lagrimas.

—Fue él quien me mandó con usted. Sabe que el conflicto con su madre la alteró. Arréglese, duerma una siesta y estoy seguro de que todo lo verá distinto —le indicó como si fuera su institutriz.

—¿Lo cree, señor Peabody?

Ada tomó su mano y la besó. Luego se recostó en las piernas del hombre gordo y acomodó sus pies en el sillón. Peabody le hizo cariños en la cabeza para tranquilizarla. Se detuvo al oír cómo la respiración de la mujer cambiaba: se había quedado totalmente dormida.

Ada se despertó. Vislumbró con dolor lo sucedido: se había dormido en el sillón. Una manta la cubría, seguramente Peabody se la había colocado. Sintió un poco de dolor en la espalda por la posición incómoda. Se restregó los ojos con los puños para despabilarse, pero eso le desató un malestar en la cabeza. Se volvió a recostar con los ojos cerrados mientras un murmullo de dolencia resonaba en su interior. Olfateó y descubrió el reconfortante olor a té recién hecho. Abrió un ojo, sólo uno, para evitar el dolor. La vista reveló a Peabody sirviendo dos tazas de una tetera humeante.

—Buenos días, condesa.

—¿Es de día, señor Peabody? —cuestionó Ada incorporándose y estirando sus brazos.

Recibió la taza humeante. La bebió en pequeños sorbos, tratando en cada uno de recordar lo ocurrido. Peabody se colocó a su lado con una pequeña mesa plegable. Sobre ésta, un platón con pastas y jalea de moras. Ada por fin pudo abrir sus ojos. Miró a su alrededor, había caos en el lugar, como la otra vez, pero de distinto modo. Parecía que una manada de caballos había cruzado la sala: papeles tirados, manchas de tinta en el suelo, un par de botellas volcadas y platos con

rastros de comida.

—Así es, condesa, un nuevo día. Lleva dos días metida en sus apuntes. Creo que es hora de pasarlos en limpio y mandarlos al viejo cascarrabias —explicó Peabody.

—¿Dos días, no me dormí en sus piernas después de hablar? —murmuró con pesadumbre.

Advirtió su vestido manchado de tinta y rastros de comida. Otros borrones de colores rojos ni siquiera los reconocía. Esperaba que no fueran de sangre.

—Sí, así fue. Luego se despertó y trabajó… Se volvió a dormir, siguió trabajando.

—¿Los niños, el conde? —recapacitó atolondrada.

—Más que bien. Le aseguré a Lord King que usted tomaría el almuerzo con ellos. La invito a que terminemos lo de las preguntas para que se engalane.

Eran constantes sus despertares sin recordar lo realizado anteriormente, pero nunca habían sido olvidos de dos días. Giró su cabeza reprochándoselo, entendiendo que durante ese tiempo su otra faceta, la de la Encantadora de Números, había tomado las directrices de su vida. Al menos sabía que había estado trabajando y no haciendo locuras, como a veces le pasaba.

—Bueno… Deseo que recoja mis notas. Páselas en limpio, señor Peabody.

El secretario tomó los papeles regados, sacó unos pequeños lentes para llevárselos a la cara y se puso a ordenarlos según los iba leyendo. Algunas hojas eran simplemente apuntes con números y cuentas, que hizo a un lado. Otras eran las notas pedidas por Babbage para la traducción de su ponencia. Venían numeradas y etiquetadas por letras. Teniendo consigo todo el documento, se sirvió un poco de té para leerlo con atención. Ada quedó a su lado comiendo las pastas con jalea. Sentía un vacío en su estómago. Se preguntaba si realmente había comido durante ese tiempo, pues el hambre comenzaba a tomarla presa.

Mientras terminaba de devorar con ansiedad el plato de bocadillos y dos tazas de té más, Peabody leía atónito, consumiendo con la vista las páginas, que giraba una a una lentamente.

—Es… —balbuceó— un gran trabajo. Usted acaba de aterrizar todos los planteamientos del doctor Babbage de manera sencilla. La prosa no puede ser más adecuada y el tono ligero me engalana la vista. Felicidades, condesa.

Las cifras que había escrito aparecieron con las voces de lo

planteado en su cabeza. En un segundo, como si hubiera recibido un chorro de agua fría en la testa, Ada recordó las notas plasmadas en el escrito. Una ligera sonrisa se le pintarrajeó en el rostro. Al tenerlas juntas en su memoria, sabía que eran sobresalientes.

—Como puede ver en la nota G, he estado calculando por mi cuenta las soluciones con las que la máquina debería ser procesada, para así demostrar su eficiencia: números que aparecen como los coeficientes de la representación en serie de potencias de la función generatriz, x(exp(x)-1) —le dijo Ada tomando una hoja de apuntes del suelo llena de ecuaciones.

Peabody tomó las notas de Ada, en ellas había una anarquía de figuras geométricas, ecuaciones y cálculos que parecían los apuntes de una psicópata. Luego leyó la nota G, como Ada le había pedido. En ella se vislumbraba orden: una coordinación perfecta. Era como si dos personas distintas hubieran escrito cada papel.

—¡La propuesta es crear programación para generar los números Bernoulli!

—Bueno, el mismo Menabrea señaló en su conferencia que la máquina analítica puede, a través de su programación con las tarjetas, resolver cualquier cálculo analítico… Sólo hay que pensar que los cálculos aritméticos se realizan con la suma, resta, multiplicación y división. Si minimizamos ese pensamiento, los cálculos analíticos pueden reducirse a una serie de computaciones que involucran esas cuatro operaciones.

—Pero veo que usted, mi querida condesa, va aún más lejos y hace la aguda observación en la nota A: "… por la palabra *operación*, nos referimos a cualquier proceso que altere la relación mutua de dos o más objetos, sea cual sea el tipo de relación. Ésta es la definición más general y que incluiría a todos los objetos del universo…" —a Ada se le encendió el rostro con una expresión de beneplácito. El señor Peabody soltó un silbido. Lo apuntado ahí era provocador. La mujer le pidió con señas que siguiera leyendo. El obeso hombre se acomodó sus espejuelos y continuó—: "La máquina analítica podría actuar sobre otros objetos no numéricos, de hallarse objetos cuyas relaciones mutuas fundamentales puedan ser expresadas por la ciencia abstracta de las operaciones y sean también susceptibles de adaptarse a la acción de la notación operativa o los programas a través de las tarjetas y el mecanismo de la máquina. Supongamos, por ejemplo, que las relaciones fundamentales de los tonos de voz en la ciencia de la armonía y de la composición musical fuesen susceptibles de tales expresiones y adaptaciones, la máquina entonces podría componer

piezas musicales elaboradas y científicas de cualquier grado de complejidad o alcance" —Peabody bajó los papeles y los colocó en sus piernas. Ada se había levantado y daba vueltas en la sala como tigre enjaulado. Su secretario alzó la mano para detenerla. Tanto exceso de nerviosismo y actividad la estaban haciendo susceptible de enojarse—. Calma, señora King —dijo primero, luego señaló su asiento, que había dejado como una niña con demasiados dulces. Ada retornó a éste con la cara compungida—. Ahora bien, deseo que me corrija si me equivoco, pero ¿en este punto indica que la máquina, si se otorgan valores a las notas, puede hacer música?

Ada alzó los hombros como si lo que acabara de decir Peabody fuera lo más lógico del mundo, como si hubiera preguntado: "Si suelto una manzana, ¿caerá al piso?"

—La música está basada en parámetros numéricos… Un ritmo es una secuencia, no veo el problema en que mi propuesta se haga realidad.

Peabody dejó salir un suave quejido agudo.

—¿Sabe lo que el profesor Babbage va a decir de esto, sabiendo cuánto odia la música?

—Hay que dar una visión sobre el vasto alcance general de la aplicación de la máquina analítica, más allá de su utilidad para cálculos y análisis puramente matemáticos —explicó con tono severo. Luego se llevó la palma de la mano a la boca, como una pequeña que fuera a dejar escapar una mala palabra—: ¡Que se joda el profesor Babbage!

Peabody dio otro grito al oír la expresión. Ambos soltaron una carcajada estrepitosa. Fueron tan sonoras que los niños de Ada entraron al cuarto corriendo y admirados. Annabella y Byron preguntaron, como si desearan ser parte de la broma:

—¡¿Qué pasó, mamá?! ¿De qué se ríen?

Ada se levantó seria, tratando de recobrar su actitud de madre, pero la risa se le escapaba entre los dientes:

—El señor Peabody se equivocó en una ecuación… Regresen con sus nanas, pronto estaremos listos para el almuerzo.

Ada les dio un beso a cada uno y los niños salieron por la puerta murmurando a disgusto que no eran parte del chiste. Ada retornó a su lugar. Las miradas entre los dos adultos se cruzaron. Sin poderlo controlar, se volvieron a reír.

—Sigamos trabajando, Peabody —calmó la delirante risa y tomó sus papeles para ofrecerle el siguiente punto a su secretario—. En otra parte de la nota A, refiriéndome a la utilidad práctica de la máquina

analítica, anoto la posible existencia de aplicaciones que aún no se pueden anticipar, pero que estoy segura de que saldrán a relucir posteriormente, a medida que avancen los requerimientos de las ciencias.

—¿Cómo?

—No lo sé, señor Peabody. ¿Podrá imaginarse que guarde mapas, haga dibujos o pueda almacenar libros completos encriptados?

Hubo un silencio. Peabody levantó las hojas y releyó las partes importantes que Ada había introducido. Volvió a soltar el grupo de papeles en su rodilla.

—Usted podría ser quien llevara este proyecto, lo digo con sinceridad. Babbage es un testarudo. Su propio carácter es lo que lo está llevando a la perdición.

No era algo nuevo ese planteamiento. Esa idea ya había rebotado varias veces en la mente de ella. Simplemente sirvió un poco más de té y lo bebió recargada en el sofá.

—No podría. Es algo más que un maestro…

—Bien, entonces mándele al viejo gruñón estos magníficos apuntes y ojalá que no estemos haciendo un bien que termine en mal.

Ada tomó las notas. Sus ojos escalaron las letras zigzagueando los renglones de los apuntes que había hecho sobre la traducción. Se dio cuenta de que sus notas eran mucho más largas que la misma ponencia del científico italiano.

—Para serle sincera, señor Peabody, yo también lo espero —declaró Ada, quien sólo pudo completar su opinión soltando un largo suspiro que se perdió en la duda de sus actos.

Ada mandó su escrito para que lo leyera el profesor Babbage y pudiera aprobarlo para su publicación. La respuesta fue inmediata, pues el profesor estaba impresionado con la visión expresada por Ada; en su contestación expuso que, cuando tuvo en sus manos el manuscrito de la nota A, saltó maravillado por la ponencia: “Estoy muy renuente a devolverle la admirable y filosófica visión contenida en la nota A. Le ruego que no la altere y que me deje tenerla de vuelta el lunes”.

Otra nota que Babbage sintió más que correcta ante las posiciones encontradas de sus detractores fue la G: “La máquina analítica no tiene ninguna pretensión de originar nada. Puede hacer cualquier cosa siempre que conozcamos la manera de programarla para que proceda a obtener el resultado deseado. Puede seguir análisis, pero no tiene la capacidad de anticipar relaciones analíticas o verdades. Su función es asistirnos poniendo a nuestra disposición resultados de los cuales ya

conocemos la manera de obtenerlos". Con esa observación disipaba cualquier duda de los religiosos que los atacaban por, a su juicio, tratar de crear una máquina que desplazaría al humano.

Babbage estaba conmovido, así que retomó el tema para buscar apoyo financiero. En el mismo párrafo Ada hizo el señalamiento de la rapidez y la facilidad con que la máquina analítica podría realizar los análisis, lo cual supondría un beneficio indirecto para el entendimiento más profundo y, en definitiva, favorecería la expansión de los conocimientos humanos.

Ada Byron, feliz por los comentarios aprobatorios, contactó con ayuda de su esposo al editor. Pronto se pusieron a trabajar en la publicación de las notas, pero había el inconveniente de que no sabían cómo colocar la firma del autor del artículo. Ada estaba segura de que su ponencia perdería fuerza si el mundo intelectual se enteraba de que había una mujer detrás. Por un momento pensó que lo correcto sería publicar el escrito con un seudónimo o sin firma. Pero cuando su esposo lo leyó, dio la opinión de que tan magnífico trabajo debía llevar el nombre de su autora:

—¿Acaso los pintores no plasman sus mejores lienzos con su firma, mi querida condesa? —le cuestionó.

—Son hombres… —contestó Ada.

Pero su esposo no se dejó convencer: recomendó que las notas estuvieran acompañadas por sus iniciales o que directamente escribiera su nombre completo.

La familia Lovelace salió de su retiro en el campo para regresar a Londres. El motivo era la edición de las notas de Ada; ella misma deseaba ser quien llevara el mando y desarrollo del proceso. Londres se encontraba terminando el verano y en espera de recibir el otoño lluvioso. A Ada lo único que la disgustó fue dejar atrás la casa de su amante, John Crosse, pero como él continuaba en su viaje, la carga fue menor.

De inmediato hizo cita con su amigo el profesor Babbage para poder cambiar impresiones y compartir el éxito de su trabajo. Ada pidió que el profesor se acercara a su casa, pues de nuevo los dolores la habían molestado. El profesor lo hizo a disgusto, pero expresó: "Nada podrá evitarme ver de nuevo a mi Encantadora de Números".

—¡Le pedí que detuviera la publicación del artículo! ¡Espero que me haya hecho caso y no haya mandado las notas al impresor! —gritó Babbage al llegar, apenas pasando el umbral de la puerta.

Ada permaneció en su silla, con una gran manta en las piernas.

—Vaya, escucho el resonar de una máquina de vapor… —murmuró Peabody levantándose de su asiento para recibir al profesor.

Ada disfrutó el comentario. El profesor llegó dejando atrás bastón, sombrero, bufanda y abrigo que un sirviente trataba de alcanzar con malabares.

—Es un placer, como siempre, tenerlo en casa.

—¡Condesa! ¿Lo hizo?

Se inclinó con gesto de preocupación el viejo profesor hacia Ada. Ella no esperaba saludo o muestra de cariño, eso hubiera sido contrario a su amigo.

—Desde luego. He parado la entrega del manuscrito. No sé cuáles son los cambios o comentarios que debemos hacer.

El profesor gruñó y buscó en sus bolsillos. Cuando encontró los papeles, hizo una gran fiesta con sus expresiones. Eran un cúmulo de hojas escritas con letra menuda. Se las entregó a Ada con el aplomo de un descubridor de una nueva obra científica. Ella los desdobló y colocó en sus piernas para leerlos. Babbage rumiaba sus palabras susurrando comentarios inaudibles cuando apareció Lord King con la mano extendida hacia el científico y una amigable cara:

—¡Estimado profesor Charles Babbage! Su visita a esta mansión es un honor. Cuando oí gritos desde mi estudio pensé que se había metido un organillero, pero he descubierto que era su persona…

Babbage de inmediato cambió su semblante. Lord King podía ser un hombre callado, pero algunas veces era molesto como una avispa. También el conde se sentía con suficiente comodidad como para hacer una broma a expensas del amigo de su esposa.

—Avíseme cuándo debo reírme, Lord King.

—Ahora sería un buen momento, acabo de hacer el comentario chusco —le dijo King, divertido, mientras lo saludaba. Peabody sí soltó una carcajada. Era su diversión ver rabiar al hombre. Babbage sólo movió la cabeza sin entender el humor del marido de Ada—. Hemos pensado también en entregar los documentos a la revista *Philosophical Magazine*. ¿No cree que serían ideales para su contenido?

—No sin antes incluir las últimas notas… —comenzó a dialogar el viejo.

Ada alzó la mano sin quitar la vista de las hojas. En su semblante existía preocupación. No podía creer lo que estaba leyendo. Todos se quedaron en silencio, esperando a que ella pudiera terminar su lectura.

—Es… —primero balbuceó. Luego descendió las notas a sus piernas. La boca seguía abierta, sin decir nada.

—¡Grandioso! ¿No cree, condesa? Sería interesante incluir esto como un prefacio a las notas. ¡Cuando lo lean los pomposos burócratas seguramente van a rabiar! —Ada continuaba atónita, sin poder encontrar las palabras correctas. Su esposo le colocó su mano en el hombro, bastante intrigado ante la reacción—. He hablado personalmente con el editor Richard Taylor para que incluya este artículo sin mi firma…

—¿Sin su firma? —balbuceó Ada.

—¡Claro, mi Encantadora de Números! Estoy lanzando diatribas contra el gobierno británico por el trato que me han dispensado. No deseo que eso afecte mi carrera académica…

Ada se levantó repentinamente, dejando caer al suelo la manta que la cobijaba. Su esposo de inmediato trató de sostenerla, pues los últimos días habían sido malos para ella. Lo leído en las hojas de Babbage había, al parecer, borrado cualquier síntoma de dolor.

—¡Lo que dice aquí es tan serio como un levantamiento revolucionario en contra del Parlamento! No sólo se dedica a castigar a los miembros del gabinete con adjetivos altisonantes y de arrabal, sino que dice que la misma corona inglesa está corrompida por la estupidez… ¿Acaso desea que nos cuelguen a los dos como anarquistas?

Babbage se echó hacia atrás ante la pregunta.

—Bueno, el señor Taylor tampoco aprobó los comentarios. Por eso vine a verla, para que me apoyara en su inclusión.

Ada de manera impulsiva tomó las hojas y se las aventó a la cara al profesor.

—¡Es un usted un egoísta narcisista! ¡Un despiadado hombre sin corazón ni diplomacia! —gritó manoteando. King se hizo a un lado. Ni con su madre la había visto perder los estribos así—. ¡Si la máquina analítica no se ha llevado a cabo es por su actitud de simio! ¡De salvaje! Es usted una persona despreciable, Charles Babbage. Una trata de ayudarlo y, cual toque del rey Midas negativo, lo que toca lo hace… ¡excremento de caballo!

Ada salió del cuarto como un huracán. Antes de subir las escaleras, Babbage recogió las hojas y las abanicó molesto frente a ella al tiempo que la perseguía:

—¡No, usted es la que me debe todo a mí! ¡Sólo es una más de esos nobles jugando a ser inteligentes! ¡Estoy seguro de que el mono amaestrado de un músico callejero hubiera hecho un mejor trabajo, mujer!

Ada dio un alarido de rabia. Babbage lo secundó. Ella dio un

portazo en su cuarto, Babbage en la puerta de la salida.

El silencio entonces cayó como un gran manto. El conde, aún impresionado por lo visto, giró lentamente su cabeza hacia Peabody, también estupefacto por la escena presenciada. El obeso secretario le sonrió levantando los hombros. Como explicando todo, dijo:

—Matemáticos…

Lord King tocó la puerta. Su esposa aceptó que entrara. Permanecía en camisón, entre las almohadas de su cama, simplemente mirando al frente.

—Debe salir de la cama, mi querida condesa.

—No me apetece, mi querido conde.

El conde Lovelace se sentó al lado de su mujer. Sus ojos de marea calmada inundaron el cuarto con un sentimiento de relajación. Ada torció la boca con un gesto de incomodidad y disgusto.

—Supe que recibió una carta del profesor Babbage.

Ella negó con la cabeza, señalando con los ojos el sobre y la hoja a su lado en el lecho.

—Para variar, no hay disculpas, como si no hubiera pasado nada. Sugiere retirar el trabajo y empezar uno nuevo, uno original.

—No cabe duda de que es un planteamiento muy del profesor.

—Lo sé, siempre sucede lo mismo. Sólo es un capítulo más que alimenta su reputación: comenzar un proyecto y luego dejarlo a mitad del camino. Nada le parece correcto y por ello prefiere emprender una nueva cruzada.

—No se decepcione, mi querida condesa —le dijo tomándole la mano. Luego miró otra carta a su lado y alzó las cejas al leer el membrete—: Veo que nuestro estimado John Crosse también le ha escrito, ¿dice algo del proyecto sobre el libro?

Ada volteó descubierta por su descuido, tomó las cartas y las dobló juntas. Trató de no mostrar nerviosismo.

—Está en Escocia. Dice que pronto regresara. Él y la señora Crosse mandan saludos… —dijo Ada, tratando de sonar seca.

King lo aceptó aprobándolo con la cabeza.

—Creo que lo mejor será que le diga a mi amigo Taylor que no se preocupe por mi equivocación de aprobar la publicación de las notas sin los comentarios de Babbage. Creo que debería pedirle a usted disculpas por haber cometido ese error… Lo hice inconscientemente —explicó Lord King de manera tan habitual como si hubiera dejado derramar su té. Ada no pudo entender bien las palabras.

—¿Qué hizo, William King? —preguntó severa.

—Lo siento. Taylor me dio la razón, y decidimos darle visto bueno a la publicación. Le parecía que, ante la ausencia de comentarios de ustedes dos, yo podía decidir. Desde luego también saldrá en *Philosophical Magazine*.

Ada levantó su espalda de las almohadas, tenía un mezcla de sentimientos en ella: mitad molestia por la actuación de su esposo a sus espaldas, mitad pura delicia por el conocimiento de que su obra seria editada.

—¿Y que pasará con Babbage?

—No se preocupe por él, es como veleta… Al final podrá echarme la culpa.

Ada se alegró tanto que se lanzó a los brazos de su esposo, quien soltaba una risa como la de sus hijos cuando cometían una diablura. Ella se dejó llevar por la emoción y no paró de darle besos en la mejilla.

—Qué intrigante es usted, ¡quién lo viera con su cara de monje franciscano y su actitud de filósofo!

—Bueno, algunas veces los esposos no somos tan malos.

Ada le respondió con un golpe en el hombro y luego un beso en la boca.

Ada sabía que tenía mejores habilidades diplomáticas que Babbage, por ello se encargó de restablecer la amistad explicando el “error” cometido por Richard Taylor para la publicación de las notas. Babbage estuvo muy enojado con Ada, pero se reconcilió después de recibir múltiples felicitaciones por el escrito. El mismo físico Faraday, amigo de ambos, admitió que no entendía el pleito, pero que la ponencia era estupenda. Menabrea le pidió a Babbage que felicitara a la autora, quien había firmado simplemente como A. A. L.

Variable III: el análisis

"*Proceto de la máquina analítica, inventada por Charles Babbage*, de L. F. Menabrea, de Turín, oficial de los Ingenieros Militares de la Biblioteca Universal de Ginebra, octubre de 1842, núm. 82. Con notas sobre la memoria de A. A. L." Fue así como el 24 de agosto de 1843 salieron publicadas la traducción del trabajo de Menabrea y las notas en el tercer volumen de *Scientific Memoirs*. El artículo de Ada Augusta Lovelace fue publicado paralelamente en la revista *Philosophical Magazine*. La identidad real de A. A. L. era desconocida para muchos. El mismo Menabrea se interesó en conocer el nombre de la autora de las notas y finalmente pudo averiguarlo, así que le mandó sus felicitaciones a través de Charles Babbage.

Pero la traducción de Ada Lovelace y las notas sobre el artículo de Menabrea no tuvieron el impacto que Charles Babbage y Ada Byron esperaban. Las causas fueron muchas. Aunque Ada Lovelace era una persona brillante, no era un científico serio. Nunca antes había publicado un artículo académico.

El principal objetivo de Babbage en el trabajo realizado junto con Ada Lovelace era tener una demostración pública de apoyo de un miembro de la nobleza que pudiera tener alguna influencia sobre el gobierno. Pero su plan no funcionó, y él dejó su obra inconclusa para el resto de su vida. Tal como él mismo dijo en una ocasión que el tiempo lo juzgaría, fue reconocido por ser el primer creador de una computadora. Los comentarios anotados por Ada serían primordiales para la concepción del estudio de las máquinas pensantes que se desarrollarían cien años después: "Suponiendo, por ejemplo, que las relaciones fundamentales de los sonidos […] en la ciencia de la armonía y de la composición musical fueran susceptibles de tal expresión y adaptación, la máquina podría componer piezas de música […] de cualquier grado de dificultad y extensión".

Su más distinguida frase fue que las computadoras sustituyen el

pensamiento humano haciendo cosas que el hombre ya ha hecho: “Y finalmente: la máquina analítica no tiene pretensiones de originar ninguna cosa que nosotros no sepamos con anterioridad”.

Posteriormente, sus analistas harían notar que Ada Byron escribió un programa para una máquina de la que aún no existía un prototipo. La máquina analítica sólo era una serie de planos y anotaciones realizada por Babbage. Ada Byron logró eso gracias a su imaginación e intuición, aparte de sus conocimientos matemáticos.

Capítulo IV

1849

La llegada a Brighton fue por la tarde. Su arribo estuvo acompañado por el ocaso, que pintarrajeaba de durazno los edificios. Ada descendió del carro de primera clase y se colocó entre los vapores de la locomotora como si caminara por las nubes. Al separarse, la neblina blanca se posó frente al coloso de acero y la estación. Una brisa levantó el vuelo de su falda, pero su mano rápidamente detuvo el movimiento. Alrededor del lugar había mucha vida, con varias parejas en elegantes trajes de lino o ropas de verano, seguidos de sirvientes como hormigas trabajadoras cargando equipaje. Ada caminó por el andén con lentitud. Necesitaba unas vacaciones de su vida. Ella sabía que huía de su labor como madre y esposa, pero no podía seguir con la locura de los fantasmas de su pasado persiguiéndola. Detrás de Ada descendió el señor Peabody, al que su lustroso pelo volvía decrépito, pues mostraba una calva en forma de huevo que resaltaba más su nariz aguileña.

—Querida, Brighton podrá ser la moda, pero este calor está a punto de volverme un molusco escurrido —se quejó, pasándose su pañuelo de encajes por la cabeza.

—Me pareció oír que un viejo se quejaba, mas yo sé que no fue verdad, pues sé que está contento de poder ver jóvenes en trajes de montar. Por esa razón, no tomaré en cuenta su referencia a mi cena —le dijo Ada mientras se encaminaba al exterior seguida de su secretario.

—¿Acaso piensa comerme?

—Si es usted un molusco, no dude que pediré que le frían en mantequilla.

—El amarillo no va conmigo, me hace ver gordo —rezongó molesto y tratando de seguirle el paso hacia el exterior de la estación,

donde una fila de coches y cocheros recogían a los recién bajados del tren, que eran tantos que parecía que todo Londres emigraba a Brighton.

La condesa de Lovelace se detuvo un momento para mirar algo que la incomodaba. Su voz interna sólo le murmuró:

—Te están siguiendo.

Ada volteó de manera discreta. Pudo observar a un par de hombres de grandes y frondosos bigotes que les cruzaban el rostro hasta las patillas. Un par de roperos rubios con atuendos demasiado calurosos para el verano. Sus abrigos no representaban ninguna pista de si provenían de un país lejano a Inglaterra, pero Ada supo que no eran de los que trabajaban para la Corona, al menos no la británica.

—Nuestro carruaje espera, condesa —la sacó de la ensoñación Peabody.

Ada y Peabody subieron al carruaje, que arrancó rumbo a su estancia veraniega. Un delicioso olor a costa se coló por la ventana. Ada asomó el rostro olvidándose de sus buenas costumbres. Dejó que el aire le golpeara la cara y oyó cómo las gaviotas graznaban su llegada. Se sentía liberada después de todo lo vivido.

A lo lejos, pudo observar el gran pastel francés que servía de casa de playa a los monarcas: el Pabellón Real, la residencia regia construida por Jorge IV. Aunque seguía mostrando su delirante estilo asiático, Ada sabía que estaba en desuso. La joven reina Victoria comulgaba más con las llanuras de Escocia que con los exuberantes edificios de fantasía al sur del país.

Brighton se volvía famoso como lugar para los acaudalados londinenses, deseosos de huir de la aglomerada metrópoli y sus complicadas relaciones sociales. Aprovechaban la recién abierta línea de ferrocarril y se refugiaban en fastuosos hoteles a lo largo de la marina.

El carruaje corrió por un camino paralelo a la playa, Ada disfrutó la vista de las fodongas olas llegando sin fuerza a tierra mientras un lejano barco cruzaba el horizonte. El carro se detuvo frente a un edificio de cinco pisos, de pulcra fachada blanca. Como bienvenida, un pórtico dórico enmarcaba la puerta abierta por un sirviente. Ada descendió con cuidado, aspirando la brisa proveniente del continente. Era un soplo cargado de olores de antaño, pero también de esperanzas. Mientras disfrutaba su momento, otro carruaje se detuvo detrás de ellos. Eran los roperos rubios de país indescifrable que venían en el tren. La condesa de Lovelace sólo volteó a verlos.

Al entrar a la recepción del lugar, Ada pudo admirar el gran

candelabro de latón en el techo que culminaba el espacio de remembranzas clásicas. Mientras la servidumbre se disponía a colocar las valijas en los privados, Ada se detuvo en el centro del salón para quitarse su sombrero. Fue desde luego una manera obvia de dejarse ver y decir: “Aquí estoy”.

Varias miradas voltearon, mujeres que de inmediato supieron que era la condesa de Lovelace y hombres que admiraron su belleza. Ada sintió un gancho en su mirada que la hizo voltear hacia una esquina del salón. Algo diferente sucedía ahí: un hombre de complexión delgada y fina barba rubia, vestido de color pastel, permanecía sentado en un sillón rodeado de jovencitas que parecían adorarlo como si fuera el mismo obispo de la catedral. El rubio también levantó su mirada. Sus ojos eran añiles, brillantes como piedras, pero con un toque de inteligencia que Ada sólo había descubierto en amigos como Babbage. Vio que los movimientos del caballero eran gentiles, tan pulcros que podrían ser de una doncella. Ella no había pasado desapercibida para él, pues ese par de ojos color cielo no podían ni siquiera parpadear por no dejar de verla.

Ada torció su pequeña boca hacia arriba y bajó sus pestañas un poco, tratando de mostrarse como una infanta de las que rodeaban al rubio. Mas que ella fuera lo contrario fue lo que atrajo la mirada del caballero. Ada era toda una mujer, con todas sus virtudes.

—Veo que el escritor de jovencitas ha vuelto la mirada a la condesa de Lovelace. Tenga cuidado, podrá terminar en uno de sus melodramáticos libros —le dijo burlón al oído el señor Peabody.

—¿Quién es?

—¿No reconoce al escritor más famoso de Londres, querida? ¡Eso es para admirase! Debe dejar sus libros de números a un lado, divertirse un poco. También existen obras de ficción sobre personas comunes y corrientes, como yo.

—Señor Peabody, lo corriente lo tendrá, pero lo común lo olvidó en algún pub de Cambridge… ¿Su nombre? —preguntó Ada dirigiéndose a sus habitaciones sin poder cortar la línea creada entre sus ojos y los del caballero rubio.

—Charles… Charles Dickens.

La mañana despegó con un cúmulo de nubes blancas que decoraban el azul profundo del cielo. Ada, cuando contempló el paisaje, sintió nostalgia por su familia. Se quedó disfrutándolo desde la ventana, viendo cómo la marina se perdía entre la bruma. El cálido arrullo de las olas rozaba el hotel a modo de sinfonía. Ada se quedó así, sin

pensar ni razonar nada. Solamente mirando.

Pocas horas después estaba vestida con un elegante traje blanco con toques verdes. La moda cambiaba como la política y ahora mostraba los pies de las damas al levantar una palma los abultados vestidos veraniegos, y otorgaba complicadas tramas en las telas a los trajes masculinos. Era como si el optimismo desbordado hubiera apresado a toda la sociedad inglesa. Quizás se debía a que tenían una reina joven y a que sus dominios se expandían por todo el mundo.

Ada entró al recinto donde estaban sirviendo el desayuno. No todos los que ocupaban los cuartos habían bajado, por lo que varias mesas permanecían solitarias. Al fondo del salón pudo encontrar a los hombres extranjeros. Los rubios roperos. En silencio la miraban, esperando que tomara asiento. Ella halló una silla en particular que le interesó: estaba dispuesta al lado de la que ocupaba el hombre rubio que tanta atención le había dado al llegar, el popular escritor Dickens.

Caminó pavoneándose con su lujoso vestido hasta donde el caballero leía el periódico. Con ademanes excesivos, se sentó a su lado. Charles hincó su mirada en la mujer alta desde que la vislumbró llegar. Ada supo que había clavado el aguijón del deseo en él.

Un camarero sirvió té y pan recién horneado. La barra de mantequilla sudaba junto a las mermeladas de frutas exóticas. Ada tomó un trozo de pan y lo untó por ambos lados. Lo obró de manera pausada, para que la mantequilla y los ojos de Dickens se derritieran.

Al llevarse el bocadillo a la boca, giró hacia el escritor. Sus labios se clavaron pintados de rojo por la jalea. La comisura de la boca se alzó y los ojos se cerraron en un lujurioso gesto. Ada había empezado a saber convivir en su persona con dos personalidades: la fría matemática y la efervescente encantadora.

—Deseo preguntarle algo, ¿acaso me está acosando? —consultó el hombre mientras se postraba junto a ella.

Ada se llevó la mano a la boca, pues aún el bocado de pan seguía ahí. Lo degustó y lo tragó. Su mirada se cruzó con la de color azul del escritor, que sonreía complacido. Hizo una seña para invitarlo a sentarse.

—Si así fuera, ¿llamaría a la policía para que me detuvieran? —preguntó coqueta Ada.

—Bueno, es una posibilidad, *madame*.

—¿Le molestaría que lo intente?

—Un hombre nunca sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta —respondió Dickens mientras pedía que le sirvieran té en la mesa de Ada.

La condesa estaba complacida con la respuesta dada por el escritor, no había duda de que no se había equivocado en llamar su atención, esos ojos sólo denotaban inteligencia. Ada le alcanzó su mano para presentarse:

—Ada Augusta Byron, condesa de Lovelace. Es un placer conocerlo…

Dickens la tomó con delicadeza y se la llevó a la boca para besarla como ella hizo con el panecillo.

—Charles Dickens, el placer es mío, condesa.

—Me pregunto qué hace un hombre famoso como usted en Brighton. Pensé que estaría gozando de su éxito en la ciudad. Sé que han sido muy bien recibidas sus obras, pero me disculpo por no haberlas leído. No me inclino por la ficción —dijo Ada disfrutando la compañía.

—Bueno, supongo que mi razón para estar aquí es la misma que la suya: huir de Londres. Así puedo terminar las entregas de mi nueva novela. Pero admiro que a la hija del insigne poeta inglés no le guste la prosa.

—Ni tampoco la poesía… —completó Ada.

—Bueno, nunca es tarde para el arrepentimiento y la reparación —opinó Dickens haciéndose hacia atrás en su asiento, como si esa declaración fuera tan abultada que necesitara espacio. Ada no paraba de saborear el momento.

—Lo siento, mi campo es el de los números. Soy matemática. Bueno, al menos lo intento… Pero usted lo dijo: nunca se sabe lo que se puede hacer hasta que se intenta.

—He oído cosas de su persona, y en ellas no hay más que halagos sobre su mente. El duque de Wellington se desbordó la otra noche por un artículo que al parecer usted realizó tiempo atrás. La comparó con la labor de nuestra querida Mary Somerville —explicó Dickens. Se limpió su barba y aceptó—: Entonces estamos en igualdad, yo no he leído nada de usted tampoco.

—Veo que la señora Dickens no lo acompañó a este retiro —soltó el anzuelo Ada. Dickens lo recibió regocijado, bajando la mirada.

—No. Vendrá en unos días de Bloomsbury. Debo admitir que escribir con los hijos es complicado. Por ello me vine a pasar unos días de tranquilidad.

—¿Son muchos sus hijos?

—Ocho, es una locura la cena en casa. Usted entenderá…

—Con los tres que tengo estoy segura de que podrían armar otra revolución en Francia.

—Ni quien lo diga, son terribles… —dijo con un suspiro Dickens.

Ambos se quedaron en silencio. Ellos mismos habían sacado a relucir el tema de sus familias, lo cual armó un gran muro de silencio entre ellos. Ada sintió que la Encantadora se esfumaba ante el recuerdo de las risas de Byron y Annabella.

—¿Sabe, condesa? El corazón humano es un instrumento de muchas cuerdas; el perfecto conocedor las sabe hacer vibrar todas, como un buen músico.

Ada lanzó con lentitud sus ojos hacia el escritor. Éste los recibió melancólico. Era una manera de decirse: "Mírennos, un par de adultos seduciéndose, y la nostalgia por la familia les juega una mala pasada".

—Es una hermosa frase, señor Dickens.

—Lo sé, la trataré de usar en un libro —admitió el rubio. Ada le tomó la mano con cariño. Dickens bajó su mirada y encontró el delicado miembro aprisionando su extremidad—. La dije porque no está en mi naturaleza ocultar nada. No puedo cerrar mis labios cuando he abierto mi corazón.

La condesa de Lovelace vibró ante la declaración. La mirada de ambos se cruzó. Poco más había que decir: dejaron el té sin terminar.

Charles Dickens se sentó al lado de Ada mientras comían carnes frías y quesos que habían pedido a su habitación. La tarde caía y el sol no los había visto en el exterior. Ada sólo llevaba un bata. Dickens, su camisa suelta a manera de camisón. El aposento permanecía alborotado y las sábanas revueltas de la cama desprendían olor a sexo.

—Y usted, señora, ¿a qué vino a Brighton? —preguntó Dickens bebiendo una copa de vino blanco y acercando su cara a la de quien acababa de convertirse en su amante.

Ada se acomodó el pelo alocado y alzó los hombros para contestar:

—A huir de mis fracasos.

—No diga eso, cada fracaso nos enseña algo que necesitábamos aprender —respondió acariciando su mejilla.

Ada se ruborizó.

—Usted siempre tiene las palabras correctas. No dudo de que sea un buen escritor —le expresó. Tomó su copa y bebió del vino también —. Bueno, ojalá supiera qué aprendí, puesto que el mal está hecho. He perdido la fortuna de mi marido en apuestas de carreras de caballos… Siete mil libras.

Dickens casi se atraganta al oírlo. Sus ojos se abrieron excesivamente, como platos.

—¿Disculpe?

—Como le dije, había estado tratando de visualizar que a todo se le puede dar una valoración numérica: el peso, la velocidad en las carreras anteriores, los lugares ganados, la altura del jockey, la longitud de la pierna del caballo, la edad del caballo… Todos y cada uno de los factores. Estoy segura de que estos valores están conectados. Si se saca una serie de ecuaciones, podríamos calcular las posibilidades de cada uno… Aunque, claro, sería más fácil hacerlo a través de la máquina diferencial.

—¿Máquina diferencial?

—Olvídelo, es difícil de explicar… —le dijo moviendo la mano para borrar su comentario—. Bueno, con ella deduciría el posible ganador. No debería tener fallo.

—¿Ganó o perdió?

—La mayoría de las veces perdí. Estoy tratando de encontrar la ecuación correcta. El caso es que mi marido se molestó mucho. Tuvimos una gran pelea, pues le había pedido permiso para usar el dinero…

—… y lo perdió.

—Pero fue para encontrar la ecuación correcta. Realmente lo que le molestó fue que empeñara las joyas de mi familia para poder apostar en el Derby.

Charles Dickens dejó su copa en la mesa y cruzó la pierna. Entre estupefacto y regocijado por lo que escuchaba, la observó. En ella vio a una hermosa mujer que era pasional en la cama, fría con los números y alocada en sus ideas sobre apostar a caballos. Se sintió totalmente absorbido por esa dama tan fascinante y única.

—Es usted el ornamento de su sexo —lanzó el escritor.

Ada se ruborizó ante el halago. Era acogedor encontrar a alguien como ese hombre.

—Si yo supiera realmente qué soy, señor Dickens, no estaría en Brighton acosando a escritores famosos. Le aseguro que a estas alturas de mi vida estoy totalmente perdida sobre quién soy, a dónde voy o qué deseo hacer —expuso de manera franca.

Dickens levantó los labios, comprendiendo la declaración espontánea de la condesa.

—Comience con las cosas pequeñas de su vida. Nunca habría tenido éxito en la vida si no me hubiera dedicado a las cosas más pequeñas con la misma atención y cuidado que a las más grandes.

—Sabio consejo, señor Dickens. Lo agradezco…

—No hay de qué. ¿Qué mas puedo hacer por usted, condesa? —preguntó el escritor.

Ada atrapó su brazo, y lo jaló hacia donde estaba sentada. Sus rostros se pusieron frente a frente. El hombre dejó que sus manos entraran entre la bata de Ada y acariciaran sus bien formados pechos.

—Puede hacer mucho más por mí, señor Dickens.

Dickens salió a media noche del cuarto de Ada, se despidieron con un pequeño beso en la mejilla. Al siguiente día, Ada permaneció en su lecho descansando. Peabody le insistió en salir a caminar a la playa o al pueblo, pero ella se negó. No se sentía con ánimos de hacerlo.

Se quedó en el cuarto pensando en lo que Dickens le había dicho sobre arreglar su vida, en cómo ésta había estado llena de cosas inconclusas: la relación con su padre, la tensa pelea con su madre, sus estudios esporádicos y la fallida publicación de las notas de Babbage. Consideraba que poco había para estar orgullosa y nada que pudiera guardar con orgullo. Pensó en su padre, sus logros, sus poemas y escritos. En cómo éstos habían cambiado la sentimentalidad de su país. Ella se sentía tan diminuta ante la personalidad de Lord Byron, tan insignificante, que le molestó su vida desperdiciada.

Recordó a Mary Somerville preguntándole por qué estaba dispuesta a morir y se contestó que era la máquina analítica. Sabía que aunque no era su idea, ese proyecto era en el que más confiaba. Tomó papel y escribió una carta al profesor Babbage para ofrecerle una opción para poder hacer despegar el financiamiento de su invento.

Durante el resto del día escribió doce páginas en las que le proponía a Babbage apoyarle en el proyecto de la construcción de la máquina analítica bajo tres condiciones: primero, que fuera ella quien manejara la parte práctica y las relaciones con los demás, y que, para dirimir las discrepancias que surgieran entre Babbage y ella, él eligiera a terceras personas para que actuaran como árbitros. Segundo, que se comprometiera a dedicarle tiempo completo si ella necesitara en el futuro su asistencia o supervisión intelectual; incluyó un apartado para explicar que no podría maldecir, acelerar en demasía, desordenar ni cometer errores con los papeles. Tercero, si ella lograba en el curso de uno o dos años concretar una propuesta oportuna para la construcción de la máquina, Babbage nombraría a terceras personas para su revisión y aprobación, pero él dedicaría toda su energía al proyecto, dejando que ella y las personas nombradas manejaran los temas prácticos.

Colocó en un sobre la epístola con su propuesta y lo mandó a Londres. Convencida de que con ello podría rehacer su vida, se vistió y arregló para la cena. Decidió usar un vestido de color melocotón,

con los hombros abiertos. Se sentía contenta y con ánimos de celebrar con su nuevo compañero Dickens.

Llegó al salón, donde los comensales platicaban bebiendo un vino espumoso. Buscó con la vista a Dickens, y lo localizó entre un grupo de personas. Se fue colando entre los turistas para llegar hasta el escritor con una gran sonrisa. Éste volteó a verla con cara digna y seria.

—¡Señor Dickens! —le expresó.

—Condesa Lovelace, buenas noches —respondió el escritor formalmente. Dio un paso y se inclinó para saludarla. Luego se apartó mostrando a una mujer castaña de tez pecosa y con el pelo recogido en una sencilla trenza—. Le presento a mi esposa, la señora Catherine Thompson Dickens.

Ada se quedó postrada ante la mujer como un témpano de hielo. Fría, sin moverse. La mujer hizo la caravana para saludarla, ella no respondió. Sus ojos buscaron los de Dickens, pero éstos huyeron para un lado. Ada tragó saliva e hizo el saludo sin ánimos.

—Un placer, señora, soy una admiradora de su esposo.

—Gracias, condesa. Es difícil no enamorarse de sus letras, ¿verdad? —comentó la mujer.

Ada lo afirmó sabiendo que mentía totalmente. Trató de estar un tiempo con el grupo, pero se sintió incómoda. Sin despedirse, salió del gran salón donde se llevaba a cabo el banquete. Se dirigió a la playa, aturdida y malhumorada.

Caminó con pasos rígidos cruzando las dunas y matorrales que unían el hotel con la playa. El ruido de las olas revolcándose sobre sí mismas opacó el zumbido de su malestar. No había rastro del sol, se había metido por completo y una lustrosa luna iluminaba el ambiente en tonos azules. Ada se quitó sus zapatillas y caminó por la arena del litoral, dejando que los granos jugaran con sus dedos. La brisa era fría, aunque el calor del verano se sentía en el ambiente. La condesa de Lovelace avanzó sin rumbo, pensando en su familia, que había dejado atrás. Sabía que su esposo William King estaba preocupado por ella, sus dolores cada vez eran más comunes y sus recaídas de extrema melancolía se alargaban durante días. Comprendía que ella se había vuelto una mujer complicada, llena de dudas y sobresaltos en su carácter. Sentía que estaba librando una batalla interna, pero desconocía quién iba ganando.

Después de la publicación de las notas de Babbage, no había escrito nada más, tan sólo algunas correcciones para publicaciones de su esposo. No podía encontrar los ánimos para escribir, aunque en

verdad no se sentía con ánimos de hacer nada. No era por el dolor que florecía cada vez más continuamente y con mayor intensidad. Sus razones eran más melancólicas, pero sin que hubiera una definitiva. Simplemente no deseaba hacer nada.

Al no encontrar respuestas para los males que la aquejaban, se metió de fondo en las teorías desarrolladas por Franz A. Mesmer, influenciada por las recomendaciones del padre de John Crosse, quien era un gran alumno del austriaco. El señor Crosse le había explicado que la persona estaba sana cuando un "magnetismo animal" corría libremente a través de los canales de su cuerpo, y que existía una enfermedad cuando se obstaculizaba su curso. Al eliminar los obstáculos y restaurar el flujo, se producía una crisis que restauraba la salud. Si la naturaleza no lo hacía espontáneamente, entonces el tratamiento con un conductor del magnetismo animal era el remedio. Se había dejado tratar por impulsos eléctricos, sangrías y lavativas. Todo para poder borrar los dolores que la acribillaban. Mas nada parecía hacerle efecto.

Ada se detuvo en sus cavilaciones. La noche estaba luminosa y se podía distinguir bien. Comprendió que no estaba sola en esa playa. Volteó angustiada y logró distinguir una figura que a unos metros la seguía. No podía ver la cara, pero Ada sabía que era uno de los rubios de bigotes espesos. Seguramente un espía prusiano o francés. Sintió terror y varias ocurrencias desfilaron por su mente, como correr o pedir ayuda. Pero decidió enfrentarlo.

—Sé que me está siguiendo —le espetó. La figura se detuvo, mas no respondió a la voz de Ada—. No gritaré, si usted decide no herirme —la silueta del extraño se inclinó, sacó un cigarrillo y lo prendió. Ada lo encaró—: ¿Qué desea? No ha parado de seguirme desde que llegué… —trató de averiguar. El misterioso sujeto no se movía, simplemente fumaba—. Es porque cree que tengo los planos de la máquina diferencial, ¿verdad? Usted sabe que nunca traicionaría al profesor Babbage —el sujeto dio un paso adelante, pero se volvió a detener—. ¿Usted es prusiano? Puedo hablarle en francés, conozco ese idioma. Seguramente leyó el documento original de Menabrea y por eso desea la máquina.

Ada continuó su charada para que el tiempo corriera a su favor, en espera de que alguien más apareciera, mas no había rastro alguno de los clientes del hotel.

—¡No la tendrán! —le gritó sin poder controlar más su terror. Al hacerlo, comprendió algo en lo que no había pensado: nunca había escuchado entre los que se hospedaban hablar en otro idioma. Si

hubiera habido extranjeros, las palabras extrañas habrían aparecido en algún momento. Esa reflexión la aterró más, pues sólo indicaba que su perseguidor era inglés—. Son del… ejército. ¡Lo mandó el primer ministro!

Ada pudo ver claramente la sonrisa en el rostro del hombre. Su miedo se multiplicó, sabía que si era un hombre del gobierno, nadie podría ayudarla en un momento de desesperación. Sólo le quedaba una opción: huir.

Soltó sus zapatos y corrió desesperada hacia las luces del hotel. El frondoso vestido no le ayudaba en su huida, levantó la falda para que sus zancadas fueran mayores. El hombre arrancó un segundo después que ella. La mujer sentía su respiración en la espalda, sabía que si no aceleraba su carrera, fácilmente la atraparía.

Las luces estaban muy cerca, sólo debía correr más. Se dio cuenta de que alguien gritaba y que algunos comensales salían a la puerta. Supo que si lograba llegar a ellos, su perseguidor no podría hacerle nada. Antes de llegar al hotel, reparó en que quien gritaba era ella misma.

Un hombre salió del salón, iba con aplomo corriendo en dirección a ella. Pensó que interceptaría a su perseguidor, pero sus brazos la rodearon repentinamente. Desesperada, comenzó a golpearlo tratando de zafarse. El hombre le gritaba, pero su instinto le pedía que siguiera luchando.

—¡Ada, soy yo! —logró percibir. La voz se le hizo reconocida y se detuvo en su alocado forcejeo.

—¡Vienen tras de mí! ¡Quieren atraparme para quitarme los planos de la máquina analítica! —imploró la mujer.

El hombre que la había abrazado la tomó de los hombros y la agitó: era su amante, John Crosse.

—¿Quién?, ¿dónde están? —preguntó Crosse sin dejar de moverla bruscamente.

Ada volteó hacia donde debía estar el hombre de bigote, el espía. No había nada más que la brisa marina de la playa. La luna iluminaba perfectamente la ausencia de cualquier persona. Ada giró su rostro hacia Crosse, luego hacia los clientes que, asustados, se agolpaban en la puerta para ver lo sucedido. Pudo ver a Charles Dickens tomado de la mano de su esposa y a Peabody que llegaba con una manta. Ada estaba alterada aún, pero comprendió algo que le hizo soltar el llanto: nunca habían existido esos hombres rubios. Todo era fruto de un juego más de la Encantadora de Números.

—Venga, será mejor que nos vayamos… —indicó Crosse, y se la

llevó a su habitación con ayuda de Peabody.

John Crosse se sentó al lado de Ada en el tren. Ella permanecía con la tez pálida y mirando hacia la ventana, que mostraba un paisaje fugaz. Árboles, campos sembrados y vacas marchaban frente a ella por ese marco al ritmo metálico de la máquina de vapor. Era como si su vida completa hubiera sucedido de esa manera, como si se estuviera viendo a sí misma a través de una mirilla: era como si Ada Byron fuera la espectadora y la Encantadora, la actriz principal.

Brighton iba quedándose atrás, con sus decepciones y revelaciones. Londres esperaba con sus verdades dolorosas. Ada no deseaba enfrentarlo. Prefería ser raptada por John Crosse o por Charles Dickens y vivir otra vida ajena a la suya.

—He escrito al conde informándolo de su llegada. Le expliqué que nos encontramos casualmente en la playa y que me pidió que la acompañara porque se sentía delicada de salud.

—¿Y no fue así? —preguntó sin voltear a verlo.

—No, habíamos quedado de vernos en Brighton. Usted propuso ese lugar, pues deseaba huir. Yo tarde más días, ya que venía desde Somerset. ¿Acaso no lo recuerda? —preguntó Crosse admirado.

Ada volteó su empalidecido rostro para volverse a extraviar en sus reflexiones.

—No recuerdo muchas cosas, señor Crosse. Ni siquiera sé qué estoy viviendo: ¿cómo puede asegurarme que usted tampoco es una jugarreta de mi mente? —preguntó sin ánimos de hablar.

John Crosse se arrimó a su cabello, que le tapó la cara, y suspiró ante las palabras de desasosiego de Ada.

—Para ello quedamos de vernos. Se lo escribí en mi última carta.

—No lo recuerdo, traté de olvidar muchas cosas desagradables, como que usted recibió mis apuestas y su grupo de amigos fueron quienes apostaron en las carreras. Olvidé la pelea, pues cuando Lord Lovelace se enteró de todo, tuvimos una disputa. No merecía la pena recordar nada de eso.

El caballero encorvó su boca molesto. Era verdad, era quien había incitado a Ada para que comenzara a apostar. Era un jugador, a él no le importaba llevar esa vida, pero se dio cuenta muy tarde de que arrastraba a su amante a un remolino de desprestigio y dolor. Se sentía culpable y, como una manera de retribuirle eso, se habían citado en Brighton, donde le iba a dar algo.

—Lo siento. Fue mucho dinero, no debí aceptarlo. No lo habría hecho si no hubiera estado tan seguro de que ganaríamos. En verdad lo siento —Ada encogió sus hombros y volvió a la ventana. El dolor

comenzaba de nuevo a jugar con ella—. ¿Sabe a qué vine? —preguntó Crosse.

Ada no respondió. Ante la indiferencia mostrada, su amante se levantó para alcanzar su pequeña maleta de cuero: la colocó en sus rodillas y abrió los seguros. Reveló una caja metálica sucia y con fragmentos oxidados. Una melodía se dejó escuchar en cuanto giró su tapa. Era *La flauta mágica*, de Mozart, con la que danzaba una bailarina pequeña. Ada quedó admirada de verla: era la caja obsequiada por el rey Oberón.

—¿Es…? —masculló sin poder hilar palabras.

Nunca hubiera imaginado que Crosse tendría esa caja. La había olvidado después del matrimonio con William King y la separación de su madre. Los años ayudaron a que ese efímero encuentro de su infancia fuera disipándose como el humo, hasta que quedó arrumbado en el recuerdo.

—En efecto, es su caja. Hace tiempo me contó dónde la escondió… En mi paso por Mallory Park decidí recuperarla. Quizás mis averiguaciones han tardado, por lo que tuvo que esperar a que yo cumpliera lo prometido, pero por fin lo tengo —explicó Crosse entregándole la caja musical a Ada.

Ella estaba estupefacta por la revelación. La música continuó sazonando el tránsito del tren. Peabody, a unos pasos de ellos, asomó su rostro para ver el artificio con el hada bailarina.

—¿Qué es todo esto, señor Crosse? —logró preguntar Ada.

—La verdad, mi amada condesa… La verdad.

Ada no pudo dejar de observar la maravilla mecánica. Poco a poco la cuerda fue perdiendo impulso y la música se descompuso hasta enmudecer. Una voz en el interior de Ada le dijo:

—La verdad, querida, es que estás loca. Yo no existo: siempre has sido sólo tú.

El conde de Lovelace cerró la puerta del dormitorio de su esposa. Salió con serenidad hacia las escaleras y descendió hasta la sala, donde esperaba John Crosse sentado al lado de Peabody. Ambos hombres no se hacían plática, pues mucho se habían dicho en el camino de regreso a Londres. Quizás demasiado como para continuar la charada enfrente del esposo de Ada. Lo que era cierto es que se sentía un ambiente tenso y cargado en la habitación, tanto que se podía rebanar como mantequilla.

—La condesa se durmió —informó Lord King, conde de Lovelace.

—No está bien, señor —logró comentar Peabody con las manos

entrelazadas al frente cual estudiante reprimido por su maestro.

El conde no respondió. Se encaminó a una esquina, donde estaban dispuestas varias botellas y copas. Sirvió dos vasos de escocés. Uno lo entregó a Crosse, que agradeció con la cabeza.

—Debo reconocer su ayuda por haberla traído de vuelta, señor Crosse. Es usted un gran amigo —aseveró el noble bebiendo su copa y sentándose frente al que era el amante de su esposa.

—Sabe que no hay problema alguno, Lord Lovelace. Pero el señor Peabody tiene razón: la condesa se queja de dolores abdominales. Creo que sería correcto que lo hablara con su médico.

—Ya lo hicimos, señor Crosse —respondió el esposo de Ada con cara triste—. La condesa está muy enferma, ha estado secretando líquidos desde hace un año. El médico le ha dado un tratamiento, pero no parece responder. He decidido no decirle la gravedad de su situación.

Peabody se admiró y volteó a ver a Crosse, que bebía silencioso su trago. Sus ojos dejaron de brillar ante las palabras del conde, escondiendo su preocupación por la mujer que amaba.

—Si no es indiscreción, ¿qué tiene?

—Una descomposición en su útero, le llaman cáncer… —murmuró Lord King.

Peabody dejó escapar un quejido. Crosse se limitó a cerrar los ojos.

—¿Por qué se lo ha ocultado?

—No deseo que se deprima más de lo que ya está. Entra en etapas de melancolía pura. Por días no desea tener trato con sus hijos, y luego sale de su habitación como una loca pidiendo ir a un paseo con ellos. Algunas veces continúa sus estudios, pero ya todo es intermitente.

Crosse se levantó dejando su copa a un lado. El conde hizo lo mismo. Ambos hombres se contemplaron sin palabras de por medio. Crosse tomó su sombrero y con pasos largos se dirigió a la salida de la casa.

—Intentaré que su secreto así se quede, señor conde.

William King lo siguió a unos pasos. Cuando Crosse abrió la puerta, el conde le dijo:

—Le pediría que no volviera a ver a mi esposa, señor Crosse. Su amistad nos ha traído mucho dolor, y su influencia para las apuestas en las carreras de caballos sólo me ha ganado tragedias.

Crosse no estaba dispuesto a aceptar tal recomendación, menos después de lo platicado con Ada en el tren. Su mirada buscó apoyo en Peabody, pero éste seguía con los ojos bajos, seguramente llorando.

John Crosse se colocó el sombrero y, sin despedirse, se perdió entre el barullo londinense.

Al siguiente día, el profesor Babbage apareció en la casa de los Lovelace. Se le veía molesto, con achaques de viejo, pero con ánimos aún de pelear con el que se le pusiera enfrente. Ada lo recibió como siempre lo había hecho, con una gran sonrisa. Esperaba una respuesta a su propuesta para reiniciar el proyecto de la máquina analítica. Ella le había mandado el plan y sus condiciones desde Brighton para que él las analizara. Para ella era una fortuna que su amigo hubiera respondido tan prontamente. Después de lo vivido, necesitaba otro tema para que su mente no se atrofiara con las revelaciones de John Crosse.

—¡Condesa Lovelace! —gritó el profesor con gesto de disgusto.

—Profesor Babbage —repuso Ada al verlo.

—Su inútil y vago secretario me informó que estaba de viaje. Espero que su visita a Brighton fuera de ayuda —masculló sin interés, como si sólo cumpliera con el código de etiqueta en las pláticas.

—Aunque no lo crea, profesor, fue muy educativo.

—Bien, muy bien —graznó de nuevo, dando vueltas en la sala, sin poder sentarse. Su bastón golpeaba el piso rítmicamente, como un reloj preciso—. He recibido su carta.

—¿Cuál es su resolución?

—Rechazo todas las condiciones.

Ada alzó la ceja tanto que casi se sale de su rostro. Babbage lo había soltado con descaro, sin pensar que podía herir los sentimientos de su protegida y amiga.

—No preguntaré sus razones, simplemente le diré que creo que es usted un egoísta. Sé que compartimos nuestra visión por lo correcto y justo, pero creo que usted está más preocupado por la fama y el éxito. Y eso nubla su vista —destacó Ada ante la respuesta. Lo dijo con calma, no de manera impulsiva—. En algún momento de mi vida puse a sus órdenes mi intelecto, creo que es tiempo de quitarle ese ofrecimiento.

Babbage se encogió de hombros, diciendo:

—Condesa, la máquina analítica me sobrevivirá, aunque debo recordarle que yo soy la máquina analítica.

—He pensado que trabajar con usted me ayudaría, pero de nuevo encuentro otro fracaso en mi vida. No descubro fin a ninguna de las manías de las que he sido objeto. He luchado contra ellas, pero el trastorno ha sido un monstruo con cabeza de hidra; apenas logro

vencer un problema, ya ha surgido en otro. Muchas causas han contribuido a eso, pero uno de los ingredientes es que he tenido demasiadas matemáticas.

Con determinación, Ada se levantó de su asiento para retirarse de nuevo a su cuarto. Babbage la vio irse con el rostro en alto, sin ni siquiera regalarle una mirada.

La pintura llegó a su mansión siguiendo las órdenes de Ada, dos semanas después del encuentro con Babbage. Ésta había sido heredada por ella, por eso no hubo reparos en pedir que fuera mandada de la residencia Byron, en Newstead Abbey, a la Lovelace. Ada lo hizo por lo que había discutido con John Crosse en su recorrido hacia la ciudad en tren. En esa plática, frente a la máquina de música que sirvió como testigo de lo revelado, su amante explicó que había seguido rastros de la gente de Mallory Park, hasta que por fin colaboró alguien: un habitante del lugar conocía a un cochero que transportó a un extraño la noche en que Ada aseguraba haber visto al rey de las hadas. El cochero, un hombre de edad, le narró a Crosse, ante el incentivo de varias libras, cómo llevó a un hombre disfrazado hasta la costa. Este misterioso personaje le había prometido recompensarle con más dinero, pero nunca volvió a saber de él. Cuando Ada preguntó sobre el extraño disfrazado, Crosse se lo contó, y le pidió que lo confirmara mediante el cuadro que había permanecido tapado durante años en la mansión Byron.

Ada pidió a su esposo que se hicieran las ordenanzas para el movimiento. Lovelace acató la solicitud de su esposa al ver que estaba mejorando de salud. Aunque desconocía qué había sucedido en su viaje, Ada había cambiado radicalmente, como si hubiera encontrado un nuevo impulso para vivir. Le extrañó que fuesen invitados a cenar a la casa del escritor Charles Dickens, pero Ada le comentó que había trabado amistad con en él en el hotel de la playa. La reunión entre ambos matrimonios había sido placentera y agradable.

Al siguiente día de dicha cena, llegó el encargo. Peabody colocó la pintura ante la presencia de Lord King y Ada. Ambos la esperaban con nerviosismo. Al quitar el manto que habían dispuesto para cubrirla y protegerla en su transporte, Ada dejó de respirar por unos segundos: era su padre, George Gordon Byron, sexto lord de Byron, vestido con la ropa que ella reconoció de inmediato: en la cabeza un turbante de colores carmesí y oro; una brillante chaqueta corta cubría su torso con bordados plateados; pantalones bombachos en azul brillante, y graciosas zapatillas puntiagudas que se enroscaban en sí mismas como

platas de la vid. Sin duda, el rey Oberón de su infancia.

—Mi padre —comentó Ada.

—Sí, querida condesa. Lord Byron en persona —afirmó su marido abrazándola.

Ella comenzó a subir las comisuras de los labios. Luego abrió su boca para soltar una carcajada. El conde se apartó, pues no era la risa a la que estaba acostumbrado, poseía un rasgo de locura. Permaneció estudiando cómo las lágrimas causadas por su delirante carcajeo salían de los ojos de su mujer. Su explosión fue decreciendo, hasta regresar al silencio.

—¿Dónde desea que coloquemos el cuadro, condesa? —preguntó Peabody.

—En mi salón de trabajo, encima de una pequeña caja de música que coloqué en el escritorio —respondió la mujer recomponiendo su posición de noble.

William King volvió a abrazarla y le preguntó:

—¿Se encuentra bien, mi querida condesa?

—Nunca he estado mejor, mi querido conde — respondió dándole una cara cambiada, limpia de pesares.

Ada resplandecía, las dudas se habían despejado, al menos algunas, pues, tal como Crosse le había dicho, ahí estaba la respuesta a varias de sus preguntas. Mas no de todas. Ada le había platicado que con el cuadro mágico de cuatro columnas habían comenzado las cartas ella y el supuesto rey Oberón. Crosse sólo explicó que no pudo haber recibido ninguna carta de su padre, pues ya estaba muerto.

A ella no le importó que aún pendieran sobre ella más preguntas que respuestas. Su vida debía ser retomada para su bien propio y el de su familia. Y eso era lo que deseaba hacer, aunque no contara ya más con la complicidad de su amigo Babbage.

1852

La madre de Ada entró lentamente a la mansión, dejando un silencio entre los sirvientes como el paso de un cortejo fúnebre. Se despojó de su sombrero negro, la chalina y los guantes, y los dejó en una mesa abandonados entre sombras. La casa estaba apenas iluminada por velas, y tenía un olor a cera quemada que cargaba el ambiente. La baronesa se postró frente a la puerta de la recámara de su hija. Se acomodó su vestido, levantó la barbilla y entró de manera solemne, sin avisar.

En el cuarto sólo la lámpara de aceite al lado de la cama brillaba, brindando un juego de sombras que se extendían como paredes. En la cama con capiteles reposaba una frágil figura que no se movía. Annabella llegó hasta el umbral del lecho, sus ojos se deslizaron hasta la cara pálida que permanecía con los ojos cerrados. La madre reconoció a su hija en la caricatura de lo que se había convertido. Su dulce cutis se encontraba reseco en un tono grisáceo. De lo que fue su pelo oscuro quedaba una masa sin brillo desparramada en la almohada cual octópodo muerto. Sus labios permanecían cerrados, desquebrajándose como pared en ruinas. Del cuerpo rozagante quedaba sólo el recuerdo, pues la delgadez lo consumía. Esa deprimente imagen era lo que quedaba de la mujer que un día el profesor Babbage llamó la Encantadora de Números.

—Ada Augusta Byron, arrepiéntase de su vida pecaminosa. Pronto estará postrada ante Dios —le dijo con rudeza Annabella. Ada no se movió ni sus ojos se abrieron. Sólo se quedó la habitación con el eco de las palabras—. Es una pecadora, al igual que su padre.

—¿Es que acaso es más importante su pelea con él que la vida de su hija? —dijo Ada con pesadumbre, sin abrir los ojos.

—Pecadora, lo es ante los ojos de Dios.

—¿Acaso Dios, que posee el don maravilloso de crear un sol y unos planetas que giran en perfecta sincronía matemática, como el más

bello engranaje de una máquina, es incapaz de perdonar a mi padre? —no hubo respuesta de Annabella. Sólo la mirada con odio al retoño de su pasión con el Poeta Maldito—. Explíqueme, madre, ¿cómo Dios logra la delicadeza de que los lados menores de un simple triángulo al cuadrado sean la suma del cuadrado del lado mayor? ¿Cómo ese ser poderoso, que hizo todo con tal magnificencia que es posible medirlo por una ecuación numérica, no puede aceptar a alguien que vive la vida de manera extrema?

Annabella volteó la cara porque no logró sostener la mirada de su hija.

—Para usted es un juego, ¿verdad? Sólo una simple solución a un problema analítico. Esa manera de pensar la hace pecadora. Aun con los conocimientos que le ofreció el Creador, nunca llegó a entender que todo esto es pasajero, que lo importante es la salvación del alma.

—¿Entonces, por qué estudiamos los astros, por qué investigamos la fuerza de gravedad y las reacciones químicas si el alma no se puede medir ni con física ni con química? —gruñó Ada.

Esta vez sus ojos comenzaron a incendiarse con la flama de alguien profundamente dolido con la resolución de tener la muerte rondándole.

—Para que entendamos la omnipresencia de nuestro Creador. Para eso lo hacemos.

—¿Entonces por qué la poesía, para alimentar el alma de los pecadores? Si así fuera, ¿por qué me negó eso desde mi infancia, por qué nunca alimentó lo más importante de mi ser, mi alma, y sólo me ofreció números?

Su madre sacó de la bolsa de su vestido un crucifijo y lo colocó a lado de la cara de su hija.

—Lo hice porque la amo. Porque no deseo que termine al final donde él terminó, consumiéndose en el infierno —dijo en un tono más suave a su hija. Las miradas de ambas mujeres se quedaron sostenidas, escupiendo chispas eléctricas.

—Si es por eso, entonces deseo permanecer muerta a su lado —las palabras resonaron en la habitación a oscuras como un eco en el pretil de un precipicio.

La baronesa se echó hacia atrás, desconcertada.

—Está delirando —soltó su madre con desprecio, y se acercó a la salida del cuarto con zancadas del tamaño de Escocia. La puerta se azotó detrás de ella dejando un ligero aroma de perfume francés característico de su presencia.

Ada volvió a cerrar los ojos, lentamente su boca se fue torciendo en

una sonrisa. Así se quedó, hasta que concilió el sueño mientras sostenía su vida de los golpes que su mal le producía: un inmenso dolor que cabalgaba por sus venas como cuando las palabras del poema de su padre lo hicieron la primera vez que lo leyó de niña.

La carreta llegó a la puerta de la mansión en Somerset. El cochero bajó de un salto para poder ayudar a su pasajero. El hombre de grandes patillas canosas emergió del carro con dificultad. Su edad y el reuma lo habían acribillado. Él mismo estaba convencido de que lo más importante de su ser, su cerebro, al menos trabajaba igual que veinte años atrás, cuando comenzó la construcción de su maquina diferencial.

El profesor Babbage caminó con ayuda de su bastón por el empedrado. Giró su cabeza hacia el fondo del bosque, donde el Jardín de los Filósofos, creado por el conde King para sus paseos vespertinos con Ada, permanecía cubierto de hojarasca. Como si el bosque deseara recuperar el espacio robado por la civilización. Entre los colores marrones y naranjas de las hojas, por un momento pensó ver a las hadas y duendes diminutos que Ada Augusta Byron le platicaba en sus cartas. Sólo fue un sesgo de tiempo, un rasguño de realidad, para que inmediatamente todo regresara a ser lo que era: un paseo abandonado por su dueño.

Llegó hasta la puerta de la mansión. Se descubrió la cabeza, dejando resplandecer su calvicie de vejez. Con aplomo aún, golpeó con los nudillos la puerta. Levantó su porte y arregló su chaqueta. Deseaba verse bien para su discípula. Deseaba que ella lo viera como un roble, como alguien al que aferrase en estos tiempos difíciles. Esperó, esperó más, pero nadie respondió. De nuevo volvió a golpear, esta vez con su bastón.

Se escucharon voces, algunos gritos y pasos. Por fin, la puerta se abrió. No era un sirviente, ni era el conde de Lovelace: era el señor Peabody, que se veía extremadamente delgado, y cuya cara caía en arrugas como un globo desinflado, quien asomó su rostro con ojos de poca luminosidad.

—¡Pero si es usted, señor Peabody! ¿Acaso ha sucedido algo tremendo como para que no puedan abrirle a un viejo amigo? ¿La condesa se encuentra bien? Es una grosería mantener a un viejo como yo en el exterior. Ni en el castillo de Buckingham me han tratado así, jovencito —gruñó Babbage.

Estaba a punto de dar un paso hacia a adelante, cuando Peabody se interpuso entre él y la puerta.

—Profesor Babbage, la condesa está delicada y no recibe visitas.

—No diga tonterías, muchacho. Ella querrá verme —volvió a rezongar el viejo científico.

Pero Peabody no se apartó. Aunque delgado y demacrado, su cuerpo seguía siendo lo suficientemente grueso para tapar una entrada. Babbage se detuvo. Miró al hombre con un resoplido. Peabody bajó la mirada, mas seguía en su lugar.

—No puede hablar con ella, lo siento.

—¿Pero qué le ha picado, bola de grasa? —gritó con el bastón en alto, agitándolo como arma.

Peabody bajó el rostro logrando que sólo quedara su nariz aguileña a la vista.

—La baronesa Noel Byron dio la orden de que usted no puede ver a la condesa de Lovelace.

Babbage abrió su boca dispuesto a lanzar una gran cascada de palabras altisonantes, pero alzó su vista y pudo vislumbrar, desde la ventana, entre la cortina, el rígido rostro de Annabella Byron. Su mirada expresaba todo. No habría discurso que hiciera cambiar la situación. Su repulsión hacia Babbage fue tal que terminó cerrando las cortinas.

—¿Y qué opina de eso el conde? —murmuró Babbage, desarmado totalmente.

Peabody no levantó la cara, sólo respondió en un suspiro:

—El conde ha dado orden de hacer lo que la baronesa diga.

Babbage de nuevo volvió la cabeza a la ventana. No había rastro de nadie. Era sólo una pesada cortina color carmesí. El profesor torció su cara en un gesto de desagrado, como si hubiera pisado un excremento en la calle. Sin decir más, pues ante tal recibimiento no daría ningún rastro de condolencia, regresó por las escaleras con ayuda de su bastón hasta la carreta. El cochero abrió la puerta del carro, pero el viejo se detuvo. Volvió su mirada hacia el Jardín de los Filósofos. Las hojas se levantaron con un suspiro del viento. Una chispa de hada iluminó las hojas indicando que todo había cambiado.

—Vámonos de aquí —ordenó al conductor, y se dejó ingerir por la carreta.

Los caballos golpearon la tierra levantando una pequeña polvareda como la tos de un agonizante y emprendieron su carrera de regreso a Londres. A lo lejos, entre los árboles, una figura gris miraba cómo el mejor amigo de su esposa se alejaba sin poder verla por última vez. Sabía que era una despedida su visita, una manera de arreglar cualquier malentendido. Pero se quedaría en la intención. El conde de

Lovelace derramó un par de lágrimas que se colaron entre las hojas tiradas en el suelo y fueron absorbidas por el pasto del bosque.

La madre de Ada salió del cuarto rezando con fervor. En el salón, el conde de Lovelace permanecía abrazado a sus tres hijos. Los niños miraban asustados a su progenitor. Tutoras y nanas los rodeaban tratando de que no lloraran ni se pusieran inquietos.

—Ella se ha confesado —dijo Lady Milbanke, y partió a su habitación.

Un predicador salió del cuarto detrás de ella. Se le advertía cansado y con cara desmejorada. Era el presbítero del pueblo, al que Annabella había hecho llamar para que auscultara las faltas de su hija y fueran perdonadas ante los ojos de Dios.

—Lord King, deseo hablar con usted —le manifestó mirando a los niños, que se aferraban al traje de su padre.

El conde se levantó y siguió al religioso hasta una zona apartada. Los hijos se fueron a los brazos de sus nanas. La niña, Anna Isabella, comenzó a llorar pidiendo ver a su madre. Los nervios del conde de Lovelace estaban derritiéndose como si fuera la cera de una veladora.

—¿Qué sucede, reverendo?

—Ella no está bien —repuso seriamente.

Lovelace hizo una mueca y afirmó:

—Lo sé, se está muriendo.

—No me refiero a la condesa, señor. Estoy hablando de Lady Milbanke. Le juro que no está bien lo que hace. Seré sincero, Lord King, su mujer tiene pocos días ya de vida, no veo la necesidad de hacerle difícil la partida con todos esos rezos y exigencias para que se declare culpable por sus pecados.

—Es por su bien… —trató de explicar el esposo.

—No, Lord King. Yo sé que su mujer no fue una santa. Quizás tuvo deslices, como todos. No somos nadie para juzgarlos. Debería entender que esa labor la hará nuestro señor Jesucristo y no su madre.

El conde bajó el rostro. Los alaridos de su hija exigiendo estar con su mamá le rompieron totalmente la cordura. Estaba desbaratándose por las decisiones tomadas y no podía hacer nada.

—Muchas gracias. Lo llamaremos si lo volvemos a necesitar —dictó el hombre invitando al religioso a marcharse.

El predicador tomó su Biblia y movió la cabeza con desaprobación. El conde de Lovelace se acercó a las tutoras y les ordenó en un murmullo:

—Que los niños vean a su madre. Dejen que la toquen y besen.

Cuando terminen de despedirse, me llaman.

Las nanas portaron a los tres niños en completo silencio para introducirlos al cuarto. Lovelace se fue acercando lentamente. Su rostro se asomó por la rendija. Pudo ver una escena que lo marcaría: su esposa Ada, desfigurada por la delgadez en su lecho de muerte, sonriendo y recibiendo flores que los niños habían cortado del jardín. Los dos chiquillos sentados a su lado y su hija recostada con ella, como si fuera la hora de dormir.

—Gracias, niños, sólo de verlos me siento mejor.

—Mamá, padre nos ha dicho que quizás nos compre un poni. Creo que podremos montarlo juntos, ¿no cree? —preguntó Anna Isabella.

Ada se volteó a verla con dolor y le dio un beso en la frente.

—Va a ser la mejor jinete de caballos del mundo, querida. Se lo puedo asegurar.

Fue suficiente para el conde de Lovelace. Se llevó su mano al rostro, trataba de quitarlos de su cabeza y de que él fuera otra persona, no el esposo de esa mujer que apenas se sostenía en vida.

Caminó con decisión por un pasillo de su mansión con el diálogo de los niños y las flores silvestres en su mente. Era más de lo que podía aguantar. Necesitaba hacer algo, y pronto. Llegó hasta la sala donde el doctor de cabecera de Ada reposaba tras las agotadoras noches de sangrados que proporcionaba a su esposa. El hombre estaba recostado en un sillón en mangas de camisa. Dormitaba, pero al escuchar que la puerta se abría, se levantó apresuradamente.

—Doctor, necesito hablar con usted… —exclamó el conde yéndose directamente a una botella de escocés que sirvió en un vaso para bebérselo de golpe.

—Lo siento, Lord King. Estaba descansando antes de las sesiones de sangrado —se disculpó el medico.

—No más. No habrá más sesiones, doctor —ordenó sirviéndose otro escocés más abultado que el anterior. El galeno lo examinó sorprendido, sin entender—. Ella no lo soportará. Sólo está alargando el sufrimiento para que la baronesa la agobie con sus múltiples rezos.

—Usted sabe que no hay remedio, ella está descompuesta de sus partes íntimas. Se le está yendo la vida por ahí… —trató de explicar con pena el doctor. Era una enfermedad en los ovarios, que no dejaban de sangrar. No había ya solución para Ada.

—Lo sé, pero debe de haber un remedio. Algo para que ella no sufra más.

—Hay un narcótico muy fuerte, dejará de sentir dolor: la belladona o *Atropa belladona*. Una planta que, si se da en demasía, causaría su

muerte. Por eso, en su estado actual, no lo recomiendo.

El conde bebió más de su licor. No miraba al doctor, sino hacia la ventana, donde se atisbaba un poco del camino que le había creado para que su esposa pensara sus planteamientos matemáticos: el Camino de los Filósofos.

—¿Con cuánto nos aseguraríamos de que dejara de sentir dolor? —inquirió sin voltear.

El doctor alzó los hombros sorprendido por lo que se le pedía.

—Un buen trago le quitaría todo rastro, pero sólo le daría unos minutos de vida.

—Prepárelo, yo se lo daré —ordenó con voz firme el conde.

El médico de inmediato fue por su bolso de cuero para preparar la pócima. Lovelace se quedó en la ventana, pensativo. Mirando sin ver.

—¿Está ocupado? —preguntaron detrás de él.

El conde volteó. Se encontró en el umbral de la puerta con el señor Peabody. Llevaba ropa de viaje y un par de maletas en cada lado. Su tez era blanca y tenía el gesto desbaratado.

—No para usted, Peabody —susurró Lovelace.

—Lo siento, señor, pero no puedo ser parte de esto por más tiempo. En un principio, lo hice por que juré lealtad a mi protectora, Lady Annabella. Pero al final me di cuenta de que la condesa Lovelace era más importante para mí. Era como mi hija, mi hermana menor.

—Lo sé, señor Peabody. Agradecemos su lealtad —le expresó un poco desesperado el conde. No deseaba automutilaciones sentimentales de nadie.

—Me voy, lo dejo. No le diré nada a Lady Milbanke, pues lo que le está haciendo a mi pequeña es inhumano. No puedo aprobar lo que le hicimos… usted y yo —dijo con firmeza el viejo amigo de la familia. El conde giró su cuerpo para enfrentarlo. Peabody lloraba, no de tristeza sino de rabia—. La traicionamos, Lord King, desde el principio.

—Fue por su bien. No me venga con eso a estas alturas, Peabody. Lo hicimos porque la queremos —gruñó el conde.

Peabody le otorgó una mirada de asco, como si el esposo de Ada fuera un pedazo de estiércol.

—No estaré para ver el final. Me llevo a mis hermanos a América. Dígale a Lady Milbanke que ella arderá en el infierno, no su hija —declaró entre llanto el hombre de voz aguda. Tomó sus maletas y se fue con su culpa.

El conde se sintió irritado por el desplante. Furioso, aventó la copa con licor al espacio dejado por el antiguo asistente de Ada, y explotó

en miles de cristales al estrellarse con la puerta. No le molestaba que se fuera, sino que hubiera dicho la verdad sobre sus actos: había traicionado a su mujer.

El conde de Lovelace fue introduciéndose al cuarto con pisadas cortas, sin querer despertar a su esposa, que permanecía recostada. A su lado, en un jarrón, estaban las flores que sus hijos le habían llevado. Ada abrió los ojos y sonrió melancólicamente al encontrarse con su esposo, que portaba una pequeña botella que contenía un líquido color marrón.

—Mi querido conde…

—Mi querida condesa… —le respondió King sentándose a un lado de su esposa.

La carne entre el hueso y la piel había sido consumida. Un color gris se había apoderado de su piel. Ada no era eso, no era nada de lo que él veía.

—¿Me perdona? —preguntó adolorida Ada, con la voz rota.

—Sólo si usted lo hace —respondió su esposo tomando su mano.

—No fui yo. No pido que lo entienda, soy dos personas. Una, su esposa fiel, la alocada muchacha de las matemáticas. La otra, la Encantadora de Números, que es salvaje, pasional y abierta. Ella fue la que lo traicionó con John Crosse. No deseaba hacerle daño, pero yo…

King levantó su dedo y lo colocó en los labios de su mujer.

—Suficiente.

—No, soy una pecadora…

—Es una mujer. Una vez me dijo que deseaba morir como Hypatia, la astrónoma de Alejandría. Estoy seguro de que nuestros hijos, cuando lean sus estudios, estarán orgullosos de su madre —explicó reconfortándola Lord King, que inevitablemente comenzó a llorar.

—Sólo escribí una traducción de un sueño tonto de Babbage.

—No fue sólo eso. Fue esposa, madre, hija y amiga. ¿Acaso se le hace poca cosa? —lo comentó con una sonrisa cargada de llanto.

—¿Y una loca con dos caras, una trastornada que cree que las hadas la acosaron toda la vida?

—Eso también… Pero no del todo desequilibrada.

—¡Vamos, creía que las hadas me mandaban cartas en una tonta caja de música! Yo misma le escribí cartas que no recuerdo. Eso es locura, mi querido conde. Se casó con una desquiciada…

William King se inclinó hacia su esposa. Con los ojos cerrados, le plantó un delicado beso en sus labios para hacerla callar. Ada lo recibió como una niña que recibe las buenas noches de su padre

cuando la arropa.

—Le he traído algo que terminará todo. Belladona, ¿sabe qué es? ¿Lo desea tomar? —le preguntó su esposo al apartarse de ella. Ada sonrió sintiendo una carga menos en su pesar. Era su boleto de salida, desde luego que lo tomaría. Su sonrisa respondió por ella—. Antes, deseo confesarle algo que cambiará totalmente su forma de ver todo y así deberá perdonarme… —pidió su esposo tomando la pequeña botella con la pócima que terminaría con el dolor de Ada.

—Lo escucharé, pero antes usted me prometerá dos cosas.

—Sólo pídalas.

—Una es que ponga una última carta a mi querido rey Oberón. Usted sabe dónde está la caja de música —explicó, tomando la mano de su esposo que sostenía su veneno para dejar el mundo. El conde cerró los párpados adolorido. Ella le quitó sus dedos de la diminuta botella, él trató de aferrarla en un último intento de no perderla. La mano de Ada, con la belladona, se fue a sus labios. Dio un trago y sintió cómo el líquido comenzaba a abrir una nueva puerta—. La otra promesa es muy importante, jure que la realizará.

—Lo juro —prometió Lord King mientras ella bebía el resto del veneno que la mataría. La puerta se abría por completo, invitando a Ada Augusta Byron a salir por ella.

John Crosse entró al salón con pasos cortos de encadenado rumbo al patíbulo. Un gran retrato colgaba en la pared de fondo: era Ada, vestida en blanco marfil y rojo sangre, con bordados dorados. Su pelo estaba aprisionado en una trenza francesa y su delicado porte aún arrancaba suspiros a sus amantes. Crosse lo miró con detenimiento, supo que eso era sólo un lienzo con óleo. Ella había dejado de existir.

—Adelante, por favor, señor Crosse —lo invitó el conde de Lovelace, que permanecía de pie a un lado de un sillón de madera dorada. En éste, postrada como una reina, estaba la baronesa Anna Isabella Byron en un luto perfecto. Tan logrado, que parecía haber escogido el vestido con años de anticipación.

—Gracias, Lord King —repuso el joven jugueteando con el sombrero de copa color gris en sus dedos.

Llegó hasta Lady Byron, hizo la reverencia, pero sólo recibió un gesto de desprecio con sabor a limón amargo. Tuvo que sonreír, esa mujer era bastante predecible. Un gesto menor lo hubiera decepcionado.

—Tome asiento —le invitó de nuevo el conde.

El joven torció el rostro mientras miraba la sala de arreglos

dorados y la tapicería carmesí que hacía juego con el gran cuadro de Ada en el muro. Recordaba que Ada la llamaba la sala de la Encantadora. Ella misma se veía distante en ese retrato, como si fuera otra persona.

—Gracias, es usted muy amable —repuso colocándose frente a la baronesa.

Annabella no podía mirarlo de frente, su nariz se alzaba como si fuera un pedazo de pescado podrido lo que había entrado al cuarto y no el joven. Pero Crosse no se dejó impresionar, conocía a lo que se enfrentaba, pues los ricos aristócratas de Londres eran todos iguales según su opinión. Había demasiado que perder en ellos por una pequeña mancha en su pulcra vida.

—Supongo que sabe por qué está usted aquí. Creí que era mejor hablar personalmente, aunque no fue muy gentil de mi parte exhortarlo mediante nuestros abogados —explicó el conde.

John Crosse sonrió, ahora le llamaban *exhortar* a mandar dos trabajadores de los astilleros para que lo golpearan en el estómago, cuidando de no dejar marca en el rostro. Hasta para sus porquerías en la realeza eran unos estirados.

—Una invitación difícil de rechazar de un viejo amigo, Lord King. Creo que una breve nota hubiera sido suficiente para llamar mi atención.

—Tal vez no deseábamos llamar su atención, señor Crosse. Quizás realmente deseábamos hacerle daño —repuso con su gesto de repudio Annabella.

Crosse cruzó las piernas y se reclinó en el asiento. Eso le había indicado lo desesperados que estaban. Con gesto burlón retó a la mujer:

—El daño ya me lo habían hecho al arrancarme a la mujer que amé.

—Usted es un depravado —rugió molesta la dama.

Lord King colocó su mano en el hombro para calmarla. John Crosse lo miró entonces con el mismo repudio que ellos sentían hacia él: era un traidor. El conde supo de inmediato que esa mirada significaba eso y quitó su mano del cuerpo de su suegra.

—Soy un hombre que cree en la pasión, señora. No escondo mi estilo de vida ni mis conocimientos. Si eso le molesta por sus creencias, le recomiendo que regrese a su capilla a seguir rezando por el eterno descanso del alma de su hija. Rece mucho, pues sabrá que ella creía que el alma no existía de la manera cristiana. Ella misma escribió sobre la idea de que somos energía…

—Blasfemo.

—Mas no hipócrita como usted. Si tanto le molesta, ¿por qué se casó con Lord Byron? ¿No le hubiera quedado mejor un canónigo de catedral? —continuó retando el joven. Sabía que sería una pelea dura y que no lo sacarían de ahí sin haber sido mordido.

—Confiaba en la bondad de Dios… —se explicó la mujer, pero John Crosse se levantó con ira y la interrumpió:

—No, eso es mentira. Cayó en el peor engaño que ha tenido la humanidad, pues todas las mujeres se casan pensando que van a cambiar a su marido, y éstos no cambian. Mientras que nosotros, los hombres, pensamos que ustedes no van a cambiar, y lo hacen. Es una paradoja, un castigo. Ése es el verdadero pecado del Edén —exclamó gesticulando. Su discurso causó un efecto no esperado: la mujer bajó la guardia. Para rematarlo, volvió el rostro hacia el conde para decirle más calmo—: Excepto una que nunca cambió, Ada, tal como ella le prometió cuando aceptó su mano en matrimonio.

William King se agitó y dio un paso hacia atrás. Él no era tan fuerte como la madre de su esposa.

—Ése no es el tema —recobró el dominio la baronesa.

—Lo sé.

—Son las cartas.

—No existen.

—No trate de ocultarlo. No me importa que mi hija y usted vivieran en pecado dañando la reputación del honorable conde y la memoria de sus hijos. De eso, responderán ante Dios cada uno, pero sabemos que le pidió investigar el secreto detrás de ella. Todo eso quedó en sus cartas, que usted posee, tal como nos informó su secretario, el señor Peabody.

John Crosse pareció gruñir como un perro acorralado.

—Existen, sí, son una centena. En ellas le explico la verdad de todo. Ella pensaba que estaba loca, que sus visiones por las medicinas que le recetaban eran reales. Ella creía que las hadas la visitaban y le daban los resultados de sus ecuaciones. Durante toda su vida aseveró que el rey Oberón estaba acosándola para podérsela llevar a su reino de elfos, y aseguraba que sus penas eran tretas mágicas. Pero era mentira, no existían las hadas. Era ella, siempre fue ella misma. Todo por su maldita obsesión de impedirle ver la imagen de su padre, la trastornó tanto que parecía tener dos… —buscó la palabra, encontró la que le pareció más acertada— personalidades.

—Era lo mejor para ella.

—No se jacte de haberlo logrado. Déjeme decirle una cosa: nunca

le contó que su padre, Lord Byron, se presentó ante ella como un ser mágico y colocó en su cerebro una semilla que fue creciendo como locura. Sobre ese evento, lo confirmé yo mismo por el cochero que lo recogió esa noche. Por años, ella pensó que era el rey Oberón quien se le apareció en el bosque, pero era simplemente su padre disfrazado —expuso de nuevo lo que le había dicho años atrás a su amante. Su mueca de triunfo iluminó su cara, pues creía que el conocimiento del secreto le daría una ventaja contra ellos.

—Lo sé —simplemente repuso la baronesa.

Su respuesta causó admiración. El conde volteó realmente deslumbrado ante la revelación.

—¿Lo sabe? —preguntó intrigado John Crosse.

—Lo supe siempre, por ello intervine. Ella al menos nunca supo la verdad sobre esa supuesta visita mágica. Claro, hasta que usted metió sus narices. Como usted sabe, mi esposo, George Byron, era un romántico empedernido. Por hacerse el dramático le hizo creer su charada de hadas y faunos. Yo lo observé en la lejanía, pues deseaba disculparme de una bofetada que le había dado. Temía que eso motivara a Ada a que se inclinara por el camino pecaminoso, pero ese suceso me ayudó a tener el control —explicó la baronesa con la frialdad de un asesino. El tono le dio un escalofrío a su yerno, que caminó hacia atrás para resguardarse en las sombras—. George le dijo que se escribirían a través de una tonta caja de música… La que usted encontró. Pero nunca lo hizo, ya que se fue a Grecia, donde murió.

—¿Entonces quién le escribió, quién le mando las cartas con la primera solución matemática? Ella me lo enseñó y era imposible que, siendo una niña, hiciera un cuadrado mágico de esa complejidad —preguntó excitado y angustiado por la confesión.

—Desde luego que no. Las hadas no existen, fui yo.

Las palabras se quedaron en el cuarto congeladas, como si fueran un par de gorriones que volaban entre los tres presentes. John Crosse tuvo que soltar sus hombros, indicando que había sido vencido por mucho. Su boca trató de decir algo, mas no lo logró. En cambio, el conde de Lovelace miraba el cuadro de su esposa. La Princesa de los Paralelogramos, Lady Byron, tenía una paz en su rostro que la hacía verse como una mente tremendamente calculadora y fría.

—Ella comenzó a hacerlo después… Se escribía, ella misma se respondía. No había ni siquiera que intervenir. Fue como si hubiera logrado dividir su personalidad en dos, como usted lo aseveró: la pecadora de su padre, y la buena hija que yo crié. Incluso promovió la relación que llevó a la desgracia a su media hermana Medora, al

instarla para que se acostase con su cuñado. Ella nunca recordó que ella misma lo hizo todo.

—La Encantadora de Números… —susurró John Crosse—. Usted la volvió una desquiciada, una mujer trastornada. Por ello desarrolló esa manía de tener dos caras en su conducta.

—No, le enseñé la diferencia entre dos estilos vida. Ella misma aceptó su condición. Y lo habríamos logrado si usted no hubiera aparecido —la mujer se movió de su asiento incómoda.

—¿Habríamos? —cuestionó extrañado mirando al conde: Lord King estaba asustado como un niño, acurrucado en las sombras de su propia mansión, huyendo a una realidad menos culposa.

—Desde el principio yo acepté el compromiso matrimonial con el conde de Lovelace. Le hicimos creer a Ada que había escrito esas cartas lujuriosas para que sintiera pena y aceptara a su marido como una dama que era. Funcionó de maravilla, pues ella misma destruyó su otra faceta durante años.

—¿Entonces por qué se interpuso al principio?

—Para que ella lo aceptara. Si yo hubiera bendecido dicha relación, la hubiera evitado por mi beneplácito. Hacía lo contrario con tal de enervarme. ¿Cree que realmente se hubiera enamorado de un hombre once años mayor que ella? Desde luego que fue escogido por su título y su posición. Lo siento, muchacho, pero los chicos bonitos sin dinero sólo pueden aspirar a ser criados, o amantes, como usted lo fue.

John Crosse se levantó con los puños cerrados contra William King, que dejó exclamar un quejido de ratón atrapado en ratonera. Su rabia se dirigió al marido de Ada, no a su madre. Nunca pensó tal traición de ese hombre que parecía amable y cariñoso.

—Es un ser repugnante, William…

—Yo… —trató de decir el conde, pero la cara de su esposa en el retrato le clavó la mirada. No pudo ni siquiera contener el llanto. Annabella hizo un gesto para calmar al colérico hombre.

—Está aquí para recibir una proposición, señor Crosse. Usted regresará a su casa y destruirá las cartas escritas por Ada en presencia de nuestro gran amigo y abogado, Woronzow Grieg. A cambio, recibirá el monto total del seguro de vida de Ada —Crosse volteó la mirada a la baronesa con clara estupefacción. Realmente no esperaba una propuesta así. Sus ojos azules añil retornaron al esposo, que había emergido un poco de las sombras. Dejó caer la cabeza con confusión —. Sé que se cuestiona sobre este arreglo, pero deseamos que este inconveniente para ambos sea resuelto de una manera civilizada.

Sabemos que su flujo de dinero está mermado y su situación económica, dañada. Una oferta así lo ayudaría en demasía y no afectaría a nadie, incluso ayudaría a salvaguardar la memoria de Ada Augusta ante sus tres hijos. Entenderá que dicho monto también está comprando su silencio.

—¿Para encubrir las mentiras de su abuela y de su padre? —comentó con cinismo.

La baronesa siguió en su actitud conciliadora:

—No, para encubrir que la mujer que usted amó era una loca depravada. Usted permitiría que sea recordada como la mente excelsa que fue y que sus propuestas científicas no sean consideradas delirios de una perturbada —explicó con gran entereza la dama.

Crosse levantó sus labios pensativo. Podía ser una oferta realmente benéfica. Al final, el daño estaba hecho y Ada había muerto. Nada la reviviría.

—Acepto —dijo con voz firme.

Se levantó mirando al conde de Lovelace. Inclinó la cabeza en un saludo que fue perdón y reproche. Luego, hizo otro hacia Lady Anna Isabella Byron Noel, con un gesto que aceptaba que su contrincante era mejor. Crosse era un apostador, sabía cuándo retirarse. Ése era el momento de hacerlo.

—Sabia decisión, señor Crosse. El señor Woronzow Grieg llegará a su casa mañana a las diez para constatar el acuerdo establecido. Entonces, recibirá los papeles del monto del seguro.

Crosse descendió la testa a modo de aprobación. Tomó su sombrero y se alejó con sus pequeños pasos. Sólo atisbó el gran retrato de la mujer que amó para decirle en silencio un breve adiós. Sin despedirse, salió de la habitación sabiendo que nunca más volvería a ver a ninguna de esas dos personas.

La baronesa alisó su vestido como si se tratara de una simple reunión de damas. Sirvió un poco de té en dos tazas de un juego que estaba a su lado. Una de ellas la ofreció al marido de su hija, que parecía regresar del mundo de los muertos.

—Fue más sencillo de lo que creí —comentó bebiendo de la taza. El té estaba frío y tenía un ligero sabor amargo. Su yerno no tomó la taza, sólo se quedó parado, sin quitarle la mirada de la nuca a la madre de Ada—. Vamos, William, fue un éxito. Podrá casarse de nuevo y rehacer su vida sin más preocupaciones, ¿acaso no era lo que deseaba?

—¡Le mintió desde niña con lo de las cartas!… Destruyó su vida.

—No sin su ayuda, señor conde —respondió levantándose por fin

de su gran sillón dorado. Tornó sobre sus zapatillas para verlo de frente: el conde de Lovelace estaba con los ojos rojos por las lágrimas.

—Fue diferente, Annabella. Nunca imaginé que fuera usted quien la engañó haciéndose pasar por su padre en los escritos. Pensé que era un delirio de ella, que ese rey de las hadas sólo existía en su imaginación.

—Será mejor que se olvide de todo y prepare a los niños para el sepelio de su madre.

El conde de Lovelace se sabía traidor, pero había jurado una cosa a su esposa: lo cumpliría aunque fuera lo único no aprobado por su suegra.

—No, haré lo que le prometí a Ada: ella será sepultada en la cripta de la familia Byron en la iglesia de Santa María Magdalena, en el pueblo de Hucknall Tockard.

—¡Con George! ¡Está loco! —gritó descontrolada la mujer, y golpeó la mesa donde estaba el té. La taza que le había ofrecido rodó y cayó al suelo partiéndose en pedazos, como lo había hecho su controlada personalidad.

—Antes de morir me hizo prometerle que así sería. Ella aceptó lo que usted le pidió, todas esas confesiones y arrepentimientos sobre sus pecados, pues sabía que era la única forma en que la dejaría en paz para que le dieran la belladona.

—No puedo creerlo… ¿Cuándo habló de eso con ella?

—Antes de darle la poción le conté la verdad. Al menos lo que sabía. No podía dejar que se fuera con la mentira que usted había implantado en ella. Sólo dijo: “Al final estaré donde pertenezco, con papá, mi hermoso rey Oberón”.

La baronesa volvió a golpear la mesa enfurecida. Sus ojos lanzaban llamaradas. Había ganado, sí, desde luego, pero no podría contradecir la voluntad del marido sobre el entierro. Legalmente era imposible. Ada parecía sonreírle desde la gran pintura, sabiéndose que ella, cual niña caprichosa que siempre fue, había logrado al final zafarse de la voluntad materna.

—Si lo hace, le quitaré la custodia de los niños, William. No me rete.

El conde, sin responderle, se agachó para levantar los pedazos de la taza rota. Tampoco era un triunfo para él, puesto que viviría con el peso de todo lo que hizo. El recuerdo son las peores cárceles para los humanos. Y él había construido una prisión muy grande como buen arquitecto: a través de las matemáticas de su esposa.

Al ver que su yerno no le respondía, Annabella también se

encaminó a la puerta de salida. Sintió la mirada del retrato en su espalda. Intuía que era también la mirada de su esposo Lord Byron, que recibía a Ada a su lado. Infierno o cielo, por fin el Poeta Maldito permanecía al lado de su amada hija Ada.

Mientras daba cada paso, dejando atrás al conde de Lovelace con su propia culpa, pareció que un hada invisible, hecha de engranajes cual máquina de cálculo, le susurraba al oído el poema que Lord Byron compuso para Ada para despedirse de ella al morir:

> Es tu rostro como el de mi madre, ¡mi hermosa niña!
> ¡Ada! ¿Única hija de mi casa y corazón?
> Cuando vi por última vez tus azules ojos jóvenes sonrieron,
> y después partimos, no como ahora lo hacemos,
> sino con una esperanza…

Variable IV: la solución final

Despertando con un nuevo comienzo,
las aguas se elevan junto a mí; y en lo alto
los vientos alzan sus voces: me voy,
¿a dónde? No lo sé; pero la hora llegará
cuando las playas, cada vez más lejanas de Albión,
dejen de afligir o alegrar mis ojos.

Así canta el poema de Lord Byron para su hija Ada Augusta Byron. La mujer murió a la misma edad que su padre. Sin duda, ambos marcados por ese designio de la tragedia que llevaban desde su nacimiento. Ada murió en la noche del 27 de noviembre de 1852. El 3 de diciembre fue sepultada en la cripta de la familia Byron en la iglesia de Santa María Magdalena, en Hucknall Tockard, condado de Nottingham, Inglaterra. Ada murió segura que de que estaba demente, creyendo que en verdad las hadas le habían escrito cartas durante años y que tenía doble personalidad.

Después de la muerte de su hija, Annabella se hizo cargo de la educación de sus tres nietos y nunca volvió a dirigirle la palabra a su yerno.

La primera computadora de la historia, o la máquina diferencial, fue pensada por el profesor Charles Babbage en 1822. Para su funcionamiento, fue necesario crear programas específicos, no muy distintos a los que se ocupan hoy en día. Estos programas fueron elaborados por una joven de la realeza: la condesa Ada Lovelace Byron. Lo hizo dos siglos antes de que aparecieran la computadoras actuales. Fue hasta el año 1991 que el Museo de Ciencias de Londres reconstruyó la máquina según los planos del profesor, con los programas planeados por Ada Byron. El aparato funcionó con maravillosa precisión.

Ada no sólo tuvo una visión increíble para el futuro de la informática. Ella escribió lo que se puede ver como el programa informático mundial para una computadora. Sin embargo, esta aristócrata victoriana, cuyo logro es reconocido por su ensayo conocido como *Notas de Ada*, fue casi completamente olvidada hasta la década de los setenta. Cuando el trabajo de Babbage fue redescubierto, el centro de atención fue puesto en la obra de Ada, vista hoy como una de las mujeres más interesantes y con mejor visión de futuro en la historia de la ciencia. En 1979, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América decidió utilizar su nombre para denominar un nuevo lenguaje de programación utilizado como estándar para desarrollar su software interno, mismo que sigue en uso hoy en día para el tráfico de los aviones en los aeropuertos. Ada Byron pasó a convertirse, por ende, en la primera programadora de la historia.

Hoy, hay más de un billón de computadoras en el mundo.

Matemáticas para las hadas es una novela sobre la pasión de una mujer, ese sentimiento que descubrimos en cada faceta de la vida. En especial, en los números que rigen nuestro mundo lleno de misterios. Es la vida de una de las mujeres más maravillosas de la época moderna, la hija del poeta Lord Byron: Ada Byron, parte de la realeza inglesa y brillante genio en matemáticas que diseñó los programas para la primera computadora de la historia. Pero es también la narración de una mujer tormentosa del siglo XIX, con una relación intensa con sus famosos padres, amante de Charles Dickens y del ludópata John Crosse, que vivió una vida llena de momentos dramáticos. Todas estas historias tejen la vida de Ada Augusta Byron, condesa de Lovelace: La Encantadora de Números.

En este libro, F. G. Haghenbeck nos presenta el fascinante retrato de este personaje complejo, vibrante y poco conocido. Con un estilo ágil y preciso nos introduce en el mundo de una mente maravillosa, capaz de conjugar el rigor del pensamiento matemático con la creatividad mágica y poética. Ésta es la historia de una mujer excepcional, que quizás se sentía más cómoda entre números, hadas y faunos que en el ajustado corsé de la realidad cotidiana.

«Haghenbeck es un autor cuidadoso, limpio y calculador; tiene sentido del espacio, del tiempo y del alcance de sus personajes [...]. Leer es apostar, y aquí les presento un buen reto. ¿Cuánto le van a meter?»
–Elmer Mendoza

«Es una de esas lecturas mágicas que te entristece a medida que las

vas acabando al pensar que ya nunca podrás volver a pasear por sus páginas con esa inocencia de la primera vez»

–*Esquire* (España)

F. G. Haghenbeck nació en la Ciudad de México. Se ha desempeñado como novelista y autor de cómics. Ha publicado, entre otras novelas, *Trago amargo* (2006, Premio Una Vuelta de Tuerca), *El código nazi* (2008), *El libro secreto de Frida Kahlo* (2009), *El diablo me obligó* (Suma de Letras, 2011), *La primavera del mal* (Suma de Letras, 2013) y *Querubines en el infierno* (Suma de Letras, 2015). Ha sido ganador del Premio Bellas Artes de Novela José Rubén Romero 2014, el Premio Norma 2016 y el Premio Nocte 2013 (España), entre otros. Además, ha sido distinguido con la Residencia Artística FONCA en Austria y la Omi International Residency at Ledig House, en Nueva York. En 2012 impartió la Cátedra Cultura de México-Universidad de Brown 2013. Fue miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de 2010 a 2013.

Matemáticas para las hadas

Primera edición digital: mayo, 2017

D. R. © 2016, Francisco Haghenbeck

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Penguin Random House / Abraham Bonilla Núñez, por el diseño de cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx)

ISBN: 978-607-313-706-5

/megustaleermexico

@megustaleermex

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice

Matemáticas para las hadas

Capítulo I 1823
Capítulo II 1834
Capítulo III 1841
Capítulo IV 1849

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos